

FRAY LUIS DE LEON

*Cantar de
los cantares*



se

La primera edición de esta obra, que salió a la venta hace un año aproximadamente, obtuvo una acogida entusiasta de parte del público y de la crítica, y se agotó rápidamente. Tres meses después de su aparición no quedaba un solo ejemplar en poder de la Editorial.

La obra iba precedida de un prólogo del gran escritor y poeta español Enrique Diez Cañedo, maestro de maestros, insustituible en el comentario de Fray Luis de León. Sus cuartillas de prosa impecable y de certera comprensión del altísimo autor de «Los nombres de Cristo» y de «La Perfecta Casada», van también precediendo a la segunda edición del CANTAR DE LOS CANTARES.

Las ilustraciones no se reproducen íntegramente. En un deseo de superación y de más justa interpretación de la obra poética y mística, se han conservado algunas de las acuarelas y viñetas, en tanto otras han sido ventajosamente sustituidas. El propio Bardasano, pintor cuyo renombre es cada vez mayor, ha dibujado y pintado las nuevas ilustraciones, que no dudamos serán apreciadas como merecen.

La nueva edición del CANTAR DE LOS CANTARES que aquí presentamos ha sido cuidada con esmero y supera en mucho a la anterior.



Fray Luis de León

Cantar de los cantares

ePub r1.0

Titivillus 17.04.2018

Título original: *Cantar de los cantares*

Fray Luis de León, 1942

Prólogo: Enrique Diez-Canedo

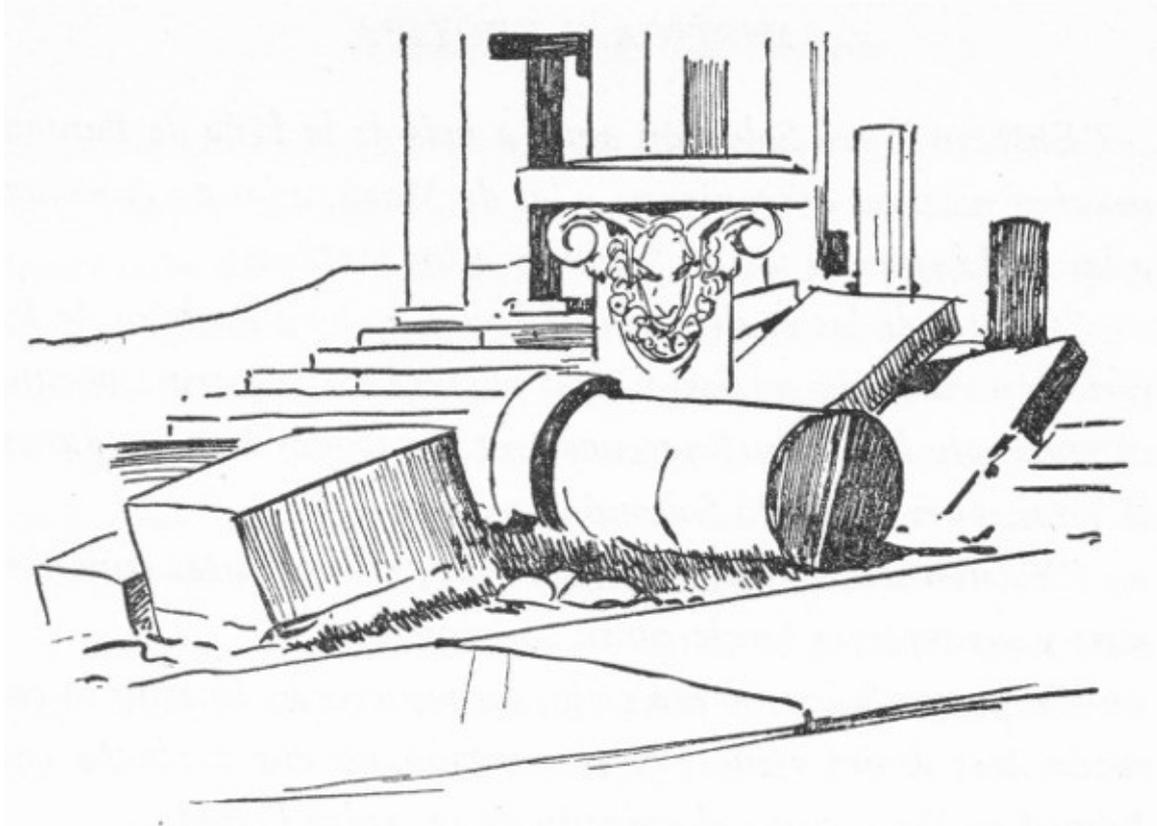
Ilustraciones: BARDASANO

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2



MÍSTICA Y ERÓTICA
DEL
«CANTAR DE LOS CANTARES»



N los cuarenta años que reinó Salomón en Jerusalén, edificando, con pompa no igualada, la casa de Jehová, y también la suya propia; gozando en paz de las innumerables rentas que le llevaban las doce tribus; ejerciendo su justicia como varón inspirado; llenando de asombro a quien, como la rema de Saba, veía resueltas y declaradas por él las más difíciles preguntas que vino a someterle, todo Israel fulgura en la historia como un

montón de oro. El libro primero de los Reyes, en lo que a Salomón toca, es todo un resplandor. Pero el final de la historia nos hace ver que tanta grandeza torció el ánimo del rey, llevándole a la idolatría, por el camino del amor desordenado:

«Empero el rey Salomón amó, a más de la Hija de Faraón, muchas mujeres extranjeras: a las de Moab, a las de Ammán, a las de Idumea, a las de Sidón, y a las Hetheas;

»Gentes de las males Jehová había dicho a los hijos de Israel: No entraréis a ellas ni ellas entrarán a vosotros; porque ciertamente harán inclinar vuestros corazones tras sus dioses. A éstas, pues, se juntó Salomón con amor.

»Y tuvo setecientas mujeres reinas, y trescientas concubinas; y sus mujeres torcieron su corazón.

»Y ya que Salomón era viejo, sus mujeres inclinaron su corazón tras dioses ajenos; y su corazón no era perfecto con Jehová su Dios, como el corazón de su padre David.

»Porque Salomón siguió a Astaroth, diosa de los Sidonios, y a Milcom, abominación de los Ammonitas...» (I, Reyes, II).

Es de suponer que ya entonces se le habían cegado aquellas fuentes de sabiduría de las que manaron, en los días prósperos, palabras que todos los pueblos venían a oír, movidos por la fama:

«Que fué mayor la sabiduría de Salomón que la de todos los orientales y que toda la sabiduría de los Egipcios.

Y aun fué más sabio que todos los hombres; más que Ethán Ezrahita, y que Emán y Calchol y Darda, hijos de Mahol; y fué nombrado entre todas las naciones de alrededor.

»Y propuso tres mil parábolas; y sus versos fueron mil y cinco...» (I, Reyes, 4).

Mas tal vez en los tiempos de su idolatría no le quedaban ya habilidades para componer esas obras de ingenio. Si acaso, en momentos de caprichosa exaltación aplicaría a la momentánea señora de ellos, algún versillo de los que forman la verdadera corona de su sabiduría, levantándose sobre el precepto moral o la sentencia severa, algún apostrofe del «Cantar de los Cantares», como vino a llamarse la más atractiva de sus creaciones literarias, porque a todas las análogas superaba en cálida inspiración, y que no pudo ser ciertamente obra de vejez, porque, tal como hasta nosotros ha llegado, viene a constituir uno de los más ardientes cantos de amor salidos de pecho de hombre en todos los tiempos. Esto, si lo consideramos, a lo profano, como un canto de amor, despojándole del sentido místico que le ha dado puesto entre los libros poéticos de la Biblia, a continuación del Eclesiastés, haciéndole representar el coloquio inflamado del Espíritu Santo con la Iglesia, que se solicitan y reclaman como esposo y esposa. «Cosa cierta y

sabida —sustenta Fray Luis de León— que en estos “Cantares”, como en persona del rey Salomón y su esposa, la hija del rey de Egipto, debajo de amorosos requiebros explica al Señor la encarnación de Cristo, y el entrañable amor que siempre tuvo a su Iglesia, con otros secretos de gran misterio y de gran peso»... Antes ha escrito esto: «Pues entre las demás escrituras divinas, una es la canción suavísima que Salomón, rey y profeta, compuso, en la cual, debajo un enamorado razonamiento, y entre dos, pastor y pastora, más que en ninguna otra escritura, se muestra Dios herido de nuestros amores, con todas aquellas pasiones y sentimientos que este afecto suele y puede hacer en los corazones humanos más blandos y más tiernos. Ruega, llora y pide celos, vase desesperado y vuelve luego... aquí se oye el sonido de los ardientes suspiros, mensajeros del corazón... di celos con el mayor primor de palabras, blandura de requiebros, extrañeza de bellísimas comparaciones, que jamás se escribió y oyó; a cuya causa la lección de este libro es dificultosa a todos, y peligrosa a los mancebos y a los que no están muy adelantados y firmes en la virtud; porque en ninguna escritura se explica la pasión del amor con más fuerza y sentido que en ésta; y así, acerca de los hebreos no tenían licencia para leer este libro y otros algunos de la ley los que fuesen menores de cuarenta años...»

Ha sido necesario que el espíritu moderno, tocado de incredulidad, viniera a examinar los libros de la Biblia con criterio distinto, no aceptando la ciega fe de antaño y aplicando a su estilo las nuevas disciplinas, que, mediante los métodos comparativos, deshacían lo que se ha presentado como un sacro conjunto entregado a la veneración de muchos siglos, viniendo a considerarlo como una recopilación de orígenes muy diversos y obras entre sí muy distintas en carácter, para que, entre todas ellas, el llamado «Cantar de los Cantares» viniera a considerarse como obra totalmente profana, semejante en su contextura a otras de las diversas literaturas orientales antiguas. A la figura maravillosa del rey Salomón, se sustituyó la de un poeta desconocido, de cuyo ánimo estaba muy lejos la inspiración mística que daba al poema bíblico su alto sentido secreto. Venía, en una palabra, a considerarse como obra maestra, sin duda, de la poesía erótica, aquello mismo que sabios teólogos no tenían inconveniente en admitir como una de las más refinadas manifestaciones de la mística.

La mística, en su aspiración de levantar el alma hasta Dios, hasta llegar a las nupcias espirituales, bien puede hacer suyos los términos más acendrados de la expresión amorosa, y así lo vemos en la obra de los grandes místicos. ¡Cuántas veces, más o menos de cerca, las páginas de éstos evocan

los raptos del «Cantar de los Cantares», sin esa vivacidad, por supuesto, que hace del coloquio, atribuido a Salomón, el ejemplo más encendido! Entre las interpretaciones que del poema hebraico se han dado, comencemos por admitir que esa interpretación mística en nada repugna a su naturaleza, y que la mística pide muy a menudo su vocabulario a la erótica, porque, en esencia, no es sino amor y ansia de unión.

La mística procede por expresiones cargadas de un sentido que no siempre coincide con el literal. La cumbre de la expresión mística en la filosofía española, cumbre también de la poesía de nuestra lengua, se levanta en los coloquios del Alma y el Esposo, que constituyen la obra inspirada de San Juan de la Cruz, lograda, en su más pura versificación, dentro del patrón de la estrofa llamada «lira», en que también nuestro fray Luis de León da forma a sus inspiraciones, no de poeta místico, sino de humanista y de cristiano, que le llevan a atisbar en la «Noche Serena» las más altas verdades:

¿Quién es el que esto mira,
y precia la bajeza de la tierra,
y no gime y suspira,
y rompe lo que encierra
el alma, y destos bienes la destierra?

En San Juan de la Cruz, el amor entre el Alma y el Esposo, se declara en las más sutiles, en las más incorpóreas, en las más espirituales expresiones e imágenes. Y, sin embargo, en ellas late el mismo fuego que caldea los coloquios de Esposa y Esposo en el «Cantar de los Cantares», manifiesto aquí por un hijo de alusiones, por un arder de vocablos en que la pasión carnal toma atrevidamente todas las salidas por donde el espíritu pudiera escaparse en busca de otros conceptos.

De égloga o poema pastoril se ha calificado el «Cantar» sin buscarle el sentido «a lo divino» con superposiciones declaratorias como las que, en plenos siglos de oro de nuestra literatura, convertían en sosas lecturas devotas algunas de las mejores inspiraciones de nuestros líricos. Pero en las interpretaciones modernas, desechado aquel hondo sentido religioso, ¿qué no se ha buscado? Renán, apoyándose en Bossuet, y seguido por otros autores, quiso ver en el «Cantar de los Cantares» una obra dramática, el único drama de una literatura sin teatro. A la interpretación de Bossuet, que reduce la

acción a jornadas correspondientes a las que componían en Israel las fiestas matrimoniales, se atiene otra versión española del poema, la que llevó a cabo, hacia 1838, el poeta neoclásico mexicano, modelo de cristiana ortodoxia, José Joaquín de Pesado.

Con la aprobación de las autoridades eclesiásticas, Pesado examina el poema, considerando las diversas opiniones acerca de su naturaleza verdadera. «Unos creen que sea un drama seguido; otros que es un agregado de Idilios, con poco o ningún enlace entre sí. En materia tan oscura, lícito es a cada uno seguir la opinión que más le acomode. Para mí creo que es un verdadero drama, adecuado a su argumento, y muy conforme a las costumbres sencillas del pueblo judaico... Para comprender bien su argumento, es necesario tener presentes las costumbres de aquellos lugares y aquellos tiempos. No precedía al matrimonio una larga galantería, mediante la cual se hubiesen tratado las amantes con frecuencia, sino que por lo común se celebraba el casamiento por acuerdo entre los padres o deudos, habiéndose comunicado muy poco entre sí los contrayentes. Así es que éstos se trataban los primeros días con el cariño de esposos y con la pasión de amantes; mas no gozaban de una completa libertad, ni les era dado verse a solas, sino burlando la vigilancia de aquéllos que los rodeaban. En estos cortos intervalos era cuando se declaraban con más vehemencia sus afectos, siendo a menudo sorprendidos por sus amigos, quienes tomaban parte en sus conversaciones...»

El devoto escritor, que convierte a los enamorados en «contrayentes», desenvuelve su versión en suaves liras que recuerdan las de los místicos españoles o en estrofillas cantables a la manera italiana, según el modelo que también halló en Evasio Leone. ¡Graciosa traducción mexicana, que sigue modelos de ingenua interpretación religiosa frente a los cuales puede ponerse otra versión, mexicana también, de Rafael Cabrera, en la primitiva «Cultura» (1907), en que se sigue una escenificación francesa, la de Jean de Bonnefon, a través de la cual el poema amoroso se convierte en una sátira contra Salomón mismo, escrita en los tiempos mismos del sabio! «Está animado — dice— de tanto odio contra el gran Rey, y el pueblo de donde salió esta obra tenía tanto sentido práctico, que esta cólera sólo pído levantarse contra un ser vivo y en decadencia».

Las invocaciones amorosas de la Sulamita no se dirigen a Salomón, que las toma para sí, sino a su pastor amante, según la invención de Ernesto Renan, al que se dirige por encima del Rey polígamo, que al cabo comprende

su yerro.

* * *

Entre todas las traducciones en que ha pasado a la lengua española el «Cantar de los Cantares», antiguas o modernas, en prosa o en verso, sin olvidar las que andan en las versiones de la Biblia, tiene mayor importancia la de Fray Luis de León, compuesta por los años de 1561, y acompañada de un comento o exposición que va explicando, versículo a versículo, el poema. Este comentario, que no ha de darse completo en la presente edición, viene a ser una de las bellas obras de primera madurez de su autor, que había de llevar la prosa castellana en «Los nombres de Cristo», en «La Perfecta Casada» y en algunas otras versiones bíblicas a tan alto punto de perfección como llevaron sus liras al verso del siglo XVI. Los tratados de Fray Luis, según observa Menéndez Pidal son «como poesías redactadas en prosa», añadiendo que «algunos de sus párrafos tienen el mismo asunto que sus versos, no sabiéndose si son un esbozo y plano o un comentario y explicación».

Tradujo Fray Luis en prosa, y según verá el que leyere, esta prosa tiene tanto número como podría tenerlo el verso más acendrado. Parece que en ella se adelanta a esa concepción del verso como algo no sometido a cuento de sílabas, constancia de ritmo o gracia de rima, que caracteriza a la poesía moderna. No la empleó en todas sus traducciones bíblicas; sólo en ésta y en la del «Libro de Job» que acompaña a una exposición del mismo. Pero en unos capítulos del mismo Job y de los «Proverbios», y, sobre todo, en algunos «Salmos», la traducción se acomoda magníficamente al verso regular de entonces, repartido en estrofas, sin que el resultado de su versión del «Cantar» pueda, pues, tenerse por tentativa de una forma intermedia, sino, principalmente, por instrumento capaz de dar a la frase española toda la energía del original hebreo, completándola con ciertas palabras indispensables, que él escribe entre paréntesis, para evitar la demasiada concentración que pudiera inducir a obscuridad.

Traducir del hebreo lo que, pasado al latín de la Vulgata podían entender los doctos, era, sin duda, atrevimiento, en aquellos días en que se vigilaba estrechamente cuanta expresión podía inducir a heterodoxia. No lo hizo Fray Luis con destino a la imprenta, con que presto habría de divulgarse, sino privadamente, como luego se dirá; y mucho tiempo pasó, siglos, hasta que, en 1798, pudiera salir de molde, en Salamanca misma, incluyéndose después en

las diversas colecciones de obras de su autor, y aun llevándose a cabo alguna impresión suelta; pero no es este libro de los más divulgados entre los suyos, con ser su traducción la que más acerca a nosotros el espíritu del original hebreo.

Pero, en la vida del insigne fraile agustino, tiene también, por otra parte, una importancia especial; muy ligada con ella está la historia del proceso que tuvo a Fray Luis de León en cárcel unos cuantos años de su vida. No fué ella sola principal cabeza de acusación, pero sí muy significado argumento, en aquella acometida de que fué víctima el maestro, que tal era, no sólo por el título ganado efectivamente en competencia de oposición de siete candidatos, catedráticos cuatro de ellos, sino porque el sufragio, ejercido por los mismos estudiantes, señalaba a los designados como buenos entre los mejores. Conspiración de unos cuantos le llevó ante el tribunal, no culpado por él cuando alcanzó su rehabilitación, achacados sus padecimientos en las célebres quintillas que compuso al dejar su calabozo a la pasión, más que a los hombres mismos:

*Aquí la envidia y mentira
me tuvieron encerrado...*

** * **

La historia de este proceso, y la luz que sus actos proyectaban sobre el carácter del libro mismo, está llena de episodios apasionantes. Podremos trazarla aquí, ciñéndonos a los principales, a los que tienen mayor relación con nuestro «Cantar de los Cantares».

El 17 de diciembre de 1571, en la ciudad de Salamanca, sede del hispánico saber, un religioso, el muy reverendo padre Fray Bartolomé de Medina, prestó la primera declaración en el proceso que entonces se incoaba, ante el Santo Oficio de la Inquisición, en contra del maestro Fray Luis de León, de la orden de San Agustín, que, con el tiempo, había de ser considerado como uno de los más grandes poetas de la lengua española, y sus obras como dechado de buen decir y sabia doctrina.

Imputábasele cierto desdén por los textos de la Vulgata, o sea por las versiones latinas de los libros santos, autorizadas por la Iglesia como legítimas; y en especial una traducción, conocida hasta entonces tan solo en copias manuscritas, del «Cantar de los Cantares», de Salomón. El proceso duró hasta 1576 y se terminó por sentencia absolutoria, en la que son de

notar algunos pronunciamientos: se absolvía, «Christo nomine invocato», al maestro acusado, «con que en la sala deste Santo Oficio sea reprendido y advertido que de aquí adelante mire cómo y adonde trata cosas y materias de la calidad y peligro que las que deste proceso resultan, y tenga en ellas mucha moderación y prudencia, como conviene para que cese todo escándalo y ocasión de errores»; añadiéndose a continuación: «E por ciertas causas e respetos que a ello nos mueven, que debemos mandar y mandamos que por este Santo Oficio se recoja el cuaderno de los “Cantares” traducido en romance y ordenado por el dicho fray Luis de León».

No había pasado este proceso sin que el acusado sufriese prisiones, y privaciones en las cárceles inquisitoriales, y, entre los documentos que constan en sus folios hay una reveladora lista de las cosas que pidió a los inquisidores, para su uso y remedio, a 31 de Marzo de 1572: «“Una imagen de Nuestra Señora o un Crucifijo de pincel”.—Las “Quinquagenas” de San Agustín.—El tomo de sus obras donde están los libros “De doctrina cristiana”.—Un “San Bernardo”.—Un Fray Luis de Granada, “De oración”.—Unas disciplinas.—Todo esto mandará luego proveer el padre prior de San Agustín, Fray Gabriel Pinedo, siendo servidos estos señores dello. Y suplico a sus mercedes sean servidos dar licencia para que se le diga al dicho padre prior que avise a Ana de Espinosa, monja en el Monasterio de Madrigal, que envíe una caja de unos polvos que ella solía hacer y enviarme para mis melancolías y pasiones de corazón, que ella sola los sabe hacer, y nunca tuve dellos más necesidad que agora; y sobre todo que me encomiende a Dios sin cansarse. También proveerá el dicho padre prior, si se le pide, un candelero de azófar y unas tijeras de despabilar. También si sus mercedes fuesen servidos, torno a suplicar se me de un cuchillo para cortar lo que como; que por la misericordia de Dios, seguramente se me puede dar; que jamás deseé la vida y las fuerzas tanto como agora, para pasar hasta el fin con esta merced que Dios me ha hecho, por la cual yo le alabo y bendigo».

Disputa, no ya de teólogos, sino de eruditos en ciencia escrituraria, habíase agriado hasta el punto que la Inquisición llegara a poner en duda la ortodoxia del insigne maestro. La lectura del proceso nos perfila curiosas siluetas que, trasladadas a un drama por manos afines a las de un Shakespeare o un Molière, nos pondrían delante tipos tan ásperos como el enemigo principal de Fray Luis, León de Castro, catedrático de prima, hombre de «mal ánimo y poca verdad», como de él escribe el impugnado; o tan inconscientes como el Fray Vicente Hernández que contra él testifica y a quien Fray Luis contesta del modo que ha de verse.

Ocasión principal dió el inculpado, al acceder a los megos de una su amiga, religiosa poco experta en letras antiguas, que le pidió el traslado del incomparable poema de amor conocido con el nombre de «Cantar de los Cantares», hecho por él directamente del texto hebraico, y comunicado a ella, doña Isabel Osorio, no en secreto, pero sí con la reserva natural impuesta por la índole del canto mismo; reserva que se rompió merced a las copias subrepticias, llena algunas de yerros y alteraciones, hechas desde que la curiosidad de algún fraile atento a servicios domésticos, las divulgó entre unos cuantos sin conocimiento de Fray Luis ni de doña Isabel, entre los cuales no hay relación que ofrezca sombra de duda, sino claro y severo trato en el devoto designio de conocer con toda perfección las cosas divinas.

Para el traductor del libro hebraico, la más bella, la única tal vez, colección de cantos amorosos incluida entre los libros sagrados, no existe duda acerca de su sentido: es decir, de su más alto sentido, que da tono espiritual a las encendidas imágenes de amor humano que componen el maravilloso texto. No ha llegado el instante en que, considerado éste en el puro sentido erótico, venga a situarse, desprendido de toda alusión sagrada en la lírica del amor entre hombre y mujer, que le presta, precisamente, aquello que trataba de esclarecer Fray Luis, que es su corteza, su «sobrehaz», su vibrante y lujosa exterioridad, ya que para él no habría duda en cuanto al sentido oculto, el principal, esto es, el amor del Espíritu Santo a la Iglesia.

Con palabras de Fray Luis podemos aclarar mejor esto, buscándolas en su respuesta a Fray Vicente Hernández, el noveno de los testigos que se presentaron en contra suya, de quien, por cierto, sabe burlarse con gracia, y no con demasiada piedad: «Al nono testigo, demás de lo dicho, en cuanto dice que la declaración mía de los “Cantares” de Salomón le parece toda una carta de amores, sin ningún espíritu, y indigna de llamarse declaración de la Sagrada Escritura; lo primero, digo que este testigo, si, o tuviera juicio, o tuviera pasión, se pudiera responder a sí mismo y satisfacer de su escándalo con lo que al fin de su dicho confiesa haber leído en el prólogo de los dichos “Cantares”, y es que en aquel libro yo no pretendí extenderme en declarar el sentido principal y espiritual, sino en declarar el sonido y corteza de aquella letra, porque por no entendella algunos en su propiedad, venidos a declarar la metáfora y a aplicar aquellas semejanzas corporales a la verdad espiritual, erraban en la tal aplicación muchas veces, como diré en otro lugar más largamente. Y siendo esto ansí, que yo no tomé por oficio de aquel libro sino decir el sonido de aquellas palabras y declarar lo que significaran si

fueren dichas de un hombre a una mujer que se quisieran bien; y siendo así que esta declaración sirve y es necesaria para la otra, no tiene razón este testigo en decir que es indigna de la Sagrada Escritura. Porque, si no es indigno del Espíritu Santo poner en lugar de la Iglesia una mujer aficionada, y en el suyo un mancebo enamorado della, y que se digan el uno al otro todas las palabras blandas y amorosas y encarecidas que ordinariamente los tales se suelen decir; y si no es indigno del Espíritu Santo en persona de dos personas, hombre y mujer carnales, y en palabras de amores carnales y usados cubrir las personas suyas y de su Iglesia, y el espíritu tierno y amoroso con que él la gobierna, y ella agradecidamente le responde, ¿por qué será indigno de mí ni del que declara aquella Escritura, decir en ella las mismas palabras que el Espíritu Santo dice? Que pues él con palabras propias de amores carnales y con semejanza dellas significa sus amores divinos, necesario es para la declaración dellos, y no indigno dellos, decir y declarar lo que significan aquellas palabras así carnalmente para entender a lo que se han de aplicar espiritualmente. Porque cierto es que cuando por una semejanza descubierta se quiere declarar alguna cosa encubierta mientras no se entendiese la razón y la propiedad de la semejanza, no se podrá entender lo semejante que por ella se pretende declarar; sino que a este testigo el oír besos y abrazos y pechos y ojos claros, y otras palabras destas de que está lleno el texto y la glosa de aquel libro, le escandalizó los sentidos; y lo que no echaba de ver cuando lo leía en latín, si alguna vez lo leyó, le hirió el oído por oído en romance. Y porque oye allí besos, y en “Ovidio” también besos, juzga que es carta de amores como las de “Ovidio”, siendo verdad, y confesándolo él mismo, que en el principio y en el fin y en cien partes del medio, digo y repito que todos aquellos son amores espirituales, y que los besos no son besos, ni los pechos pechos, sino, o regalos hechos al alma por Dios, o partes y virtudes dello que agradan a Dios, significadas por aquellas palabras; y porque se entienda qué virtud del alma o qué afecto della responde a los miembros corporales y hermosos que allí se nombran, y a los regalos amorosos que allí se dicen, declaro la propia razón y significación de aquello carnal para que sin error se aplique a lo espiritual cada cosa con su semejante; y yo mismo en muchas partes del dicho libro lo aplico, como mostraré aquí refiriendo los mismos lugares si vuestras mercedes hubieren sido servido darme los dichos “Cantares” para este efecto, como lo he suplicado, en los cuales se viera que aquel librito tiene harto más espíritu que sentido este testigo, del cual yo no sé qué me entienda, sino es juzgar que nunca atendió ni leyó los “Cantares” de

Salomón en latín, pues tanto le ofenden en romance; porque lo que tiene en aquel mi librito más sonido de amores carnales, es el mismo texto, el cual al parecer no suena otra cosa; que la glosa que los declara en mil lugares los aplica a la verdad del espíritu que allí se pretende, así que, a éste el texto le ofende, y yo, ya que le puse en romance, no pude excusar de ofendelle, porque no tenía otros vocablos con que romanizar “oscula”, “ubera”, “amica mea”, “formosa mea”, y lo semejante, sino diciendo “besos”, y “pechos”, y “mi amada” y “mi hermosa”, y otras cosas así, porque no sé otro romance del que me enseñaron mis amas, que es el que ordinariamente hablamos, que, a saber el lenguaje secreto y artificioso con que éste mi testigo y sus consortes suelen declarar sus conceptos, usara de otros vocablos más espirituales. Y yo sé bien en este artículo lo que me callo y por qué me callo; que aunque el intolerable agravio que padezco me abre la boca y me desenvuelve la lengua, átamela y detiéneme el temor de Dios y el respeto que debo a la gravedad deste tribunal con quien hablo»...

Larga es la cita, pero ella nos hace ver no sólo la cuestión personal en sus varios aspectos, sino el fondo de la misma, y la opinión de Fray Luis acerca de los que le acusaban de no ver en el poema traducido nada más que un canto de amor, «carmen amatorium», por mucho que él lo entendiera como canto «adonde en figura de amores humanos se traten amores divinos y espirituales». No separa, en sus declaraciones, ambos sentidos, aunque, en cierta respuesta enviada en 1573 desde la prisión a sus émulos, al explicar cierto vocablo hebreo cuya traducción eludió la vulgata mediante un rodeo, no se aviene a la interpretación que de tal modo se le asigna, considerándolo como una parte vergonzosa del cuerpo que ha de guardarse oculta; por lo que dice: «Y si a San Jerónimo y a Simaco les parecía cosa indecente, y que no se pudiera sufrir ponello por su nombre en latín, ¿cómo pudieron creer y persuadirse que en el hebreo le había puesto por su nombre el Espíritu Santo? ¿Era menos desastroso o menos peligroso o menos indecente decirse en hebreo a los hebreos, que en latín a los latinos o en griego a los griegos?»... Y, buscando otro argumento, añade: «Mas, ¿para qué digo del Espíritu Santo? No quiero que este libro sean palabras de Dios, ni digo que se traten en él cosas del cielo, ni menos el que le escribió Salomón, rey sabio y profeta; sino sea una canción solamente enamorada, compuesta por un hombre cortesano. Pregunto: ¿en qué ley de mediano aviso se sufre que un galán diga cantando semejante requiebro a su dama? O ¿qué poeta jamás ni griego ni latino, en argumento de esta cualidad usa de vocablos tan descubiertos?»...

Plantea aquí el insigne traductor hispano una cuestión muy debatida. ¿Podrá decirse todo en poesía? El mismo, al traducir la égloga segunda de Virgilio, se cuidó mucho de transformar al mancebo Alexis en linda doncella, por un arrebató de pudor como el que acometi6 a traductores más pacatos, y aun se comunicó, en el traslado de «Dafnis y Cloe», a nuestro mismo Don Juan Valera, que no solía pecar de timorato en sus escritos privados, ni en los públicos, mas que, por lo visto, tenía también sus fronteras y pactos secretos de buen diplomático dentro de sí mismo.

No. En lo que se refiere a traducciones, la teoría de Fray Luis de León, ejemplificada en su práctica, es la buena. Excede, qué duda cabe, de los límites de aquella pregunta, si nos ceñimos a la expresión erótica; pero esta particularidad cae dentro del tema planteado por la versión española del «Cantar de los Cantares», que nuestro autor se empeña en reducir a su cauce filológico, ignorando o desdeñando, con severidad de hombre sano y no con remilgos de pudoroso extremo, lo de que pueda o no suscitar imágenes o sentimientos libidinosos; pecaminosos, diríamos, dentro de la doctrina que él tan sinceramente profesaba. Lo que Fray Luis no quiere es que se añada lo no existente, aunque sea por mero escrúpulo, y así se aparta de San Jerónimo, que en una palabra no del todo entendida, se inclina a ver el sentido menos corriente, dándole otro que la composición del trozo en que aparece de seguro rechaza.

En palabras de tal calibre apenas puede concebirse aspiración a tener empleo en un texto susceptible de interpretación mística; y ello bastaría para reforzar la opinión de los que consideraron desde el principio el «Cantar» como poema de amor humano. Bien hace, por lo tanto, nuestro poeta, en arrojar de sí los escrúpulos de la Vulgata, que no se cree a dar cabida en su texto, porque éste, de conformidad con sus principios literarios, «ha de ser fiel y cabal y si fuera posible contar las palabras, para dar otras tantas, y no más, de la misma manera, cualidad, y condición, y variedad de significancias que las originales tienen, sin limitallas a su propio sonido y parecer, para que los que leyeren la traducción puedan entender la variedad toda de sentidos a que da ocasión el original si se leyere, y queden libres para escoger de ellos el que mejor les pareciere». El resto es explicación, comentario, y cabe con toda holgura en el que acompaña a la traducción breve, áspera a ratos, con una fuerza reprimida, que luego se extenderá en el comento, como suele ocurrir con toda buena poesía.

La buena poesía está, estrictamente, en las palabras que el poeta ha

recibido, en el acto que solemos llamar inspiración. Pero, al leerla, ¿no le añade cada cual su propio sentir, que la recorta o expande, haciendo al lector partícipe en la inspiración primitiva? Así han ido creciendo («viviendo», sería mejor palabra) las grandes obras de arte, aquéllas que, desde el comienzo, llevaron en sí semilla de inmortalidad; aquéllas que, por contenerla, aun ignoradas hoy, han de aparecer algún día como descubrimientos en lo pasado, terreno tan desconocido casi como el de lo futuro, o más aún, porque existiendo ya, todavía guarda en su seno reservas probablemente inagotables.

Pero aun en lo ya conocido, y tantas veces comentado y estudiado, nos aguardan, si no sorpresas, emociones capaces de renovarse a cada lectura. Aquí tenemos este «Cantar de los Cantares», y su historia. Primero en el poeta originario, sea el majestuoso Salomón o el anónimo poeta eglógico que cantando sus amores, nunca se creyó llamado a destino tan alto como el de que lo confundieran con aquel soberano, de quien, si acaso supo, fué con pasmo, reverencia y temor. Después los fieles cristianos, que leían por encima de las palabras su sabor místico: así aquella reverenda Doña Isabel Osorio, que en su convento salamantino de Sancti Spiritus no sentiría la menor turbación en su alma al leer, en el manuscrito de Fray Luis, los conceptos que, en cambio, desprovistos de ese velo que el alma cándida de la religiosa les echaba encima, habrán despertado tantas emociones de sensualidad en algunos espíritus.

Emociones de sensualidad que pueden ser limpias y nobles si lo es el espíritu que las reciba. Las manchas pueden no estar en la cara, sino en el espejo.

ENRIQUE DIEZ-CANEDO.

TEXTO BÍBLICO



CAPÍTULO I

ESPOSA

1. Bésame de besos de su boca, porque buenos (son) tus amores más que el vino.
2. Al olor de tus ungüentos buenos, (que es) ungüento derramado tu nombre. Por eso las doncellas te amaron.
3. Llévame en pos de ti, correremos. Metióme el Rey en sus retretes. Regocijarnos hemos y alegrarnos hemos en ti, membrárenos han tus amores más que el vino: las dulzuras te aman.
4. Morena yo, pero amable, hijas de Hierusalem, como las tiendas de Cedar, como las cortinas de Salomón.
5. No me miréis, que soy algo morena, que miróme el sol. Los hijos de mi madre porfiaron contra mí, pusieronme (por) guarda de viñas, la mi viña no me guardé.
6. Enséñame, oh Amado de mi alma, dónde apascientas, dónde sesteas al mediodía, que por qué seré como descarriada entre los ganados de tus compañeros.

ESPOSO

7. Si no te lo sabes, oh hermosa entre las mujeres, salte (y sigue) por las pisadas del ganado, y apascentarás tus cabritos junto a las cabañas de los pastores.
8. A la yegua mía en el carro de Faraón te comparo, amiga mía.
9. Lindas (están) tus mejillas en los cerquillos, tu cuello en los collares.
10. Tortolicas de oro te haremos esmaltadas de plata.

ESPOSA

11. Cuando estaba el Rey en su reposo, el mi nardo dió su olor.
12. Manojuelo de mirra el mi Amado a mí, morará entre mis pechos.
13. Racimo de Cofer mi amado a mí de las viñas de Engadi.

ESPOSO

14. ¡Ay, cuán hermosa, amiga mía (eres tú) y cuán hermosa! Tus ojos, de paloma.

ESPOSA

15. ¡Ay, cuán hermoso, amigo mío, (eres tú) y cuán gracioso! Nuestro lecho está florido.
16. Las vigas de nuestra casa son de cedro; y el techo, de aciprés.

CAPÍTULO II

ESPOSA

1. Yo rosa del campo y azucena de los valles.

ESPOSO

2. Cual la azucena entre las espinas, así mi amiga entre las hijas.

ESPOSA

3. Cual el manzano entre los árboles silvestres, así mi amado entre los hijos.
En su sombra deseé, sentéme, y su fruta dulce a mi garganta.
4. Metióme en la cámara del vino. La bandera suya en mí (es) amor.
5. Forzadme con vasos de vino, cercadme de manzanas, que enferma estoy de

amor.

6. La izquierda suya debajo de mi cabeza, y su derecha me abraza.

ESPOSO

7. Conjúroos, hijas de Hierusalem, por las cabras o por las ciervas montesas, si despertáredes y si velar hiciéredes el amor hasta que quiera.

ESPOSA

8. Voz de mi amado (se oye), helo viene atrabancando por los montes, saltando por los collados.
9. Semejante es mi amado a la cabra montés o ciervecito. Helo (ya está) tras nuestra pared, acechando por las ventanas, mirando por los resquicios.
10. Hablado ha mi amado y díjome: «Levántate, amiga mía y galana mía, y vente.
11. Ya ves, pasó el invierno, pasó la lluvia y fuése.
12. Descubre flores la tierra, el tiempo del podar es venido, oída es voz de tórtola en nuestro campo.
13. La higuera brota sus higos, y las viñas de pequeñas uvas dan olor. Por ende levántate, amiga mía, hermosa mía, y vente.
14. Paloma mía, en las quiebras de la piedra, en las vueltas del caracol, descúbreme tu vista, hazme oír la tu voz, que la tu voz dulce, y la tu vista bella».
15. Tomadnos las raposas pequeñas, destructoras de viñas, que la nuestra viña está en flor.
16. El amado mío es mío y yo soy suya, (del que) apascienta entre los lirios.
17. Hasta que sople el día y las sombras huyan, tórnate, sey semejante, amado mío, a la cabra o al corzo sobre los montes de Bater.

CAPÍTULO III

ESPOSA

1. En mi lecho, en las noches, busqué al que ama mi alma. Busquéle y no le hallé. Levantarme he agora y cercaré por la ciudad, por los barrios y por los lugares anchos buscaré al que ama mi alma. Busquéle y no le hallé.

2. Encontráronme las rondas que guardan la ciudad. (Preguntéles:) ¿Visteis por ventura al que ama mi alma?
3. A poco que me aparté dellas (anduve) hasta hallar al amado de mi alma, asíle, y no le dejaré hasta que le meta en casa de la mi madre y en la cámara de la que me parió.
4. Ruégoos, hijas de Hierusalem, por las cabras y los ciervos del campo, que no despertéis ni velar hagáis al amor hasta que quiera.

COMPAÑEROS

5. ¿Quién es esta que sube del desierto como columnas de humo de oloroso perfume de mirra y incienso y todos los polvos olorosos del maestro de los olores?
6. Veis el lecho del mismo Salomón. Sesenta valientes están en su cerco, de los más valientes de Israel.
7. Todos ellos tienen espadas, guerreadores sabios. La espada de cada uno sobre su muslo, por el temor de las noches.
8. Obra hizo para sí Salomón de los árboles del Líbano.
9. Las columnas della hizo de plata, el su techo de oro, el recordadero de púrpura, y por el entremedio amor por las hijas de Hierusalem.
10. Salid y ved, hijas de Sión, al Rey Salomón con la corona con que le coronó la su madre en el día de su desposorio y en el día del regocijo de su corazón.

CAPÍTULO IV

ESPOSO

1. ¡Ay qué hermosa te eres, amiga mía, ay qué hermosa! Tus ojos de paloma entre tus cabellos. Tu cabello como un rebaño de cabras que miran del monte Galaad.
2. Tus dientes como hatos de ovejas trasquiladas que vienen de bañarse, las cuales todas paren de dos en dos, y ninguna entre ellas hay vacía.
3. Como un hilo de carmesí tus labios, y el tu hablar polido. Como el casco de granada tus sienes entre tus copetes.

4. Como torre de David el tu cuello, fundada en los collados. Mil escudos que cuelgan della, todos ellos escudos de poderosos.
5. Tus dos pechos como dos cabritos mellizos que pascen entre violetas.
6. Hasta que sople el día y las sombras huyan, voyme al monte de la mirra y al collado del incienso.
7. Toda tu hermosa, amiga mía, y falta no hay en ti.
8. Conmigo del Líbano, Esposa, conmigo del Líbano te vendrás: otearás desde la cumbre de Amana, de la cumbre de Senir y de Hermón, de las cuevas de los leones y los montes de las onzas.
9. Robaste mi corazón, hermana mía Esposa, robaste mi corazón con uno de los tus ojos, con un sartal de tu cuello.
10. ¡Cuán lindos son tus amores, hermana mía Esposa, cuán buenos son tus amores más que el vino! Y el olor de tus olores sobre todas las cosas olorosas.
11. Panal destilan tus labios, Esposa, miel y leche está en tu lengua, y el olor de tus arreos como el olor del Líbano.
12. Huerto cercado, hermana mía Esposa, huerto cercado, fuente sellada.
13. Tus plantas (son) como jardín de granados con fruta de dulzuras, juncia de olor y nardo.
14. Nardo y azafrán, canela y cinamomo con los demás árboles del incienso, mirra, áloe con todos los principales olores.
15. Fuente de huertos, pozo de aguas vivas que manan del monte Líbano.
16. Sus, vuela, cierzo, y ven tú, ábrego, y orea el mi huerto, espárganse sus olores.

CAPÍTULO V

ESPOSA

1. Venga el mi amado a su huerto y coma la fruta de sus manzanas delicadas.

ESPOSO

2. Vine a mi huerto, hermana mía Esposa, cogí mi mirra y mis olores, comí mi panal con la miel mía, bebí mi vino y la mi leche. Comed, compañeros,

bebed y embriagadvos, amigos.

ESPOSA

3. Yo duermo y mi corazón vela. La voz de mi querido llama: «Ábreme hermana mía, compañera mía, paloma mía, perfecta mía, porque mi cabeza está llena de rocío, y mi cabello de las gotas de la noche».
4. Desnudéme mi vestidura, ¿cómo me la vestiré? Lavé mis pies, ¿cómo los ensuciaré?
5. Mi amado metió la mano por el resquicio de las puertas, y mis entrañas se estremecieron en mí.
6. Levantéme a abrir a mi amado, y mis manos gotearon mirra, y mis dedos mirra que corre sobre los goznes de la aldaba.
7. Yo abrí a mi amado, y mi amado se había ido y se había pasado, y mi alma se me salió en el hablar dél. Busquéle y no le hallé, llámele y no me respondió.
8. Halláronme las guardas que rondan la ciudad, hiriéronme; tomáronme mi manto, que sobre mí tenía, las guardas de los muros.
9. Yo os conjuro, hijas de Hierusalem, que si halláredes a mi querido... Mas ¿qué le contaréis? Que soy enferma de amor.

COMPAÑERAS

10. ¿Qué tiene el tu amado más que otro amado, oh hermosa entre las mujeres, qué tiene el tu amado sobre otro amado, por qué así nos conjuraste?

ESPOSA

11. El mi amado blanco y colorado trae bandera entre los millares.
12. Su cabeza como oro de Tíbar. Sus cabellos crespos, negros como cuervo.
13. Sus ojos como los de la paloma junto a los arroyos de las aguas, bañadas en leche junto a la llenura.
14. Sus mejillas como eras de plantas olorosas de los olores de confección. Sus labios, violetas que estilan mirra que corre.
15. Sus manos, rollos de oro llenos de tarsis. Su vientre, blanco diente cercado de zafiros.
16. Sus piernas, colunas de mármol fundadas sobre basa de oro fino. El su

semblante como el del Líbano, erguido como los cedros.

17. Su paladar, dulzuras, y todo él deseos. Tal es el mi amado y tal es el mi querido, hijas de Hierusalem.

COMPAÑERAS

18. ¿Dónde se fué el tu amado, hermosa entre las mujeres, dónde se volvió el tu querido? Y buscarle hemos contigo.

CAPÍTULO VI

ESPOSA

1. El mi amado descendió al su huerto, a las eras de los aromates, a apascentar entre los huertos y coger las flores.
2. Yo al mi amado y el mi amado a mí, que apasta entre las azucenas.

ESPOSO

3. Hermosa eres, amiga mía, como Tirsa, bella como Hierusalem, terrible como los escuadrones, sus banderas tendidas.
4. Vuelve los ojos tuyos, que me hacen fuerza. El tu cabello como las manadas de cabras que se parecen en el Galaad.
5. Tus dientes como hatajo de ovejas que suben del lavadero, las cuales todas paren de dos en dos, y no hay estéril en ellas.
6. Tus sienes como un casco de granada entre tus copetes.
7. Sesenta son las reinas, y ochenta las concubinas, y doncellas sin cuento.
8. Una es la mi paloma, la mi perfecta. Unica es a su madre: ella escogida es a la que la parió. Viéronla las hijas y llamáronla bienaventurada, y las reinas y concubinas la loaron.

COMPAÑERAS

9. ¿Quién es esta que se descubre como el alba, hermosa como la luna, escogida como el sol, terrible como los escuadrones?

ESPOSO

10. Al huerto del nogal descendí por ver los frutos de los valles, y ver si está en cierce la vid, y ver si florescen los granados.

ESPOSA

11. No sé, mi alma me puso como carros de aminadab.
12. Torna, torna, Sulamita, torna y verte hemos.
13. ¿Qué miráis en la Sulamita como los coros de los ejércitos?

CAPÍTULO VII

COMPAÑERAS

1. ¡Cuán lindos son tus pasos en el tu calzado, hija del Príncipe! Los cercos de tus muslos como ajorcas, obra de mano de oficial.
2. Tu ombligo como taza de luna, que no está vacía. Tu vientre, un montón de trigo cercado de violetas.
3. Los dos pechos tuyos como dos cabritos mellizos de una cabra.
4. El tu cuello como torre de marfil. Tus ojos como estanques de Hesebón junto a la puerta de Batrabim. Tu nariz como la torre del Líbano que mira frontero de Damasco.
5. La cabeza tuya de sobre ti como el Carmelo, y la madeja de tu cabeza como la púrpura: el Rey atado en las regueras.
6. ¡Cuánto te alindaste, cuánto te enmelaste, amada, en los deleites!
7. Esta tu disposición semejante es a la palma, y tus pechos a los racimos de la vid. Dije: Yo subiré a la palma y asiré sus racimos, y serán tus pechos como los racimos de la vid, y el aliento de tu boca como el olor de las manzanas.
8. Y el tu olor como vino bueno, que va a mi amado a las derechas, que hace hablar labios de dormientes.

ESPOSA

9. Yo soy de mi amado, y su deseo a mí.
10. Ven, amado mío, salgamos al campo, moremos en las granjas.
11. Levantémonos de mañana a las viñas, veamos si floresce la vid, si se descubre la menuda uva, si brotaron los granados. Allí te daré mis amores.
12. Las mandrágoras si dan olor, que todos los dulces frutos, así los nuevos

como los viejos, amado mío, los guardé en mis puertas para ti.

CAPÍTULO VIII

ESPOSA

1. ¡Quién te me dará como hermano mío, que mamases los pechos de mi madre! Hallarteía fuera, besarteía, y también no me despreciarían.
2. Meteriate en casa de mi madre, enseñaríasme, haríate beber del vino adobado y del mosto de las granadas nuestras.
3. Su izquierda debajo de mi cabeza, y su diestra me abrazará.

ESPOSO

4. Yo os conjuro, hijas de Hierusalem. ¿Por qué despertaréis, por qué desasosegaréis a la amada hasta que quiera?

COMPAÑEROS

5. ¿Quién es esta que sube del desierto, recostada en su amado?

ESPOSO

6. Debajo del manzano te desperté, allí te parió la tu madre, allí estuvo de parto la que te parió.
7. Ponme como sello sobre tu corazón, como sello sobre tu brazo, porque el amor es fuerte como la muerte, duros como el infierno los celos, las sus brasas son brasas del fuego de Dios.
8. Muchas aguas no pueden amatar el amor ni los ríos lo pueden anegar. Si diere el hombre todos los haberes de su casa por el amor, despreciando los despreciará.

ESPOSA

9. Hermana es a nos pequeña, y pechos no tiene ella. ¿Qué haremos a nuestra hermana cuando se hablare della?
10. Si hay pared, edificalle hemos un palacio de plata; si puerta, fortalecerémosla para ella con tabla de cedro.
11. Yo soy muro y mis pechos son torres. Entonces fui en sus ojos como aquella que halla paz.

12. Tuvo una viña Salomón en Bahal-hamon, entregó la viña a las guardas, y que cada cual traía por el fruto mil monedas de plata.

13. La viña mía, que es mía, delante de mí. Mil para ti, Salomón, y doscientos para los que guardan su fruto.

ESPOSO

14. Estando tú en el tu huerto y los compañeros escuchando, haz que yo oiga tu voz.

ESPOSA

15. Huye, amado mío, y sé semejante a la cabra montesa y a los ciervecicos de los montes de los olores.



GLOSA

CAPÍTULO I



Bésame de besos de su boca



A dije que todo este libro es una égloga pastoril en que dos enamorados, Esposo y Esposa, a manera de pastores, se hablan y se responden a veces. Pues entenderemos que en este primer capítulo comienza a hablar la Esposa, que habemos de fingir que tenía a su amado ausente, y estaba dello tan penada que la congoja y deseo la traía muchas veces a desfallecer y desmayarse. Como parece claro por aquello que después

en el proceso de su razonamiento dice, cuando ruega a sus compañeras que avisen al Esposo de la enfermedad y desmayo en que está por sus amores y por el ardiente deseo que tiene de velle, que es efecto naturalísimo del amor y nasce de lo que se suele decir comúnmente: que el ánimo del amante vive más en aquel a quien ama que en si mismo. Por donde quanto el amado más se aparta y ausenta, ella, que vive en él por continuo pensamiento y afición, vale siguiendo y comunica menos con su cuerpo, y alejándose dél le deja desfallecer y le desampara en cuanto puede; y no puede tan poco que ya que

no rompa las ataduras que la tienen en su cuerpo presa, no las enflaquezca sensiblemente. De lo cual dan muestra la amarillez del rostro y la flaqueza del cuerpo y desmayos del corazón, que proceden de este enajenamiento del alma. Que es también todo el fundamento de aquellas quejas que siempre usan los aficionados, y los poetas las encarecen y suben hasta el cielo, cuando llaman a lo que aman «almas» suyas, y publican haberles sido robado el corazón, tiranizada su libertad y puestas a sacomano sus entrañas; que no es encarecimiento ni manera de bien decir sino verdad que pasa así por la manera que tengo dicho. Y así la propia medicina de esta afición y lo que más en ella se pretende y desea es cobrar cada uno que ama su alma, que sienta serle robada; la cual, porque parece tener su asiento en el aliento que se coge por la boca, de aquí es el desear tanto y deleitarse los que se aman en juntar las bocas y mezclar los alientos, como guiados por esta imaginación y deseo de restituirse en lo que les falta de su corazón o acabar de entregarlo del todo.

Queda entendido de esto con cuánta razón la Esposa, para reparo de su alma y corazón que le faltaba por la ausencia de su Esposo, pide por remedio sus besos, diciendo: «Bésememe de besos de su boca». Que es decir: «Sustentado me he hasta agora viviendo en esperanza, visto he muchas promesas de su venida, y muchos mensajes he recibido; mas ya el ánimo desfallece y el deseo vence. Sólo su presencia y el regalo de sus dulces besos es lo que me pueda guarescer. Mi alma está con él, y yo estoy sin ella hasta que la cobre de su graciosa boca, donde está recogida». Y no hay que pedille vergüenza a la Esposa en este caso, que el mirar en estos achaques es de flaqueza de afición; que el amor grande y verdadero rompe con todo, y muéstrase tan razonable y tan conforme al entendimiento del que ama que no le da lugar para imaginar que a nadie le pueda parecer otra cosa. Dice pues: «Bésememe de besos de su boca.» Que, atenta la propiedad de su original, se dijera bien en castellano: «Bésememe con cualesque besos.» En que da a entender lo mucho que desea la presencia de su Esposo y lo mucho en que la precia, pues para la salud de su desmayo, que es tan grande, no pide besos sin cuento sino cualesquiera besos.

Porque buenos son tus amores más que el vino

Da la razón de su deseo, que es el gran bien y contento que se encierra en los amores de su Esposo, y la gran fuerza que tienen para encendelle la alma y para sacalla de sí como lo hiciera el más generoso y fuerte vino. Y viene esto bien a propósito de su desmayo, cuyo remedio suele ser el vino. Como si

imaginásemos que sus compañeras se lo ofrecían, y ella lo desecha y responde: «El verdadero y mejor vino para mi remedio será ver a mi Esposo». Así que conforme a lo que se trata, la comparación hecha del vino al amor es buena; demás de que en cualquier otro caso es gentil y propia comparación, por los muchos efectos en que el uno y el otro se conforman. Natural es al vino, como se dice en los Psalmos y Proverbios, el alegrar el corazón, el desterrar dél todo cuidado penoso y el henchirle de ricas y grandes esperanzas. Hace osados, seguros, lozanos, descuidados de mirar en muchos puntos y respectos el vino aquellos a quien manda; que todas ellas son también propiedades del amor, como se vee por la experiencia de cada día, y se podría probar con muchos ejemplos y dichos de hombres sabios, si para ello nos diera lugar la brevedad que tenemos prometida.

Al olor de tus unguentos buenos

Hace de entender y añadir «volveré en mí y sanaré deste mi desmayo», porque está falta y cortada esta sentencia, como dicha de persona apasionada y enferma y que le falta el aliento; y como acontece las más veces en todo lo que se dice con alguna vehemente pasión, que el amor demasiado traba la lengua y demedia las palabras y las razones: «Ungüentos buenos» llama lo que en nuestra lengua decimos «aguas de olor» o «conficiones olorosas», que todo viene bien con el desmayo que habemos dicho, para cuyo remedio se suele usar de cosas semejantes. Así que todo es demostración y encarescimiento de lo mucho que ama a su Esposo, y de lo mucho que puede con ella su vista y presencia. Porque es como si dijese: «Si yo viese aquí a quien amo, con la fragancia sola de sus olores tornarí». Y por eso añade: «Declara luego cuán grande sea esta fragancia en mí».

Porque es unguento derramado tu nombre

«Derramado» quiere decir, según la propiedad de la palabra hebrea a quien responde, «repartido en vasos» o «mudado de unas bujetas en otras», porque entonces se esparce y se siente más su buen olor. «Tu nombre» no quiere decir «tu fama», como algunos entienden y se engañan, y como se suele entender en otros lugares de la Sagrada Escritura, porque eso viene fuera de lo que se trata; quiere decir «el nombre con que es llamado cada uno». Así que dice: «Llámaste olor esparcido», que es decir: «Es tal y trasciende tanto tu buen olor que podemos justamente llamarte no oloroso sino el mismo olor esparcido.»

Por eso las doncellas te aman

Esto es decir: «No solamente soy yo la que se enamora de ti, ni sola la que siente deleite y se aficiona a tus lindos olores, que cuantas doncellas hay hacen lo mismo.» Las cuales propiamente se pierden por todo lo que es oloroso, hermoso y gentil.

Metióme el Rey en sus retretes

¡Cuán natural es esto del amor: imaginar que posee ya lo que desea, y tratar como de cosa hecha de lo que pide la afición! Porque dijo que si el Esposo la llamase se iría corriendo en pos dél, imagina como que la llama y la lleva tras sí, y la mete en su casa, donde la hace grandes amores y regalos. Y así dice «Metióme»; que según el uso de la lengua hebrea, aunque muestra tiempo pasado, se pone por lo que está por venir, por mostrar la certidumbre y firme esperanza que tiene dello. Así que «Meterme ha».

«El Rey». Olvidóse de la persona de pastor en que hablaba, y así llámale por su nombre, que siempre el amor trae consigo estos descuidos. O digamos que es propiedad de aquella lengua, como lo es de la nuestra, todo lo que se ama con extremado y tierno amor llamarlo así: «mi Rey, mi bien, mi Príncipe», y semejantemente.

«En sus retretes», esto es, «en todos sus secretos, dándome parte dellos y de todas sus cosas», que es la prenda más cierta del amor.

Membrársenos han tus amores más que el vino: las dulzuras te aman

Muestra por el efecto el exceso de los regalos y placeres que ha de recibir en el retrete de su Esposo, porque —dice— le quedarán impresos y esculpidos en la memoria más que ningún otro placer ni contento, por mayor y más señalado que sea. En este lugar hay diferencia entre los que escriben, así en la traslación como en la declaración dél... Puédese leer, a mi juicio, de otra manera y no menos acertada, la cual es ésta: «Membrarémonos», y poner luego punto, como se vee en su lengua original. Y seguir luego: «Tus amores mejores que el vino preciado te aman», esto es, te hacen amable. Y la causa es porque son más dulces y deleitosos que la misma dulzura y deleite que, como he dicho, se declara en el vino.

Y según esta manera, en la primera palabra «membrarémonos, acordarémonos», que al parecer queda así desacompañada, se encierra un accidente muy dulce y muy natural en los que bien se quieren, cuando acontece verse después de una larga ausencia: que se cuentan el uno al otro, con el mayor encarescimiento que saben, la pena y dolor con que por esta causa han vivido. Así que la Esposa, como había dicho que se vería en el

secreto de su Esposo, y se alegraría y regocijaría juntamente con él, añade convenientemente lo que por orden natural de afición se sigue después del regocijo de la primera vista: «acordarnos hemos», esto es, «contaremos tú a mí y yo a ti lo mucho que en esta ausencia habemos padecido, traeremos a la memoria nuestras ansias, nuestros deseos, nuestros recelos y temores». Pues quede de aquí que esta razón, por cualquier manera que se entienda, va llena de ingenio y de gentileza y de una afición blandísima.

Morena yo, pero amable, hijas de Hierusalem, como las tiendas de Cedar, como las cortinas de Salomón

Bien se entiende del Salmo cuarenta y cuatro, adonde a la letra se celebran las bodas de Salomón con la hija del Rey Faraón, (que es, como he dicho, la que habla aquí en persona de Pastora y en figura de la Iglesia) que era no tan hermosa en el parecer de fuera cuanto en lo que encubría de dentro, porque allí se dice: «La hermosura de la hija del Rey está en lo escondido de dentro». Pues responde aquí agora la Esposa a lo que pudieran oponer los que la veían tan confiada del amor que la tenía su Esposo, siendo al parecer morena y no tan hermosa; que siempre en esto tiene gran recato el amor.

Dice pues: «Yo confieso que soy morena, pero en todo el resto soy hermosa y bella y digna de ser amada, porque debajo de este mi color moreno está gran belleza escondida». Lo cual cómo sea, decláralo luego por dos comparaciones. Soy, dice, «como las tiendas de Cedar y como los tendejones de Salomón». Cedar llama a los alárabes, que los antiguos llamaban nómadas, porque son descendientes de Adar, hijo de Ismael; y es costumbre de la Escritura llamar a la gente por el nombre de su primer origen y cabeza. Estos alárabes es gente movediza, y no viven en ciudades sino en el campo, mudándose cada un año donde mejor les parece; y por esta causa viven siempre en tiendas hechas de cuero o lienzo, que se pueden mudar ligeramente. Ansí que es la Esposa en hermosura muy otra de lo que parece, como las tiendas de los alárabes, que por de fuera las tienen negras el aire y el sol a que están puestas, mas dentro de sí encierran todas las alhajas y joyas de sus dueños, que —como se presupone— son muchas y muy ricas. Y como los tendejones que tiene para usar en la guerra Salomón, que lo de fuera es de cuero para defensa de las aguas, mas lo de dentro es de oro y seda y lindas bordaduras, como suelen ser las de los otros Reyes.

No me desdeñéis si soy morena, que miróme el sol...

Responde esto muy bien al natural de las mujeres, que no saben poner a

paciencia todo lo que les toca en esto de la hermosura. Porque, según parece, bien pagada quedaba esta pequeña falta de color con las demás gracias que de sí dice la Esposa, aunque en ello no hablara más; pero como le escuece, añade diciendo y muestra que esta falta no le es ansí natural que no tenga remedio, sino venida acaso por haber andado al sol, y aún eso no por culpa suya sino forzada contra su voluntad por la porfía de sus hermanos. Y ansí dice: «No me miréis que soy morena, que miróme el sol», esto es, «anduve a él y pegóseme; y la causa de andar yo ansí fué porque los hijos de mi madre porfiaron (encendidos) contra mí, pusieronme por guarda de las viñas, la mi viña no guardé». Dice que no guardó su viña porque se olvidó de sí y de lo que tocaba a su rostro, por entender en guardar las viñas ajenas en que sus hermanos por fuerza la habían ocupado.

Y no se ha de entender que esto pasó ansí, como se dice, por la hija de Faraón que habla aquí. Porque, siendo hija de Rey, no es cosa verisímil creer sino, presupuesta la persona que representa y a quien imita hablando, que es de pastora, es la más propia y más gentil disculpa y color que podía dar a su mal color decir que había andado en el campo al sol forzada de sus hermanos, que como pastores era gente tosca y de mal aviso. Donde dice «mi viña» en el hebreo tiene doblada fuerza, porque dice «mía remia», dando a entender cuán propia suya es y cuánto cuidado debe tener della, como si dijera «la mi querida viña» o «la viña de mi alma», que por tal es tenido de las mujeres todo lo que toca a su buen parecer y gentileza.

Enséñame, oh amado de mi alma, dónde apascientas, dónde sesteas al mediodía

Disculpada su color, torna a hablar con su Esposo; y no pudiendo sufrir más dilación, desea saber dónde está con su ganado, porque se determina de buscallo dondequiera que estuviere. Porque el amor verdadero no mira en puntillos de crianza ni en pundonores, ni espera a ser convidado primero, antes él se convida y se ofrece. Y aunque había llamado la Esposa al Esposo para su remedio, significándole su deseo y necesidad, y ni viene ni le responde, no por eso se enoja o se entibia, ni menos se afrenta dello ni hace caso de honra, antes crece más en su deseo; y pues no viene, ella se determina ir en su busca en sabiendo dónde está, y ruégale a él que se lo haga saber, diciendo: «Hacedme saber, oh amado de mi alma.»

Lo cual se puede entender en dos maneras. O que sea un mostrar al Esposo lo mucho que quisiera saber dél para seguille, y excusarse que si no lo hace es por no andar vagueando perdida de monte en monte. Como si dijese:

«Ojalá yo supiera, amor mío, o tú me lo hubieras dicho, dónde andas con tu ganado, que luego me fuera allá; mas si no lo hago, es por no andar de cabaña en cabaña y de hato en hato preguntando por ti a los pastores». O entendamos, y esto es lo más natural, que pide el Esposo le haga saber o por sí o por otra persona alguna dónde ha de sestear al mediodía, que luego se irá allá. Y no estorba a esto que, estando el Esposo como presuponemos que estaba — ausente—, no podía oír sus ruegos de la Esposa ni satisfacer a su voluntad, porque en el verdadero y vivo amor pasan siempre mil imposibilidades semejantes, que con la ardiente afición se ocupan y se ciegan los sentidos, que engañándose juzgan como por posible y hacedero todo lo que se desea. Y así por una parte habla la Esposa a su Esposo como si le tuviese presente y la viese y oyese; y por otra no sabe dónde está, y ruégale que se lo diga, porque si no, ella está determinada, como quiera que sea, de buscarle; en lo cual podría haber inconveniente de perderse y de dar que decir a las gentes. Por eso añade:



No me miréis, que soy algo morena, que miróme el sol.

Que por qué andaré yo descarriada entre los hatos de tus compañeros

Donde dice «descarriada» o «desencaminada» otros trasladan «arrebozada», porque la palabra hebrea a quien responde, que es «Hoteiah», sufre lo uno y lo otro. Y decir «arrebozada» es decir ramera, mujer deshonesto y perdida, porque este era el traje de las tales entre aquella gente, como se lee en el Génesis de Tamar cuando, puesta en semejante hábito, hizo creer a Judas —su suegro— que era ramera. De la una manera y de la otra hace buen sentido, porque dice: «Yo me determino de buscarte, pero no es justo que ande buscándote de choza en choza, o como mujer que anda descaminada y como si fuese alguna desvergonzada y deshonesto; y por tanto conviene que sepa yo dónde estás».

Salte y sigue las pisadas del ganado

No puede sufrir un corazón generoso que quien le ama pene mucho por él; y por esto, entendiendo el Esposo que su Esposa le desea y quiere hablalle, la dice que siga la huella del ganado, que por ella le hallará... El decir que siga la huella se puede entender de dos maneras: que diga el Esposo a la Esposa, o «que siga la huella que hallará hecha del ganado que pasó ya», o «que se vaya en pos de sus mismos cabritos, siguiendo las pisadas; los cuales, por la costumbre de otras veces y por el amor y instinto natural que los guía a sus madres, la pondrán con su Esposo». Porque habemos de entender que habían quedado, como se suele hacer, encerrados en casa los cabritos, y el Esposo traía las madres pasciendo por el campo. Y ansí añade:

Apascentarás tus cabritos junto a las cabañas de los pastores

Que es decir: «Te llevarán donde les lleva a ellos su amor y adonde tienen su pasto, que es lugar donde yo estoy con los demás pastores». En lo que dice «tus cabritos» es de advertir el gentil decoro que guarda Salomón, porque ordinariamente a las mujeres, por ser más delicadas, no las ponen en recios trabajos; y si el marido cava, ella quita las piedras; si poda, ella sarmienta; si siega, ella hacina; y ansí si el marido trae el ganado mayor, ella suele andar con el menudo.

A la yegua mía en el carro de Faraón te comparo, amiga mía

Alegre con la gentil presencia de su Esposa, concibe el Esposo nuevas llamas de amor, que le hacen dar muestra por galanas comparaciones de lo bien que le parece. Hermosa cosa es y llena de brío una yegua blanca y bien enjaezada, cuales son las que hoy día los señores usan en los coches. Pues muestra el

Esposo en esto la lozanía y gallardía de su Esposa.

Y dice, en carro de Faraón, significando por él al rey, la tierra y reino de Egipto, cuyos reyes se llaman así; que quiere decir tanto como vengadores y restauradores, que los antiguos ponían nombres a los maestros de la república a cada uno conforme a la obra de su oficio. Pues hase de entender que en aquel tiempo eran muy preciados los carros que se hacían en Egipto, y las yeguas traídas para ellos de allá, como parece del tercer libro de los Reyes, y Salomón, que es el que habla aquí, como rey riquísimo, tenía en grande abundancia las mejores de estas cosas, porque él enviaba por ellas, y el rey de Egipto se las enviaba y presentaba.

Ya otra vez he comenzado a advertir (y quedará de aquí dicho para otros muchos lugares donde es menester adelante) que, aunque esta plática que pasa entre Salomón y su Esposa es como si pasase entre dos, pastor y pastora, pero alguna vez se olvidan de la persona que representan, y hablan conforme a quien son: como en este lugar, donde dice ser suya la yegua, muestra tener coches traídos desde Egipto con gentiles yeguas que los guíen, lo cual no cabe en un pobre pastor. Como, al revés, otras veces dicen cosas ajenas por el cabo de sus personas, y muy conformes con la afición y pasión que declaran y con el sentido pastoril que siguen.

Bellas están tus mejillas con los cerquillos, tu cuello con los collares

«Cuán lindas se descubren, oh Esposa mía, tus mejillas entre esas perlas, y tu cuello entre los collares». Esto es: «Estáte bien y hermoséate hermosamente este traje, que es como dijo uno en su poesía: *Un bello manto una beldad adorna*». Y es propio esto de las que son hermosas: que todo cuanto se ponen les está bien y les viene como nacido y como cosa hecha para su ornamento y servicio. Como al revés las feas: mientras más se aderezan y atavían, peor parecen.

Tortolicas de oro te haremos con remates de plata

... Es muy usado entre los enamorados, en los servicios que hacen a sus amadas, darles algunas cosas que tengan símbolo y significación de sus afectos, unos de amor, otros de desesperación, otros de cuidados, y algunos otros de celos. Y esto hácenlo escribiendo en los tales dones algún mote o letra que tenga el nombre de lo que ellos quieren dar a entender, o poniendo figuras o color alguno que dé a conocer lo que ellos sienten.

Pues así promete el Esposo de dar a la Esposa de aquellos torzalejos de oro en forma de tórtolas, y que tengan los remates, que es el pico y las uñas,

de plata. Porque además de ser el presente hermoso y bien artizado en esta hechura, da a entender el afecto del Esposo, que es un amor perfecto, puesto para siempre en una persona —como lo es el que dos tórtolas, macho y hembra, se tienen entre sí que, como se escribe, es tan grande y tan fiel que, muerta la una, la otra se condena a perpetua viudez.

Manojuelo de mirra es mi amado a mí: morará entre mis pechos

Como es cosa hermosa y amada de las doncellas un ramillete de flores o de otras cosas semejantemente olorosas, que lo traen siempre en las manos, y lo llegan a las narices, y por la mayor parte le absconden entre sus pechos, lugar querido y hermoso, tal dice que es para ella su Esposo: que por el grande amor que le tiene, le trae siempre delante de sus ojos, puesto en sus pechos, y asentado en su corazón.

¡Oh, cuán hermosa eres, amiga mía, oh, cuán hermosa! Tus ojos, de paloma

Todo esto es como una amorosa contienda entre Esposo y Esposa, donde cada cual procura de aventajarse al otro en decirse amores y requiebros. Loa, pues, la hermosura de la Esposa, que a su parecer era sumamente bella, y declara ser grande su belleza, usando desta repetición de palabras que es común en la Sagrada Escritura, diciendo: «Hermosa eres, amiga mía, hermosa eres», como si dijera «hermosa, hermosísima eres».

Y porque una gran parte de la hermosura está en los ojos, que son espejo del alma y el más noble de todos los sentidos, y que ellos solos, si son feos, bastan a afean el rostro de una persona por demás gentiles facciones que sean, por esto, particularmente después de haber loado la belleza de su Esposa en general, hace mención dellos, y dice que son como de paloma.

Las que vemos por acá no los tienen muy hermosos, pero sonlo de hermosísimos las de tierra de Palestina: que como se sabe por relación de mercaderes y por unas que traen de Levante, que llaman tripolinas, son muy diferentes de las nuestras, señaladamente en los ojos, porque los tienen grandes y muy redondos, llenos de resplandor y de un movimiento velocísimo y de un color extraño, que parece fuego vivo.

Y tú, qué hermoso eres, amado mío, y qué gracioso

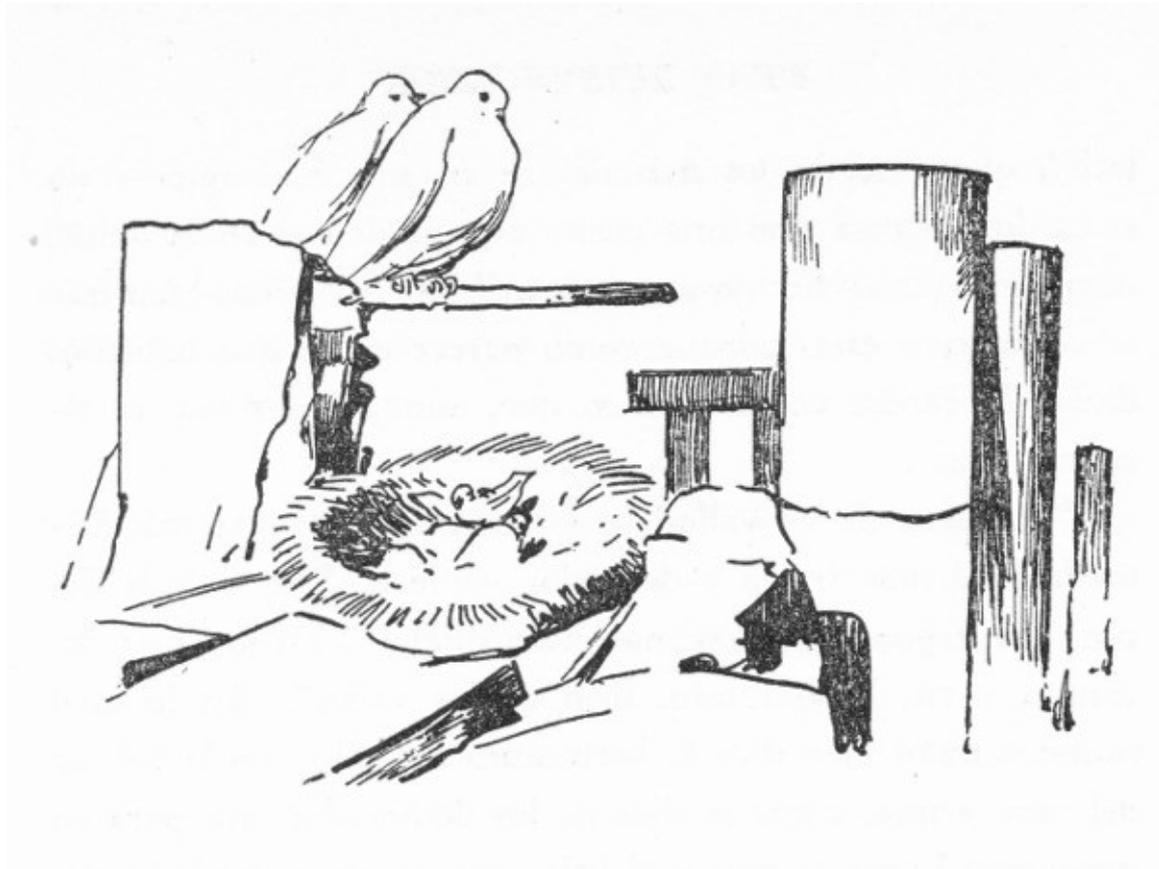
Responde la Esposa y paga en la misma moneda al Esposo, conociendo y publicando la hermosura que hay en él. Y porque la belleza está no solamente asentada en la exterior muestra de la buena proporción de facciones y

escogida pintura de naturales colores, mas también y principalmente tiene su silla en el ánimo; y porque esta parte de la hermosura del ánimo se llama gracia, y se muestra de fuera y se da a entender en los movimientos de la misma ánimo, como son mirar, hablar, reír, cantar, andar y los demás —los cuales todos en lengua toscana generalmente se llaman «atti»— de tal manera que, sin esta belleza, la otra del cuerpo es una frialdad sin sal y sin gracia, y menos digna de ser amada que lo es una imagen, como cada día se vee; así que por esta causa la Esposa, para loar perfectamente a su Esposo, le dice: «Y tú eres hermoso y gracioso».

En el hebreo está en estos dos lugares del Esposo y de la Esposa una palabra que en latín se interpreta «ecce»; y es voz que en esta parte da muestra de gran afecto y regocijo del que habla, como uno que estando contemplando la beldad amada, no cabe en sí ni puede detener el ímpetu de la alegría que le bulle en el corazón, y al fin rompe y dice: «¡Ay, cómo eres hermosa, ay, cómo eres graciosa!», o otra tal razón de impetuoso afecto. Lo cual no se puede pintar al vivo con la escritura, porque el dibujo de la pluma sólo llega a lo que puede trazar la lengua, la cual es cuasi muda cuando se pone a declarar alguna gran pasión.

Pues dice la Esposa: «Si yo soy hermosa como tú dices, amor mío, y si tal te parezco, tú no me pareces a mí menos bien, y hermoso eres como la misma hermosura, y gracioso y salado más que la gracia. Y no sólo tú eres tal, mas también todas tus cosas, por ser tuyas, por el semejante son hermosas y lindas: la cama cubierta de flores y la casa rica y hermosamente edificada. Al fin todo es lindo y tú más que todo ello».

CAPÍTULO II



Yo rosa del campo y lirio de los valles.



STAS palabras están así que se pueden entender indiferentemente del uno de los dos. Pero más a propósito es que las diga la Esposa, que por ser mujer tiene más licencia para loarse, y que vengan dependientes y hagan una sentencia con lo que acaba de decir en el fin del primer capítulo: «Nuestro lecho florido y nuestra casa de aciprés». Y añade: «Y yo rosa del campo», para que por todo ello convide y persuada más a que el Esposo la ame y

acompañe, y que en ningún tiempo la deje.

«Yo rosa del campo». La palabra hebrea es «Habatzeleth», que —según los más doctos en aquella lengua— no es cualquier rosa sino una cierta especie dellas: en la color, negra, pero muy hermosa y de gentil olor. Y viene bien que se compare a ésta, porque como parece en lo que hemos dicho, la

Esposa confiesa de sí que, aunque hermosa, es algo morena.

«Azucena de los valles», que por estar en lugar más húmedo, está más fresca y de mejor parecer. Esto dice la Esposa del Esposo, como si más claro dijese: «Yo soy rosa del campo y tú, Esposo mío, lirio de los valles». En lo cual muestra cuán bien dice la hermosura del uno con la beldad del otro y que, como se dice de los desposados, son para en uno como lo son la rosa y el lirio, que juntos crece la gentileza de entrambos, y agradan a la vista y al olor más que cada uno por sí.

Como lirio entre las espinas, así es mi amada entre las hijas

La flor que nasce entre las espinas es tanto más amada y preciosa cuanto son más aborrecibles las espinas entre quien nasce; y de la fealdad de las unas viene a descubrirse más la hermosura de la otra... No sólo dice ser hermosa la Esposa como rosa entre otras rosas, sino así hermosa que sola ella es rosa; que las demás en su comparación y en su presencia parecen espinas.

Lo que dice «entre las hijas» es como decir «entre todas las doncellas»... Pues es doncella la Esposa, y de las mujeres las doncellas tienen la hermosura más entera y más hermosa, y entre todas ellas la Esposa es la que vence.

Como el manzano entre los árboles silvestres, así el mi amado entre los hijos. En su sombra deseé, sentéme, y su fruto dulce a mi garganta.

«Cuanto —dice— se aventaja un fresco y poblado manzano comparado a los árboles silvestres y montesinos, tan grande ventaja haces tú a los demás mancebos». Hermoso árbol es un manzano lleno de hoja y cargado de fruta. Y en esto la Esposa da mayor loor al Esposo del que ella había rescibido: que él la comparó a azucena, que es cosa hermosa, pero de poco o ningún fruto, y el manzano a quien ella le compara tiene lo uno y lo otro.

Lleva adelante esta comparación, y como suele un manzano grande y verde con la hermosura de su fruta y frescura de sus hojas convidar a los que le veen a reposar debajo de su sombra y coger de su fruta, así dice que la vista de su Esposo la puso en semejante deseo. Y como lo deseó, así lo puso por obra. «En su sombra deseé», conviene a saber: «reposar». «Sentéme», esto es, «conseguí el fin de mi deseo». «Y su fruta dulce a mi garganta»: en que se declara una posesión entera y perfecta.

Y como en decir esto tórname a la memoria del tiempo pasado de aquellos sus primeros y más dulces amores, sigue el hilo del pensamiento, y cuenta con grandes gracias y blanduras de afectos mucha parte de sus accidentes: la

posesión de sí que le dio el esposo, cómo ella se le desmayó entre los brazos, y los regalos que recibió dél estando así desmayada, con otras cosas de grande afición, terneza y blandura.

Metiόμε en la cámara del vino, y la bandera suya en mi amor

Ya dijimos que en el vino se declara en la Escritura Sagrada todo lo que es deleite y alegría. Así que entrar en la cámara del vino es aposentarse y gozar no por partes sino enteramente de toda la mayor alegría; que cuanto a lo que toca a la Esposa, consistía en los grandes regalos y muestras de entrañable amor que rescibió de su Esposo.

Y por tanto añade: «la bandera suya en mi amor». Que se puede entender en dos sentidos: «Traer bandera» en la propiedad hebrea, como después veremos, es señalarse alguno y adelantarse en aquello de que se trata, como es señalado el alférez que la lleva entre todos los de su escuadrón. Y según esto, quiere decir: «Enriqueció el Esposo mi alma de alegría, hízola señora de un increíble contento, y esto porque en ninguna cosa se quiso señalar y aventajar tanto como en amarme». O digamos, y es lo mejor, que la Esposa dice así: «Metiόμε en su bodega el amado mío y yo seguíle, que como los soldados siguen su bandera, así la bandera que a mí me lleva tras sí y a quien yo sigo es el su amor».

Porque forzado es cualquiera que no está fuera de seso de hombre que ame a quien le ama; y amándole, que se fíe dél, y fiándose, que se deje llevar sin sospecha y sin recelo por donde el otro quisiere. Porque el amor siempre es parto de la confianza, y el que es amado entiende bien que quien le ama no le lleva sino adonde cumple para su provecho. Y eso es lo que dice la Esposa: que sabiendo ella cómo su Esposo la amaba, se dejó llevar y guiar de este amor muy segura. Y su Rey y Esposo que la llevaba, la metió en su bodega, donde le hizo particulares mercedes y beneficios, que fueron una nueva yesca para acrescentalle el amor; que cierto es que los dones y beneficios, aunque no son causa del nascimiento del verdadero amor todas las veces, a lo menos son parte de su crecimiento y son como el mantenimiento con que se sustenta y conserva.

*Rodeadme de vasos de vino, cercadme de manzanas, que enferma estoy
de amor.*

La flaqueza del corazón humano no tiene fuerza para sufrir ningún extremo ni de alegría ni de dolor. Pues así con el sobrado gozo que rescibió con los favores de su Esposo entonces, o con el agudo dolor que siente agora en

acordarse dellos y en verse despojada dellos, se desfalleció la Esposa. Y no dice que desfalleció así por estas palabras; empero dice las palabras con que pidió remedio a su desfallecimiento, en que declara su mal con mayor gracia que si por claras palabras se explicara. De esta manera: «Venció el gozo al deseo y al corazón, y así faltóme, y desmayada comencé a decir: esforzadme con vasos de vidrio». Así declaran la palabra hebrea «Asisoth» los doctos en aquella lengua, aunque el texto vulgar traslada «flores». Lo uno y lo otro es cosa de recreación para el que está enfermo, aunque los vasos de vidrio aquí hanse de entender llenos de vino, para que con su olor y sabor tornase en sí su corazón desmayado. Y por la misma causa pide que la rodeen de manzanas. Y así en decir «esforzadme» se da a entender el desfallecimiento de su fuerza que se iba a caer. Y diciendo «tended debajo de mí manzanas», se colige que ella estaba ya caída y recostada. Lo que dice «estoy enferma de amor» no es la enfermedad propia del cuerpo sino una grave aflicción del ánima que la imaginación de alguna cosa causa; y de aquí se sigue el desfallecer el cuerpo.



Yo rosa del campo y lirio de los valles.

La su izquierda debajo de mi cabeza y la su derecha me abraçe

Prosigue la enamorada Esposa demandando socorros para su desmayo. El natural remedio para los que se desmayan de amor es ver juntos consigo a los que aman, y que les muestren señales de favor y voluntad, y se conduelan de su mal; porque de allí les viene su trabajo, y de lo mismo les ha de venir su alivio y descanso. Y ansí la Esposa, estando ya caída en el desmayo, pide a su Esposo que llegue a ella y la sustente y ciña con sus brazos.

Y no fue en esto negligente el Esposo, que visto su desmayo, acudió luego y la tomó en sus brazos: que se hace conforme ella dice, poniendo el brazo izquierdo debajo de la cabeza y abrazándola con el derecho. Y esto hemos de entender que lo dijo la Esposa en aquellos intervalos del desmayo, cuando vuelve en sí, como se vee en los que sienten esta pasión y se trasponen y vuelven en sí hablando algo de aquello que les duele, y se tornan a trasponer, y dura esta batalla hasta que se consume el mal humor.

Conjúroos, hijas de Hierusalem.

Habemos de entender que se le adormió en los brazos la Esposa, porque es natural después del desmayo seguirse el sueño con que torne en sí, y se repare la virtud cansada con la pasada lucha. Ansí que él, sintiéndola dormida, pónela en el lecho mansamente, y vuelto a los circunstantes conjúralos, por todo lo que más quisieren, que la guarden el sueño y la dejen reposar. Estas personas a quien conjura eran compañeras suyas; las cuales, como aquí se finge, la Esposa traía consigo, y éstas eran cazadoras, según parece en la conjuración que el Esposo les hace, y es muy conforme a la imaginación que se prosigue en este libro; porque de la Esposa, que es pastora, las compañeras han de ser rústicas y que tengan ejercicio del campo, como es ser pastoras y cazar. Y este era uso de la tierra de Asia, principalmente hacia Tiro y en aquellas comarcas de Judea, que las vírgenes se ejercitasen en la caza. Y ansí las requiere y juramenta el Esposo diciendo: «Ruégoos y requiéroos, hijas de Hierusalem, ansí os vaya siempre bien en la caza, ansí gocéis de las ciervas y hermosas cabras montesas, que no despertéis a mi amada hasta que ella quiera y hasta que ella despierte de suyo». Esta es muy común costumbre de todos los buenos autores, y aun de todas las gentes, orar la felicidad o desgracia del estudio y ejercicio de otro cuando le quieren rogar algo o le desean mal. Como a uno que estudia le decimos: «ansí Dios os haga un gran letrado», y a uno que pretende dignidades: «ansí os vea yo un gran señor», y al marinero: «ansí os dé Dios buenos viajes», y desta manera en todos los demás.

Voz de mi amado se oye.

Es el cuidado del amor tan grande y está tan en vela en lo que desea que de mil pasos, como dicen, lo siente, entre sueños lo oye y tras los muros lo ve. Finalmente es de tal naturaleza el amor que hace obras en quien reina, diversas mucho de la común experiencia de los hombres. Y por esto, los que no sienten tal afecto en sí no las creen o les parecen milagros, o por mejor decir, locura ver y oír las tales cosas en los enamorados. Y de aquí resulta que los autores que tratan de amor son mal entendidos, y juzgados por autores de devaneos y disparates. Por lo cual, un poeta antiguo y bien enamorado de nuestra nación (Ausias March) dijo bien en el principio de sus canciones esta sentencia:

No vea mis escritos quien no es triste,

O quien no ha estado triste en tiempo alguno.

Ansí que las extrañas cosas que sienten, dicen y hacen los que aman no se pueden entender ni creer de los libros de amor; de donde será forzoso que muchas cosas deste libro sean oscuras, ansí al expositor dél como a los demás que en divino amor están fríos y tibios. Y por el contrario, será muy claro todo al que tuviere y experimentare en sí la sentencia desta obra, y ninguna cosa le parecerá imposible ni disparatada.

Pues vemos aquí que la Esposa, cansada del trabajo pasado está durmiendo. Y con todo eso, en el punto que su Esposo habla, siente su voz y la conoce sin errarla, y se avisa de su venida diciendo: «Voz de mi amado». Esto, o pasó ansí y la Esposa lo relata agora: que el Esposo con el cuidado de su enfermedad volvió luego a ver si reposaba y hacelle compañía, y si quisiese esforzarse, a convidarla se saliese al campo, que por ser el principio de la primavera ya estaría fresco y muy florido, y le sería gran remedio para su tristeza y enfermedad.

O digamos que fue como un sueño o imaginación que, a causa del grande amor, la Esposa se fingió a sí misma, paresciéndole que veía ya a su Esposo y le hablaba, como es cosa natural a los que aman o tratan de algún negocio cuidadosamente traerles los sueños imágenes semejantes; porque agora, como he dicho, va refiriendo lo que entonces vió y habló medio entre sueños por las mismas palabras que lo dijo, pues dice: «Voz de mi amado». Bien muestra en la manera de las palabras ansí cortadas el alboroto de su corazón.

Helo, viene pasando montes y saltando collados.

Propio es de los que imaginan con desatino alguna cosa antojárseles que veen así lo ausente y que está lejos como lo cercano y presente, juntando cosas diferentes y de diversos tiempos como si todo fuese un mismo negocio. Está en su lecho desmayada la Esposa, y parécele que ve a su Esposo que viene volando por los montes y por los collados como si fuese una cabra o un corzo, animales ligerísimos.

Helo, ya está tras la pared, acechando por las ventanas, descubriéndose por las rejas.

Todo es mostrarse y abscondirse, y no entrar de rondón sino andar acechando agora por una parte y agora por otra, es natural de los muy requebrados; y son unos regalos y juegos graciosísimos de amor, que es como un jugar al tras con los niños, lo cual se pone aquí con gran propiedad y hermosura de palabras. Porque dice que cuando ella lo vee por entre las puertas, él de presto se quita de allí, y corre a mostrarse por las saeteras de la casa; y de allí, siendo visto, se muda a las rejas y se asoma un poco, y así de un lugar en otro, y en todos ella le sigue y alcanza con la vista. Y esto es muy común acá cuando uno se esconde, burlando, decirle al otro: «Ah, bien te veo la cabeza, veo ahora los ojos por entre las puertas; oh, ya se ha quitado, helo, helo allí, por la ventana asoma». Y como hemos dicho, estas cosas, aunque parecen niñerías, no lo son en los amantes, porque ellos estiman unas cosas de que los otros hacen poco caso, y las cosas en que los otros se recrean o las precian, a ellos les dan fastidio.

«Mostrándose por las ventanas». En la propiedad de su lengua se toca en estas palabras una gentil comparación que en nuestra lengua no se siente. Donde decimos «mostrándose», la palabra hebrea es «metzitz», que viene de «tzitz», que es propiamente el mostrarse la flor cuando brota o de otra manera se descubre. Pues como suelen los claveles asomar por los agujeros pequeños de los encañados que los cercan o de las vainas que rompen cuando brotan, y como las rosas que, cuando salen, no se descubren todas sino solamente un poco, así imagina y dice que su Esposo más que el clavel y que la rosa bella se descubre, ya por una parte, ya por otra, mostrando unas veces los ojos y no más, y otras veces solos los cabellos.

Levántate, amiga mía...

Convida en este lugar a la Esposa al gozo de sus amores; y porque él anda en el campo, que es lugar para el amor mejor que otro, pídele que salga a él, poniéndole delante para más movella el amor que le tiene con regaladas

palabras de amiga y de galana, y juntamente con esto la sazón del verano, que es tiempo fresco y apacible y muy aparejado para tratar amores, y ansí dice: «levántate». En decir, «levántate» se endiende que estaba acostada y mal dispuesta; y ansí dícele que se esfuerce y se salga con él para su salud a gozar del fresco y hermosura del campo, a que tienen natural afición los corazones enamorados; el cual con la nueva venida del verano estaba deleitosísimo, como lo pinta poéticamente por diversos y apacibles rodeos.

Dice: «Ya ves, pasó el invierno, pasó la lluvia, fué». Todas son condiciones de la primavera. «El tiempo de cantar es venido». Lo cual es verdad, ansí en los hombres como en las aves, que con el nuevo año y con el acercarse el sol a nosotros se le renueva la sangre y el humor que toca al corazón con una nueva alegría, que le aviva y despierta y hace que cantando dé muestras de su placer. «La voz de la tortolilla», que es ave que suele venir con el verano como las golondrinas, «es oída en nuestro campo». «Las viñas de pequeñas uvas dan olor», esto es, están, como decimos en español, en cierne.

Y haciendo de todo una sentencia seguida, será como si dijese: «Levántate, amor mío, de ahí donde estás en tu cama acostada, y vente, y no tengas temor a la salida, porque el tiempo está muy gracioso. El invierno con sus vientos y sus fríos que te pudieran fatigar ya se fué. El verano es ya venido, como se vee por todas sus señales. Los árboles se visten de flores, las aves entonan sus músicas con nueva y más suave melodía, y la tortolica, ave peregrina que no invierna en nuestra tierra, es venida a ella y la hemos oído cantar. Las higueras brotan ya sus higos, las vides tienen pámpanos y huelen a su flor, de manera que por todas partes se descubre ya el verano. La sazón es fresca, el campo está hermoso, todas las cosas favorecen a tu venida y ayudan a nuestro amor, y parece que naturaleza nos adereza y adorna el aposento. Por eso levántate, amiga mía, y vente».

Paloma mía, puesta en las quiebras de la piedra, en los escondrijos del paredón.

Todas son palabras de amor y requiebro que, continuando su cuento, dice la Esposa haberle dicho al Esposo. Declara, pues, en esto el Esposo a su amada la condición de su amor y cómo se ha de haber con él en este oficio de amarlo, y trae para ello una gentil semejanza de las palomas, cuya propiedad sabida, quedará claro este lugar. Hanse de tal manera las palomas en su compañía que, después que una vez se hermanan dos, macho y hembra, para vivir juntos, jamás deshacen la compañía hasta que el uno dellos falta. Y esto

nace del natural amor que se toman. Y la paloma está muy obediente a todo el querer del palomo, tanto que no le basta el amor y lealtad que de naturaleza le tiene sino que también sufre muchas riñas y importunos celos del marido. Porque esta ave es la que mayores muestras de celos da entre todas las demás; y así, en viniendo de fuera, luego hiere con el pico a su compañera, luego la riñe y con la voz áspera da grandes indicios de su sospecha, cercándola muy azorado y arrastrando la cola por el suelo; y a todo esto, ella está muy paciente sin se mostrar áspera ni enojada. Y estas aves, entre todos los animales brutos, muestran más claro el amor que se tienen ser de gran fuerza, así por el andar siempre juntos y guardarse la lealtad el uno al otro con gran simplicidad como por los besos que se dan y los regalos que se hacen después de pasadas aquellas iras.

Pues desta misma manera notifica el Esposo a la Esposa que se han de haber entrambos en el amor. Y así le dice: «Ven acá, compañera mía, que ya es tiempo que juntemos este dulce desposorio. Sabed que yo soy palomo y vos habéis de ser paloma, y no de otro palomo sino paloma mía y amada mía, y yo amado y compañero vuestro. Este amor ha de ser firme para siempre, sin que ninguna cosa jamás lo disminuya. Y con todo eso, yo os tengo de pedir celos. Y porque, aunque haya muchas palomas en un lugar, cada par vive por sí, ni ella sabe el nido ajeno, ni el palomo extraño le quita el suyo, es razón que nosotros también nos apartemos a nuestra poyatilla aparte. Por eso venios al campo, paloma mía; aquí, en esta peña, hay unos agujeros muy aparejados para nuestra habitación, aquí hay unas cuevas en esta barranca alta, aquí me mostrad vos, paloma mía, vuestra vista, y aquí os oiga yo cantar, que aquí me agradáis; y en esta soledad, vuestra vista me es muy bella y vuestra voz suavísima».

Dice «paloma en las quebras de la piedra», porque en semejantes lugares las palomas bravas suelen hacer su asiento. Aunque en lo que añade «en los escondrijos del paredón» hay diferencia, que algunos trasladan «en las vueltas del caracol». Por lo uno o por lo otro se entiende un edificio antiguo y caído como suele haber por los campos donde las palomas y otras aves acostumbran hacer nido.

Prendedme las raposas: las raposas pequeñas

Ufana, pues, la Esposa y muy regalada con los favores y dulces palabras que le acaba de decir su querido, viene en este lugar a ser movida de un afecto que es muy común a los regalados, teniendo delante de sí a quien los ama y regala. Declararlo hemos por este ejemplo. Cuando una madre ha estado

ausente de su niño, y en viniendo luego pide por él, y lo llama y lo abraza mostrándole aquella ternura de regalo que le tiene, lo primero que él hace es quejarse de quien le ha ofendido en su ausencia, y con unos graciosos pucheritos relata como puede su injuria y pide a la madre que le vengue. Lo mismo hace una esposa o mujer casada que mucho ama a su marido y le ha tenido ausente, que luego se le regala quejándose de las desgracias que le han sucedido en su ausencia.

Este afecto muestra aquí la Esposa luego que se ve acariciada y regalada con el llamarla su Esposo y con lo demás que le dijo. Quejase de la cosa que más le ofende. Y es que como ella tenía una viña, la cual preciaba mucho, y se veía ya que las viñas estaban en cierne y comenzaba a quedar limpio el agraz, tiene gran temor que las raposas se la echen a perder, y quejándose de la mala casta dañadora, demanda socorro al Esposo y a los pastores, sus compañeros, diciendo: «Cazadme las raposas pequeñas». Y en decir «pequeñas» guarda bien la propiedad de la naturaleza, porque cuando las viñas están en agraz y antes que comiencen a madurar, entonces las raposillas de las camadas se crían, y éstas hacen después mucho daño en las viñas, porque son muchas y van juntas; y como por su poca fuerza no se atreven a hacer salto en los ganados pequeños ni en las gallinas, ni en las otras cosas que los raposos viejos cazan y destruyen, vanse a las viñas donde hay menos concurso de hombres y de perros, y ellas son menos vistas por la espesura de las hojas y pámpanos, y ansí hacen mucho daño. Y por eso pide la Esposa que las prendan y maten mientras son aún pequeñas, que será más fácil que después. Y ansí dice: «las raposas». Y declarándose más, añade: «las raposas pequeñas».

Y vino a muy buen tiempo este quejarse de la Esposa porque, como habemos dicho, en tal tiempo se suelen quejar y pedir venganza los que tiernamente aman. Y ansí son todos los lugares deste libro, donde parece no tener dependencia las unas palabras de las otras, que si bien se considera el sentido del afecto, la tienen muy grande y muy trabada. Porque estos libros donde se tratan pasiones de amor o otras tales llevan sus razonamientos o las ligaduras dellos en el hilo de los afectos y no en el concierto de las palabras, lo cual es menester que se advierta muchas veces.

El amado mío es mío, y yo dél.

Es manera de hablar como si dijera: «Amador y amado mío, tú que apascentas entre las violetas tu ganado, en viniendo la tarde, vente tú también conmigo volando como un corzo».

Que apascienta entre las azucenas.

No porque sea este pasto conveniente sino porque es propio de enamorados el hablar de esta manera, dando estos vocablos de rosas y flores a todo lo que toca a sus amados, mostrando en esto la gracia y lindeza en que a su parecer se aventaja sobre todos. Como si dijera: «El ganado de los otros pasce hierba y espinas, mas el de mi amado pasce en las flores, rosas, violetas y clavelinas». Algunas palabras de éstas no carecen de oscuridad.

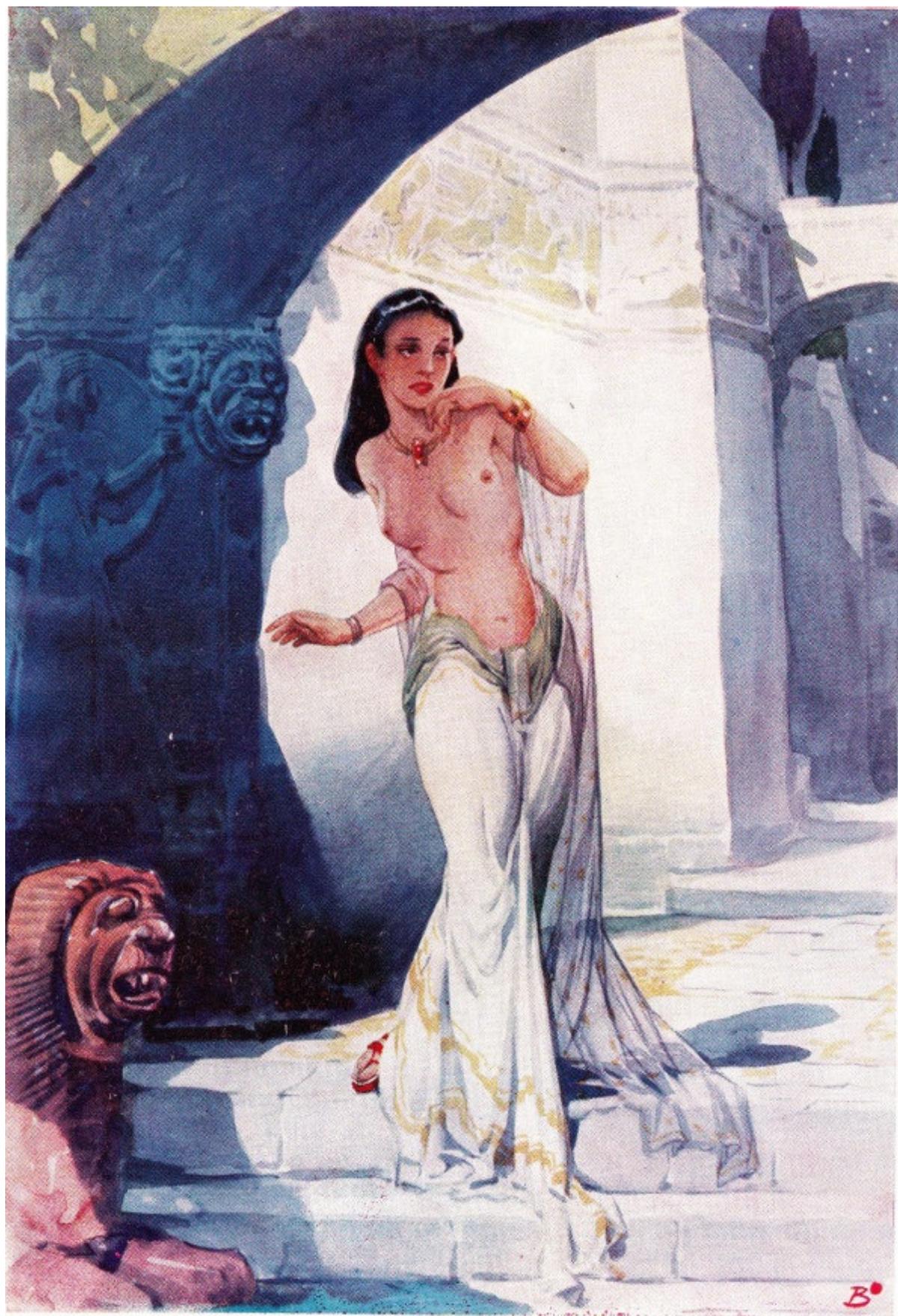
Hasta que sople el día y las sombras huyan.

Algunos entienden por esto el tiempo de la mañana y otros el de mediodía, y los unos y los otros se engañan, porque así la verdad de las palabras como el propósito a que se dicen declaran el tiempo de la tarde. Porque siempre al caer del sol se levanta un aire blando; y las sombras, que al mediodía estaban sin moverse, al declinar el sol crecen con tan sensible movimiento que parecen que huyen. Por donde los Setenta Intérpretes dijeron bien en este lugar: «Hasta que se muevan las sombras».

Y ayuda a esto la orden y el propósito de la sentencia y intención de la Esposa, que es pedir tierna y instantemente a su Esposo, ya que se va al campo y la deja sola, que se contente de estar en él hasta la tarde, que hasta entonces es tiempo de apastar el ganado; y que venida la noche, se vuelva a su casa a tenerle compañía y quitarle el temor y soledad que las tinieblas traen consigo, porque no la podrá pasar sin él; y que en esto no haya dilación ni tardanza alguna.



CAPÍTULO III



Busqué al que ama mi alma, Busquéle y no le hallé.



En mi lecho, en las noches.



UENTA en esto Salomón no lo que en hecho pasó por su Esposa, que no es cosa que podía pasar, sino lo que pudo acontecer y está bien que acontezca a una persona tan común como una pastora perdida de amores por su pastor, cuyas palabras y condiciones va imitando; que es una ficción muy usada entre los poetas decir, como cosa hecha, no lo que se hace sino lo que el afecto de que tratan pide que se haga, fingiendo para ello las personas que con más

encarescimiento y más al natural lo podían hacer.

Pues es muy común esto en las desposadas que bien aman a sus esposos, que en faltándoles de noche de casa, les viene mala sospecha o que no las aman o que aman a otras. Y algunas hay a quien les da tanto atrevimiento esta pasión que las saca de sus casas y las hace que, olvidando su encogimiento natural y su temor, anden de noche y a solas rodeando por las calles y por las

plazas, como en más de un ejemplo se vee cada día.

Busqué al que ama mi alma.

En todo tiempo desean las mujeres apasionadas de amor tener presente a quien aman, y en las noches mucho más, parte porque en el silencio y sosiego de la noche quedan más desocupados los sentidos y pensamientos para pensar en lo que aman, y así el amor se enciende más, y parte también porque en la noche crescen juntamente los celos y los recelos: los celos de pensar que se ayuda de la noche para alguna travesura, y los recelos, de temer no le acontezca algún peligro de los muchos que suelen acarrear las tinieblas.

Pues esta mezcla de amor y temor y celos aguza agora y despierta el cuidado de la Esposa para que mire por su Esposo y le busque a una y otra parte de su cama; y no le hallando, porque el amor vivo ni teme peligro ni repara en ningún inconveniente, se levante de su cama y salga de su casa y discurra por las calles, «por los barrios y lugares anchos», esto es, por las plazas y lugares públicos de la ciudad en su busca, y no pare hasta que, hallándole, le traiga como preso a su casa, y le encierre en su cámara como a malhechor.

¿Visteis por ventura al que ama mi alma?

No se espanta el amor ni enflaquece por ningún poder humano, y el que es verdadero no trata de encubrirse de nadie ni de buscar colores para que los otros no le entiendan. Y así la Esposa, en viendo las rondas, les pregunta: «¿Visteis por ventura al que ama mi alma?» Véanse aquí dos muy grandes y muy naturales efectos del amor: el uno que he dicho, que no se recata de nadie ni se avergüenza de publicar su pasión; el otro es una graciosa ceguedad que trae consigo, y es general en todo grande afecto en pensar que sólo con decir «¿visteis a quien amo?» estaba ya entendido por todos, como por ella misma, quién era aquel por quien preguntaba. No dice lo que le respondieron las guardas, de donde se entiende no le haber dado buen recaudo a su pregunta; porque las gentes divertidas en varios cuidados y pensamientos como son los públicos saben poco de esto, que es amar con verdad.

Hasta que hallé al amado de mi alma.

No pierde la esperanza el amor, aunque no halle nuevas de lo que busca y desea, antes entonces se enciende más; y así la Esposa anduvo y halló por sí lo que las otras gentes no la supieron mostrar. Porque es así siempre: que al amor sólo el amor le halla y le entiende y le merece.

Asíle y no le dejaré hasta que le meta en casa de la mi madre y en la cámara de la que me engendró.

El que, en viniendo al fin de su deseo y en alcanzando la voluntad del que ama, se entibia y desfallece no tiene perfecto amor; que el bueno y verdadero de allí cresce hasta venir a su más alto y más perfecto grado; que eso se declara en la «casa» de la Esposa y en la «cámara» de su retraimiento, esto es, el reposo y perfecta posesión que trae consigo el acabado y encendido amor. Llama a su «casa» no suya sino casa de su madre y «cámara» de la que la parió, imitando en esto la común manera de hablar de las doncellas, que se usa también en nuestra lengua castellana, como se vee en diversos cantares.

¿Quién es esta que sube del desierto?

Desde aquí hasta el fin del capítulo hablan los compañeros del Esposo, festejando con voces de admiración y de loor a los nuevos casados: que es declarar el alegría de los ciudadanos de Hierusalem, y las palabras que conforme a ella se pudieron decir cuando la hija del Rey Faraón entró la primera vez en la ciudad y se casó con Salomón. Ansí que esto no trae mucha dependencia con lo de arriba, antes parece que Salomón aquí, rompiendo el cuento que llevaba enhilado, se pone a relatar cosas diferentes de aquellas ya muy pasadas, que suelen dar mucha gracia a las escrituras semejantes desta.

Si no queremos decir que todo lo que se ha dicho hasta aquí por el Espíritu Santo responde al tiempo que medió entre los conciertos hasta que se celebraron las bodas de los Reyes, en el cual, como suele acaescer, es de creer que hubo muchas demandas y respuestas de una parte a otra, muchos deseos, muchos afectos y nuevos sentimientos, los cuales se han declarado hasta aquí por las figuras y rodeos que habemos visto.

Como columnas de humo.

Cosa sabida es, ansí en la Sagrada Escritura como por los escritores profanos, que la gente de Palestina y de sus provincias comarcanas por la calidad de la tierra usan mucho de buenos y preciosos olores. Pues comparan a la Esposa a columnas de humo; que llaman al humo ansí por la semejanza que tiene con ellas cuando de algún perfume, o de otra cosa que se quema, sube en alto, seguido y derecho. En la cual comparación no la loa tanto de bien dispuesta y de gentil cuerpo, que eso más adelante se hace copiosamente, cuanto de la fragancia y excelencia del olor que trae consigo, que iguala al olor del máspreciado y mejor perfume.

Veis el lecho suyo.

Dejan de decir de la Esposa, y vuélvense a loar el palacio y atavíos de cama y doseles de Salomón, que es desconcierto que da mucha gracia en semejantes poesías, porque responde a la verdad de lo que acontece a los miradores de semejantes fiestas, que pasan la vista y los ojos de unas cosas en otras muy diversas, sin guardar en esto ninguna orden ni concierto; y como el gusto y sabor del mirar les desconcierta los ojos, así el alboroto del corazón alegre, cuando declara por palabras su regocijo, trae sin orden ninguna a la boca mil diferencias de cosas.

CAPÍTULO IV



¡Ay, qué hermosa te eres, amiga mía, oh cuán hermosa!



STE capítulo no trae dependencia alguna de lo que arriba se ha dicho, porque todo él es un loor, lleno de requiebro y de gracia, que da el Esposo a su Esposa, particularizando todas sus facciones y encaresciendo la hermosura dellas por comparaciones diversas. En que hay gran dificultad, no tanto en ser por la mayor parte sacadas de cosas del campo, que en esto guarda la persona de pastor que representa, cuanto por ser maravillosamente

ajenas y extrañas de nuestro común uso y estilo, y algunas dellas contrarias, al parecer, de todo lo que quieren declarar. Si no es, como ya dijimos, que en aquel tiempo y en aquella lengua estas cosas tenían gran primor, como en cada tiempo y en cada lengua vemos mil cosas recibidas y usadas por buenas, que en otros tiempos o puestas en otras lenguas no se tuvieran por tales. O decir lo que tengo por más cierto: que como todo este canto sea espiritual, y

los miembros hermosos de la Esposa que en él se loan sean varias y diferentes virtudes que hay en los hombres justos, explicadas con nombres de miembros y partes corporales, la comparación, aunque desdiga de aquello de quien se hace al parecer, dice bien y cuadra mucho con la hermosa parte del ánimo que debajo de aquellas palabras se significa.

Pues es toda la canción deste capítulo un cantar que entona el buen Pastor enamorado a la puerta de su Pastora, a fuer de los que suelen dar alboradas a las que bien quieren; y así comienza regocijándose todo con el contento que le da el amor y buen parecer de su Esposa, y maravillándose de su hermosura sobrehumana, y diciendo una vez y repitiendo otra, para mayor demostración y confirmación de lo que siente: «¡Ay qué hermosa eres, amiga mía, ay qué hermosa!»

Tus ojos de paloma.

Y por que no se pueda sospechar que la afición le ciega, no se satisface con decillo así a bulto sino desciende en particular a cada cosa, y comienza por los ojos; que son, como dicen los sabios, en donde más se descubre y se muestra la belleza o torpeza del alma interior, y por donde entre dos personas más se comunica y enciende la afición. «Son», dice, «como de paloma tus ojos». Ya dijimos la ventaja grande que hacen las palomas de aquella tierra a las de ésta, señaladamente en esto de los ojos que, como se vee en las que llamamos tripolinas, parece que les centellean y arden en vivo fuego, y que echan de sí sensiblemente como unos rayos de resplandor. Y ser así los de la Esposa es decilla lo que los enamorados suelen decir comúnmente a las que bien quieren: que tienen llamas en los ojos y que con su vista les abrasan el corazón.

Entre tus cabellos

En la traslación y declaración desto hay alguna diferencia entre los intérpretes... Como quiera que sea, lo que he dicho es lo más cierto, y ayuda a declarar con mejor gracia el buen parecer de los ojos de la Esposa que, mostrándose entre sus cabellos (algunos de los cuales, desmandados de su orden, a veces los encubrían) con su temblor y movimiento les hacían parescer que echaban centellas de sí como dos estrellas. Y siendo, como se dicen ser, los ojos hermosos matadores y alevosos, dice graciosamente el Esposo que de entre los cabellos, como si estuvieran puestos en celada, le herían con mayor fuerza, y más a su salvo hacían más ciertos y más seguros sus golpes.

Tu cabello como manada de cabras que se levantan del monte Galaad.

San Pablo confiesa que el cabello en las mujeres es una cosa muy decente y hermosa; y cierto es una gran parte de la que el mundo llama hermosura. Y a esta causa el Esposo, después de los ojos, de ninguna cosa trata primero que del cabello que, cuando es largo, espeso y rubio, es lazo y gran red para los que se ceban de semejantes cosas. Lo que es de maravillar aquí es la comparación que, al parecer, es grosera y muy apartada de aquello que se hace. Fuera acertada si dijera ser como una madeja de oro, o que competía con los rayos del sol en muchedumbre y color, como suelen decir nuestros poetas. En esto digo que si se considera como es razón, no carece esta comparación de mucha gracia y propiedad, habido respecto a la persona que habla y a lo que especialmente quiere loar en los cabellos de la Esposa. Quien habla es pastor, y para haber de hablar como tal, no podía ser cosa más propia que decir de los cabellos de su amada que eran como un gran hato de cabras puestas en la cumbre de un monte alto, mostrando en esto la muchedumbre y color dellos, que eran negros o alheñados (que, como diremos después, a los tales tienen por de más hermosa color en aquella tierra) y demás desto relucientes, como lo son las cabras que pascen en aquel monte señaladamente

... Entre las otras plantas que en él se crían, hay muchos árboles y plantas hermosas. Pues andando por él las cabras pasciendo, como son animales sueltos, encarámense por los árboles y métense por entre las matas, donde es necesario que los pelos dellas, que son viejos y están ya poco asidos al cuerpo, se salgan y solamente queden los nuevos y más arraigados, y éstos muy limpios, compuestos y lucios, porque se untan con la resina que de los árboles se derrite, y se curan y hermocean con ella, la cual suele hacer lucir los pelos y cabellos. Y así el Esposo dice que los cabellos de su Esposa son tan gentiles, tan lucios y tan compuestos como suelen ser los de las cabras que andan por las espesuras de Galaad, que allí se pelan y peinan y parecen muy hermosos. Y esto quiere decir la voz hebrea: que donde en nuestra traslación decimos «se levantan», en el hebreo dice «se peinan» o pelan. De manera que por parte de los ojos y cabello queda la Esposa bien loada de hermosa.

*Tus dientes como hato de ovejas trasquiladas que salen de bañarse;
todas paren de dos en dos, y ninguna entre ellas hay vacía.*

Esta comparación, además de ser pastoril y por la misma causa muy conveniente a la persona que la dice, es galana y de gran significación y propiedad al propósito a que se dice. La bondad y gentileza de los dientes está en que sean debidamente menudos, blancos, iguales y bien juntos, lo cual

todo se pone en esta comparación como delante de los ojos. La blancura, en decir que salen de bañarse, que los pastores bañan a sus ciertos tiempos las ovejas para este fin de que sea blanca la lana que de nuevo crían; la igualdad, en decir que no hay enfermiza ni estéril en ellas; y el estar juntos y ser menudos, en decir que son un hato de ovejas, las cuales van así siempre juntas y apiñadas.

Porque, como se vee, las ovejas vienen tan juntas en su manada que, a quien las mira algo apartado, le parecen ser todas una cosa blanca como sábana tendida, que no se parece entre ellas más espacio que lo que hay de los pies de la una a los pies de la otra; porque por ser delgados los pies y los cuerpos gruesos, tócanse arriba con los lados del cuerpo y abajo llevan los pies una de otra apartados, y así va aquello negro con las sombras que ellas hacen. Mas cuando son llenas y han cada una parido dos, como aquí dice, vienen los corderitos encajonados entre ellas, porque cada una lleva sus dos hijos a los lados, los cuales hinchen aquel vacío que los pies dellas dejaban; y deste modo no queda entrada a la vista de quien las mira para penetrar en ellas, ni conocer que una esté apartada de otra, sino todo por abajo y por encima parece un cuerpo blanco y hermoso, como la experiencia lo demuestra. Pues dice el pastor en este lugar que los dientes de su Esposa son ni más ni menos, porque son tan parejos y tan juntos unos con otros como las ovejas cuando vienen en su manada.

Y dice que son tan juntos por abajo, en su nacimiento —donde se juntan con las encías y donde algunas personas los suelen tener apartados— como lo están por arriba, tan iguales y parejos como las ovejas que vienen cada cual con sus dos corderitos, «y no hay vacío entre ellas». Pudiéralos asemejar a un sartal de perlas o a otra cosa preciosa y gentil, como hacen otros enamorados; mas en esta semejanza de las ovejas guardó muy mejor la conveniencia de pastor, y declaró más enteramente la hermosura y igualdad dellos, que con ninguna semejanza de las otras se pudiera declarar.

Como hilo de carmesí tus labios, y el tu hablar polido.

De los dientes sale a los labios, que para ser hermosos han de ser delgados y que viertan sangre, lo cual así lo uno como lo otro declaró maravillosamente diciendo: «Como hilo de carmesí tus labios». Añade luego: «y el tu hablar polido», lo cual viene muy natural con los labios delgados, como cosa que se sigue una de otra. Porque, según dice Aristóteles en las reglas del conocer las cualidades de un hombre por sus facciones, los labios delgados son señal de hombres discretos y bien hablados, y de dulce y graciosa conversación.

Como parte de granada tus sienes entre tus cabellos.

Compara las sienes, que en una mujer hermosa lo suelen ser mucho, a parte de granada, o por mejor decir, a granada partida, por la color de sus granos, que es mezclada de un blanco y de un colorado o encarnado muy sutil, cual es la color que se vee en las sienes delicadas y hermosas, que por la sutileza de la carne y cuero que hay en aquella parte, y las venas que a esta causa se descubren más allí que en otra parte, se tiñe lo blanco con una viva y delicada color, que da gran contentamiento a los que la miran.

Algunos no trasladan aquí «sienes» sino «mejillas», que son aquellos dos graciosos montecillos que se levantan en el rostro de la una y de la otra parte dél, adonde la razón de hermosura y gentileza pide que el rostro blanco se pinte con alguna templada color, cual es la que parece en una granada desnuda de su cáscara; y esto no me parece mal. Lo que dice «entre sus cabellos», es porque las sienes, o si decimos las mejillas, se descubren y echan de ver entre algunos cabellos, que siempre andan desmandados sobre el rostro.



Huerto cercado. Fuente sellada.

Como la torre de David el tu cuello, fundada en los collados.

La hermosura corporal consiste en dos cosas: en la buena y graciosa proporción de las facciones y en la disposición gentil del cuerpo. Ha dicho el Esposo de la beldad de las facciones y rostro de la Esposa; comienza ya a decir de la buena disposición de su cuerpo, que es alto y bien sacado, derecho y de gentil aire; que como en español llamamos «descollados» a los hombres y personas bien dispuestas, mostrando por nombre de cuello toda la estatura y buena disposición, así en esta letra, aunque solamente se nombra el cuello de la Esposa, por él se entiende toda su estatura alta y agraciada. Pues compara el cuello o estatura de la Esposa a la torre que edificó David en el monte Sión y en la cumbre dél, de manera que hacia una parte y otra iban los vertientes del monte debajo della; y muestra el Esposo en esto que es largo el cuello, y derecho y de buen aire, que es en lo que consiste su hermosura.

Tus dos pechos como dos cabritos mellizos que están paciendo entre las azucenas.

No se puede decir cosa más bella ni más a propósito que comparar los pechos hermosos de la Esposa a dos cabritos mellizos; los cuales, demás de la terneza que tienen por ser cabritos y de la igualdad por ser mellizos, y demás de ser cosa linda y apacible, llena de regocijo y alegría, tienen consigo un no sé qué de travesura y buen donaire con que roban y llevan tras sí los ojos de los que los miran, poniéndolos afición de llegarse a ellos y de tratarlos entre las manos; que todas son cosas bien convenientes, y que se bailan así en los pechos hermosos a quien se comparan. Dice que pascen entre las azucenas, porque con ser ellos lindos de suyo, allí lo parecen más; y queda así más encarecida y más loada la belleza de la Esposa en esta parte.

Hasta que sople el día y huyan las sombras.

«Soplar el día y huir las sombras» ya he dicho ser rodeo con que se declara la tarde. Pues dice agora el Esposo que se va a tener la siesta y a pasar el día hasta la tarde entre los árboles de la mirra y del incienso, que es algún collado donde se criaban semejantes plantas, cuales hay muchas en aquella tierra. Y al decirle agora esto, después de tantos y tan soberanos loores como le ha dado, es convidarla encubiertamente a que se vaya con él. Mas vuelve luego a la afición, y torna a loar las perfecciones de su Esposa (que son mudanzas muy propias del amor) y dice como en una palabra lo que antes había dicho por tantas y tan en particular.

Toda eres hermosa, amiga mía, y en ti no hay falta.

Que aunque no lo dice por palabras, porque las de los muy aficionados siempre son cortas, dícelo con el afecto y es como si dijese: «Mas ¿cómo me apartaré de tí amiga mía, o cómo viviré ausente ni sólo un punto de tu presencia, que eres la misma belleza, y toda tú convidas y fuerzas a los que te veen a que se pierdan por ti?» Por tanto, dice, «vámonos juntos, y si es grande atrevimiento y pido mucho en pedirte esto, tu extremada y jamás vista belleza, que basta a sacar de su seso a los hombres, me disculpa».

Conmigo del Líbano, Esposa, conmigo del Líbano te vendrás.

Demás de esto, dice que nos volveremos juntos por tal y tal monte, donde verás cosas de gran contento y recreación para ti; que es aficionarla más a lo que pide con las buenas cualidades del lugar. «Conmigo del Líbano, esposa, te vendrás». Líbano aquí no es el monte así llamado, de donde se trajo la madera para el templo y casa de Salomón, de que se hace mención en el libro de los Reyes, que éste no estaba en Judea, sino es lo que en los mismos libros se llama Saltus Libani, el bosque del Líbano, llamado así por los reyes de Hierusalem, por alguna semejanza que tenía con los árboles o con alguna otra cosa de aquel monte.

Robaste mi corazón.

No se puede disimular el amor por aquella persona en que reina: luego le hace a él mismo pregonero de su pasión. Y aunque todos los demás afectos y pasiones del corazón se pueden encubrir, este vivo fuego, por más cuidado y diligencia que se ponga, no se excusa que no se descubra donde está, que no humee, dé estallidos y levante llama, que suele ser principio de grandes afanes en los amadores. Que muchas veces acierta uno a amar un corazón rústico o altivo, el cual parece que ama también y se esfuerza a pagar lo que debe, antes que sepa enteramente que es amado; mas después que el otro le descubre la gran revuelta de sus pensamientos, que por su causa le hacen guerra, viendo que lo tiene sujeto se ensorbebece y se alza a su mano, y no le muestra el amor que primero. Cosa indigna de nobles corazones, y tanto más es de haber compasión del que en tal modo padece por haber descubierto sus entrañas cuanto menos en su mano fué dejarlas de descubrir.

Con uno de los tus ojos, con un sartal de tu cuello.

Pues en este lugar viene ya el Esposo a no poder más encubrir su pena, y comienza tiernamente a mostrar las heridas que en su corazón el crudo amor ha hecho, diciendo: «Oh Esposa mía, oh hermosa mía, robado has, herido has mi corazón, herido y despedazado lo has con sólo un ojo tuyo y con sólo un

collar de tu cuello». Como si dijera: «con sola una vista, de una vez que me miraste y de una vez que yo te vi apuesta y galana». Dando a entender cuán de súbito se apoderó el amor, y argumentando ocultamente en sus palabras, como si dijese: «Si sola una vista tuya y un collar de los que tú te sueles poner, cuando te compones, bastó para rendirme a tu amor, ¿cuánto más fuertes serán para me tener preso todas tus vistas, tus hablas, tus risas y tu beldad toda junta?»»

Y decille el Esposo esto agora, y venir en esta coyuntura a descubrirle su corazón es también a propósito de persuadirle lo mismo que arriba: que se vaya con él por el amor que le tiene, y porque le es a él imposible hacer otra cosa, como aquel que está preso y puesto en la cadena de sus amores. Que es como si dijese: «Pues yo soy tuyo más que mío, no es justo que te desdeñes de mi compañía; y si el campo y su recreación con que te convidó no basta para que te quieras venir tras mí, sabe que yo no me puedo apartar de ti ni un solo punto más que de mi misma alma, la cual tienes en tu poder, porque con los ojos me robaste el corazón, y con la menor cadena de las con que adornas tu cuello me tienes preso».

Y de aquí torna a relatar, loando y usando de nuevas comparaciones, las gracias y hermosuras de la Esposa, porque el fin, como he dicho, es mostrar que no puede vivir sin ella, y obligarla con esto a que le siga. Si no queremos imaginar y decir que salió ya y se fué con él; y ansí juntos y a solas, y cogiendo el fruto de sus amores, encendido el Esposo —como es natural— en un nuevo y encendido amor, lleno de un increíble gozo, habla con mayor y más particular derretimiento, con nueva dulzura y con nuevo regalo.

Cuán lindos son tus amores...

Que es como si, junto con ella y enterneciéndose en su amor, dijese: «Oh hermana mía, dulcísima y querida Esposa, más alegría me pone el amarte que la que suele poner el vino a los que con más gusto le beben. Tus unguentos y aceites, que son las algalias y los demás olores que traes contigo, vencen a todos los del mundo; en ti y por ser tuyos tienen un particular y aventajado olor. Tus palabras son todas miel, y tu lengua parece que anda bañada en miel y leche, y no es sino dulzura, gracia y suavidad todo lo que sale de tus labios. Hasta tus vestidos, demás que te están bien y adornan maravillosamente tu gentil persona, huelen tan bien y tanto que pareces con ellos al bello monte Líbano, donde tanta frescura hay ansí en las verdes y floridas plantas como en los suaves olores que el aire mezcla». Porque en aquel bosque, como habemos dicho, había plantas de grande y excelente olor.

Huerto cercado, fuente sellada.

Prosigue en su requiebro el rústico y gracioso Esposo; y aunque Pastor, muestra bien la elocuencia que aprendió en las escuelas del amor. Y así con una semejanza y otra alaba la belleza extremada de su Esposa, y declara agora enteramente así a bulto toda su gracia, frescura y perfección, lo cual había hecho antes de agora particularizando cada cosa por sí. Porque dice que toda ella es como un jardín cerrado y guardado, lleno de mil variedades de frescas y graciosas plantas y hierbas, parte olorosas y parte sabrosas y apacibles a la vista y a los demás sentidos; que es la cosa más cabal y más significativa que se pudo decir en este caso para declarar del todo el extremo de una hermosura, llena de frescor y gentileza. Y añade luego otra semejanza, diciendo que es así agradable y linda como lo es y parece ser una fuente de agua pura y serena, rodeada de hermosas hierbas y guardada con todo cuidado para que ni los animales ni otra alguna cosa la turbe.

«Huerto cercado», esto es, guardado de los animales, que no le dañen, y tratado con curioso cuidado; que donde no hay cerca no se puede criar jardín, ni menos al alma, que vive sin recelo y sin recato ni aviso, no hay que pedille planta alguna ni raíz de virtud... «Y fuente sellada», que es cercada con diligencia para que nadie turbe su claridad.

Las tus plantas cual jardín de granados...

«Tus plantas», esto es, «las lindezas y gracias innumerables que hay, amiga mía, en este huerto que eres tú, son como jardín de granados con frutas de dulzuras», que es decir dulces y sabrosas cuales son las granadas. Y donde también hay «cipero» y «nardo» con los demás árboles olorosos; y pone un gran número dellos, de arte que viene a ser un deleitosísimo jardín el que pinta. Y tal dice que es su Esposa, tal su belleza y gracia, toda ella y por todas partes y en todas sus cosas graciosa, amable y alindada, como lo es el jardín a quien la compara: que ni hay en él parte desaprovechada o por cultivar que no lleve algún árbol o hierba que lo hermosee, ni de los árboles y hierbas que tiene hay alguna que no sea de gran deleite y provecho.

Fuente de huertos, pozo de aguas vivas que nascen del monte Líbano.

Había comparado el Esposo a su querida Esposa no sólo a un lindo huerto sino también a una pura y guardada fuente. Declara agora esto segundo, especificando más en particular las cualidades de aquella fuente, y dice «fuente de huertos», esto es, tan abundante y tan copiosa que della se saca por acequias agua para regar los huertos. «Pozo de aguas vivas», esto es, no

encharcadas, sino que perpetuamente manan sin faltar jamás. «Que corren del monte Líbano», donde tienen su nacimiento; el cual es, como habemos dicho, monte de grandes y frescas arboledas y muy nombrado en la Sagrada Escritura, para que desto se entienda que es muy dulce y muy delgada el agua desta fuente de que habla, pues nasce y corre por tales mineros. Con lo cual queda pintada una fuente —con todas sus buenas cualidades de mucha agua, muy pura y sosegada, muy fresca y muy sabrosa, y que jamás desfallece— para que de la lindeza de la fuente y del jardín entendamos la extremada gentileza de la Esposa, que es como un jardín y como una fuente.

Sus, vuela, cierzo, y ven tú, ábrego, orea este mi huerto, y haz que se esparzan sus olores.

Esta es un apostrofe o vuelta poética muy graciosa, en que el Esposo, habiendo hecho pintura y mención de un tan bello jardín como habemos visto, prosiguiendo en el mismo calor de decir, vuelve sus pláticas a los vientos cierzo y ábrego, pidiéndoles al uno que se vaya y no dañe y queme este su lindo huerto, y al otro que venga y con un soplo templado y apacible le oree y lo mejore, ayudando a que broten las plantas que hay en él; que es un bendecir a su Esposa y desear su felicidad y prosperidad. Lo cual es muy natural, cuando se vee o se pinta con afición y palabras una cosa muy bella y muy querida, bendecilla luego y decir que Dios se la guarde.

Y así el Esposo, en diciendo que su Esposa es un jardín, añade y dice: «¡Ay! Dios me guarde el mi lindo jardín de malos vientos, y el amparo del cielo me lo favorezca, y no vea yo rigor y aspereza del cierzo»; que, como se sabe, es viento frigidísimo y que por esta causa quema y abrasa los árboles y las plantas. «Venga el ábrego y sople en este huerto mío con un airecico templado y suave para que con el calor se despierte el olor, y con el movimiento le lleve y derrame por mil partes, por manera que gocen todos de su suavidad y deleite».



CAPÍTULO V



Venga el mi amado a su huerto...



OMO acaba de hablar de huertos el Esposo, la Esposa —avisada dello— acuérdase de uno que tenía su amado, que por ventura es el mismo de quien hizo la comparación arriba dicha; y ruégale que se deje de ir donde iba, y que se vayan allá juntos a comer de las manzanas. O por mejor decir, porque le habían hecho semejante a un deleitoso huerto, ella agora por estas palabras encubierta y honestamente ofrécele a sí misma, y convídale a que goce de sus amores.

Como si dijera más claro: «Pues que vos me hecistes semejante a un jardín, oh amado Esposo, y dijistes que yo era vuestro huerto, ansí lo confieso yo y digo que soy vuestra, y que todo lo bueno que hay en mí es para vos. Venid, Esposo mío, coged, y comeréis de los buenos frutos que en este vuestro huerto tanto os han contentado». A lo cual responde el Esposo, diciendo:

Vine a mi huerto.

En lo cual dice que, pues ella le convida con la posesión y dulce fruto de su huerto, a él le place de venir a él y hacelle suyo, porque por tal le tiene siendo de su Esposa, que es una misma cosa con él. Y porque la nombra debajo deste nombre y figura de huerto, y dice que vendrá a solazarse con ella, prosiguiendo en la misma figura y manera de hablar, dícelo no por palabras llanas y sencillas sino por rodeo y por señas, explicando con gentiles palabras todo lo que se suele hacer en un huerto deleitoso cuando algunas gentes se juntan en él para recrearse y tomar solaz; que no solamente cogen olorosas flores, mas también suelen merendar en él y llevar vianda y vino, y allá cogen de las frutas que hay. Y por eso dice el Esposo:

Comí mi panal...

Como si dijera: «Yo vendré prestísimo a este mi huerto, y cogeré la mirra mía con las demás flores olorosas que en él se crían; comeremos frutas dulcísimas en él, a las cuales mi Esposa me ha convidado, y panales de miel que allá en el huerto hay, y mucha leche y mucho vino, de manera que nos regocijaremos mucho». Y como si estuviese ya en ello, convida a sus compañeros los pastores a que beban y se regocijen, como se suele decir en los alegres convites cuando con regocijo se convidan unos a otros. Que, como he dicho, es dibujar perfectamente el gusto y pasatiempo que se recibe en un huerto un día de fiesta y de banquete, para declarar el Esposo por él la determinación que tenía de regocijarse y alegrarse con su Esposa, que es aquí la que señala bajo deste nombre de huerto.

Hase de entender aquí que, dicho esto, se fué el Esposo y vino la tarde, y se pasó aquel día y vino otro. Y la Esposa cuenta lo que la había acontecido aquella noche con su Esposo: que la vino a ver y llamó a su puerta, y por poco que se detuvo a abrirle, se tornó a ir, que fué causa de que ella saliese de su casa de noche y anduviese perdida buscándole; lo cual todo y cada cosa dello en particular lo cuenta con extraña gracia y sentimiento.

Yo duermo y mi corazón vela.

Dícese del que ama que no vive consigo más de la mitad; y la otra mitad, que es la mejor parte dél, vive y está en la cosa amada. Porque como nuestra alma tenga dos oficios —uno, de criar y conservar el cuerpo; y el otro, que es el pensar y imaginar ejercitándose en el conocimiento y contemplación de las cosas, que es el primero y más principal— cuando uno ama, este oficio, que es de pensar y imaginar, nunca lo emplea en sí sino en aquella cosa a quien ama, contemplando en ella y tratando siempre della; solamente da a sí y a su

cuerpo aquello primero, que es un poco de su presencia y cuidado, cuando ha menester para tenelle en vida y sustentalle, y aun esto no todas veces enteramente.

Esto ansí presupuesto simplemente, y sin filosofar en ello más, nos declara la grandeza del amor que en este lugar muestra la Esposa, diciendo: «Yo duermo y mi corazón vela». Porque dice que, aunque duerme, no duerme del todo ni toda ella reposa, porque su corazón no está en ella sino con su amado está siempre velando; que como se ha entregado al amor y servicio de su Esposo, no tiene que ver con ella, y ansí no obra juntamente con ella en su provecho. Porque el uno querría huir los trabajos del amor, mas el corazón dice: «Yo los quiero sufrir». Y dice el que ama: «Grave cosa es esta». Y dice el corazón: «De llevarla tenemos». Quéjase el amante que pierde el tiempo, la vida, las esperanzas; dalo el corazón todo por bien empleado. Ansí cuando el cuerpo duerme y reposa, entonces está el corazón velando y regocijándose con las fantasías de amor, rescibiendo y enviando mensajes. Y por esto dice «Yo duermo y mi corazón vela». Que es decir: «Aunque yo duermo, pero el amor de mi Esposo y el cuidado de su ausencia me tiene sobresaltada y medio despierta, y ansí oí fácilmente su voz».

O podemos decir que llama al mismo Esposo «su corazón» por requiebro, conforme a lo que se suele decir comúnmente. Y según esto, dice que cuando ella reposaba, el su corazón —esto es, su Esposo— estaba velando: que es un lastimarse de su trabajo dél, y un mostrar lo mucho que dél es querida.



Yo duermo y mi corazón vela.

Que mi cabeza llena es de rocío

Que es decir: «Cata, que no puedo estar fuera, que hace gran sereno, y cae un rocío del cual traigo llena mi cabeza y cabellos». En que muestra la necesidad grande que traía de tomar reposo, y la incita a que abra con mayor voluntad y brevedad. Y esto decía el Esposo. Mas dice ella que le oyó, y comenzó a decir con una tierna y regalada pereza entre sí:

Desnudéme mi vestidura. ¿Cómo me la vestiré? Lavé mis pies. ¿Cómo los ensuciaré?

Que es decir «¡Ay cuitada! Yo estaba ya desnuda, ¿y tengo ahora de tornarme a vestir? Y los mis pies que acabo de lavar, ¿téngolos de ensuciar luego?» En lo cual se pinta muy a lo vivo un melindre —¿o cómo lo llamaremos?— que es común a las mujeres, haciéndose esquivas donde no es menester: y muchas veces deseando mucho una cosa, cuando la tienen a la mano, fingen enfadarse della y que no la quieren.

Ha la Esposa deseado que su Esposo viniese, y dicho que no podía vivir sin él una sola hora, y rogádole que venga, y despertado con alegría y con presteza a la primera voz del Esposo y al primer golpe que dió a la puerta; y ahora que lo vee venido, ensoberbécese y emperézase en abrirle, y hace de la delicada por hacerle penar y ganar aquella victoria más dél. Y dice poniendo frías excusas: «Desnudéme mi camisa. ¿Cómo la vestiré, que estará fría? Lavéme mis pies poco ha para acostarme. ¿Téngolos de ensuciar, poniéndolos en el lodo?».

Que es gentil trueco este: que viene el Esposo cansado y mojado, y habiendo pasado por vella el sereno y mal rato de la noche, y ella rehusa de sufrir por él la camisa fría. En que, como digo, muestra bien la condición y natural ingenio de las de su linaje; porque aunque amen y deseen mucho, de cualquier cosilla hacen estorbo y usan de mil niñerías. Aunque en decir esto la Esposa no se ha de entender que no le quiere abrir —que eso no se sufría en un amor tan verdadero y encendido— sino, presupuesto que lo quiere y ha de hacer, muestra que le pesa que no hubiese venido un poco antes, cuando ella estaba vestida y por lavar, y por no tener agora que vestirse y desnudarse tantas veces.

El mi amado metió la mano por entre el resquicio de las puertas...

Dice que como se detuviese un poco, a lo que se entiende, en tomar sus vestiduras, no sufriendo dilación su Esposo, tentó de abrir la puerta metiendo

la mano por entre los resquicios della y procurando de alzar el aldaba; y que ella, sintiéndolo y turbada toda en ver su priesa, y como acusándola el amor en las entrañas de la pereza que había mostrado y de su tardanza, así como estaba medio vestida y revuelta, acudió a abrir.

Levánteme a abrir a mi amado, y mis manos gotearon mirra

Presupónese que en levantándose tomó cualquier botecillo de mirra, esto es, de algún precioso licor confeccionado con ella, para entrando el Esposo recibirle y rociarle con ella, que venía cansado y fatigado, como se suele hacer entre los muy enamorados. Que en todo, hasta en esto, guarda Salomón con maravilloso ingenio y aviso todas las propiedades que hay, así en las palabras como en los hechos, entre dos que se quieren bien, cuales son los que en este su Cantar introduce. Dice pues que, turbada y con la priesa que llevaba a abrir a su Esposo, estuvo a punto de caérsele el botecillo; pero al fin se le volvió en las manos, y se le derramó entre los dedos y sobre los goznes del aldaba que estaba abriendo.

Yo abrí al mi amado

A muy buen tiempo usa el Esposo del palacio con su Esposa, porque viendo que ella al principio no le quiso abrir, dándole cuasi a entender que no le había menester, él probó a abrir la puerta; más cuando sintió que se levantaba y venía a abrirle, quiérole pagar la burla. Como quien dice: «Vos queréis dar a entender que podéis estar sin mí; pues yo os haré conocer cómo me puedo más sufrir sin vos que vos sin mí». Y así se ausenta, no aborreciéndola, sino castigándola y haciéndola pasar un rato entre esperanzas y temores para que después guste más, y para que juntamente escarmiente.

Dice pues: «Yo abrí a mi amado, y no le hallé a la puerta como pensaba, porque se era ya ido y pasado de largo». Bien se entiende la tristeza con que la Esposa dice estas palabras, como aquélla que juntamente se halla corrida y triste de su descuido; y así parecen las palabras como de asombrada y medio fuera de sí; que la repetición de su decir —«que se había ido y que se había pasado»— denota esto.

Mi ánima se me salió en el su hablar

Esto es: «Derritióseme el alma en amor y pena, en habelle oído y velle ido; más iré y le buscaré y le daré voces, hincharé el aire del sonido de su nombre por que me responda y venga a mí; mas —¡ay de mí!— que procurándolo no le hallo, y llamándole no me responde». Y así con grande angustia añade luego: «Busquéle y no le hallé, lláméle y no me respondió»; de do se entiende

la ansia con que andaría.

Y cuenta juntamente las desgracias que tras esto le acontecieron buscando a su Esposo, que encontraron con ella las guardas que de noche guardan y rondan la ciudad; y como entre los tales siempre hay capeadores y ladrones y gente traviesa y descomedida, dice que la hirieron dándole algunos golpes como a mujer sola, y la quitaron el manto o mantellina con que se cubría, y socorrieron a su pasión con esta buena obra.

Conjúroos, hijas de Hierusalem

Con la mayor ansia y pena que sentía de no hallar a su Esposo, no echa mucho de ver ni se agravia del mal tratamiento que de las guardas rescibía; y así, en lugar o de quejarse de su descomedimiento o recogerse a su casa y huir de sus manos, ruega a las vecinas de Hierusalem que la den nuevas de su amor si le han visto, y si no, que se lo ayuden a buscar. Que es propio del verdadero amor crescer más y encenderse más cuanto más y mayores dificultades y peligros se le ofrescen y ponen delante.

Enferma soy de amor.

Conforme a lo que comúnmente se suele decir en nuestra lengua: «Decidle que perezco, que me fino de amor». Y es de considerar que, aunque estaba fatigada de buscalte, y maltratada y despojada por el descomedimiento de los que la toparon, no le manda decir ni su congoja ni su cansancio, ni el trabajo que ha puesto en su busca, ni los desastres sucedidos sino sólo que parece por su amor; por dos causas. La una, porque esta pasión, como la mayor de todas, vencía el sentimiento de las demás y las borraba de la memoria; la otra, porque ninguna cosa podía, ni era justo que pudiese más con el Esposo, para inducirle a que volviese, que saber el ardiente y vivo amor de la Esposa. Porque no hay cosa tan eficaz ni que pueda tanto con quien ama que saber que es amado, que siempre fué el cebo y piedra imán del amor.

El mismo amor introduce aquí algunas mujeres de Hierusalem que, como la oyeron, parte maravilladas de que una doncella tan bella a tal hora anduviese buscando con tanta ansia a su amado, y parte movidas a lástima y compasión de su ardiente deseo, le preguntan cuál sea este su amado por quien tanto se aqueja, y en qué se aventaja a los demás que merezca el extremo que hace buscándole a tal hora; lo cual otra no haría, creyendo o que esto nacía de grandeza de amor o de alguna locura o, por ventura, por ser él digno y merecedor de todo esto.

¿Qué tiene el tu amado más que otro amado?

Que es decir: «¿En qué se aventaja o se diferencia este que tú amas entre los demás mancebos y personas que pueden ser queridas?» Y esto preguntanlo por dos fines: el uno, por saber la causa del grande y excesivo amor que le muestra, que era razón que fuese por alguna señalada ventaja que hiciese su Esposo a los demás hombres; lo otro, para por las señas que diese poderlo conocer cuando le viesen.

Mi amado blanco y colorado trae la bandera sobre los millares

Da al principio la Esposa señas de su Esposo generalmente, diciendo que es «blanco y colorado»; y después va señalando las partes de su belleza cada una en su lugar. Dice pues: «Sabed, hermanas mías, que el mi amado es blanco y rojo, porque de lejos le conozcáis con la luz de estos colores, que son tan perfectos en él que entre mil hombres se diferencia, y hace raya y se lleva la bandera».

En las cuales palabras se entiende una como reprehensión encubierta de la Esposa a las que le piden las señas de su Esposo. Como si dijese: «No hay para qué os diga quién y cuál es mi Esposo, que entre mil que esté se echa de ver y se descubre». Pero prosigue relatando sus propiedades, porque es natural del amor deleitarse y como saborearse de traer siempre en la memoria y en la boca a lo que ama, por cualquiera ocasión que sea.

Su cabeza como oro de Tíbar. Sus cabellos crespos, negros como cuervo

Esto es: «Su cabeza es gentil mucho y bien proporcionada, como hecha de oro acendrado sin ninguna falta ni tacha». Porque es cosa usada en todas las lenguas, para decir de cualquier cosa que es perfecta y agraciada, decir que es hecha de oro; y por eso lo dice la Esposa aquí, y no por ser rubios los cabellos que, como veremos, eran negros los del Esposo. Porque en las tierras orientales y en todas las tierras calientes tienen por más galano el cabello negro, como aún hasta hoy se precian dél los moros. Y así añade: «Sus cabellos crespos, negros como cuervo». Y cierto, al rostro de un hombre muy blanco mejor le están los cabellos y barba negra que los rubios, por ser colores contrarios, que el uno da luz al otro.

Sus ojos como de la paloma junto a los arroyos de las aguas, bañadas en leche, junto a la llenura.

Ya he dicho que las palomas de aquella tierra, que ahora llaman tripolinas, son de bellísimos ojos, y parécenlo mucho más con las cualidades que añade luego: «junto a los arroyos de las aguas». Porque señaladamente cuando salen de bañarse les relucen y centellean en gran manera, y los que las compran

suelen con la mano mojada fregar los ojos, y en aquel relucir y relampaguear dellos conocen su firmeza. Y así dice la Esposa que los ojos de su Esposo son tan hermosos como los de las palomas cuando más hermosos se les ponen, que es cuando se lavan en las corrientes de las aguas donde se bañan y cobran una particular gracia. «Bañadas en leche», esto es, blancas como la leche, que es la color que más agrada en las palomas.

«Reposan sobre la llenura». Quise decir así por dar lugar a todas las diferencias de sentidos que los Expositores y Intérpretes imaginan aquí, dándonos esta libertad el original, donde puntualmente se dice por las mismas palabras... El sentido cierto es que la palabra hebrea —que hemos dicho— significa todo aquello que teniendo algún asiento o lugar vacío o señalado para su asiento hinche bien el tal lugar, viniendo medido con él como un diamante que iguala bien con su engaste, y una paloma que hinche el agujero o la poyata donde hace nido. Pues porque las palomas señaladamente parecen bien en uno de dos lugares: o junto al arroyo do se bañan o puestas en el nido, —como se vió arriba, donde por mayor encarescimiento y requiebro el Esposo llamó a la Esposa «paloma puesta en el agujero del paredón», esto es, en su nido— por esta causa aquí la Esposa, para encarescer los hermosos ojos del Esposo, compáralos a los de la paloma en aquellos lugares adonde está más hermosa y parece muy mejor. Y así dice: «Son como de palomas junto a las corrientes de las aguas, o como de palomas blanquísimas que con su gentil grandeza hinchen bien y ocupan y hacen llenos sus nidos donde reposan».

Las sus mejillas como hileras de hierbas y plantas olorosas

Por las mejillas se entiende todo el rostro, el cual dice que es tan hermoso y tan bien asentado y de tan gentil parescer y gracia cuanto lo son y parecen unas eras de hierbas y plantas aromáticas, puestas por gentil orden y cuidadas con gran cuidado y regalo, como se ponen y crían en Palestina y Judea y las más tierras de Oriente donde la Esposa habla y adonde se dan estas hierbas más que en otra parte. Pues como son tan hermosas estas hileras en igualdad, color y olor y parescer, así lo es y no menos el agraciado rostro del Esposo, y así añade: «como flores olorosas».

Los sus labios como azucenas.

Dioscórides, que trata dellas, confiesa que hay un género de azucenas coloradas como carmesí, de las cuales se entiende en este lugar ser semejantes a los labios del Esposo, que no sólo eran colorados sino olorosos también, y por eso añade: «de los cuales destila mirra que corre», esto es, fina y preciada

como habemos dicho.

Es muy de considerar aquí el grande artificio con que la rústica Esposa loa a su Esposo, porque los que mucho quieren encarescer una cosa, alabándola y declarando sus propiedades, dejan de decir los vocablos llanos y propios y dicen los nombres de las cosas en que más perfectamente se halla aquella cualidad de lo que loan, lo cual da mayor encarescimiento y mayor gracia a lo que se dice. Como aquel gran poeta toscano que, habiendo de loar los cabellos, los llama «oro», a los labios «grana», a los dientes «perlas», y a los ojos «luces», «lumbres» o «estrellas»; el cual artificio se guarda en la Escritura Sagrada más que en otra del mundo. Y ansí vemos que aquí procede la Esposa desta manera; porque diciendo de los ojos que son de paloma, dice más que si dijera que eran hermosos; y las mejillas «como las hileras de las plantas» las loa más que si dijera «iguales y parejas y graciosas». Y por la misma manera alaba las manos, diciendo:

Las sus manos rollos de oro, llenos de tarsis.

En lo cual alaba la gracia y composición dellas, por ser luengas y los dedos rollizos, tan lindos como si fuera torneados de oro. La piedra «tarsis», que se llama así de la provincia adonde se halla, es un poco como entre roja y blanca, según la pinta un hebreo antiguo llamado Abenezra. Y conforme a esto da a entender la Esposa las uñas en que se rematan los dedos de las manos, que son un poco rojas y relucientes como piedras preciosas de tarsis. Y por tanto, las manos en su hechura y con sus uñas serán como rollos de oro rematadas en tarsis; que aquí en decir las manos ser rollos de oro solamente habla de la hechura y gracia dellas; que del color ya ha dicho que son blancas, cuando dijo arriba: «Mi Esposo es blanco y colorado».

El su vientre, blanco diente adornado de zafiros.

«Su vientre», esto es, su pecho y sus carnes, «es blanco diente», esto es, de marfil, que se hace de los dientes del elefante, que son blanquísimos: «adornado de zafiros», que son piedras de gran valor, bermejas algo al parecer. Que es decir: «Todo es ansí lucido y resplandeciente como una pieza de marfil cercada de piedras preciosas».

Sus piernas, columnas de mármol fundadas sobre la de oro fino.

En que se muestra la firmeza y gentil postura y proporción dellas; y habiendo loado a su esposo tan en particular como habemos dicho y visto, señalando su belleza por sus partes desde la cabeza hasta los pies, torna, como no bien satisfecha de lo dicho ni de las señas dadas, a comprehender en breves

palabras lo que ha publicado; y ahora mucho más.

El su semblante como el del Líbano.

En lo cual se muestra con harta significación la majestad, hermosura y gentil compostura del cuerpo y de las facciones de su Esposo, como lo es cosa bellísima y de grande demostración de majestad un monte alto cual es el Líbano lleno de espesos y deleitosos árboles, al parecer de los que le miran de lejos.

Erguido como cedros.

En nuestro castellano, loando a uno de bien dispuesto, suelen decir «dispuesto como un pino doncel»; que así el cedro como el pino son árboles altos y bien sacados. Donde decimos «erguido», la palabra hebrea es «Bachur», que quiere decir «escogido»; y es propiedad de aquella lengua llamar así escogidos a los hombres altos y de buen cuerpo... En el capítulo último del Eclesiastes, donde dice la letra vulgar «Date al placer, mancebo, en tu juventud, que presto te pedirán cuenta», está en el original la misma palabra «Bachur», que es puntualmente como si en nuestro español dijera «huélgate, erguidillo». En lo cual, como se vee, usa el Espíritu Santo de un donaire de decir por el cabo bellísimo; que siendo su intento en aquellas palabras, debajo de una artificiosa disimulación y como permitiéndoselo a los mancebos, escarnecer de su liviandad, —que se dan siempre al buen tiempo y se andan, como dicen, a la flor del berro, desacordados de lo que está por venir y les puede suceder— así que siendo su intento del Espíritu Santo reprehender mofando el desacuerdo de los mancebos y amenazallos con la pena, no los llama «mancebos» por el nombre propio de su edad, sino llamándolos «erguidillos» usó de nombre que declara su natural brío de los tales y su altivez y lozanía, que son las fuentes de donde nasce todo aquel no curar de lo por venir, y aquel coger sin rienda ni medida el fruto del deleite y pasatiempo presente, que tanto reprehende.

Su paladar, dulzuras, y todo él deseos. Tal es el mi amado y tal es el mi querido, hijas de Hierusalem.

Esto es, su habla «dulzuras», es decir, dulcísima y suavísima: «y todo él deseo», lo cual es lo mismo que amable, y tal, que convida por todas partes a que le deseen y se pierdan por él los que le ven. «Tal es el mi amado y tal es el mi querido», como si añadiendo dijese: «Porque veáis si tengo razón de buscallo y de estar ansiosa en no hallalle».

Sabidas las facciones y señas por aquellas dueñas de la Esposa, y

conociendo con cuán justa razón la tenía el Esposo enamorada, y se atormentaba y acuitaba por su ausencia, y moviéndolas agora a compasión su tormento, con el deseo de remedialle, piden de nuevo a la Esposa que, si sabe, les diga hacia dónde cree o imagina haberse declinado su amado, porque se lo ayudarán a buscar; y así dicen: «¿Dónde fué tu amado, hermosa entre las mujeres, dónde se volvió el tu querido? Y buscarle hemos contigo». A lo cual parece que responde en lo primero del capítulo que se sigue.



Al huerto del nogal descendí por ver los frutos de los valles.

CAPÍTULO VI



El mi amado descendió a los huertos.



I de cierto sabía la Esposa que estaba en el huerto su Esposo, por demás era haberle andado a buscar por la ciudad y por otras partes. Por lo cual estas palabras, que en el sonido parecen ciertas, se han de entender como dichas con alguna duda, como si la Esposa respondiendo a aquellas dueñas de Hierusalem dijese: «Buscádole he por mil partes, y pues no le hallo, sin falta debió de ir a ver su huerto, adonde suele apascentar».

O digamos que ésta no es respuesta de la Esposa a la pregunta que hicieron aquellas dueñas, sino que luego que acabó de hablarlas se dió a buscar a su Esposo; y saliendo de la ciudad al campo y mirando hacia el huerto suyo que, como se finge, estaba en lo bajo, sintió la voz o otras señales manifiestas de su Esposo; y arrebatada del alegría, de improviso comienza a decir: «¡Ay! Veisle aquí al mi amado y el que me tiene perdida buscándole, que a su huerto descendió, donde está

solazándose y cogiendo flores».

Dice que descendió, porque ella le buscaba en Hierusalem, que era ciudad puesta en lo alto de un monte; y en los arrabales y aldeas que estaban a la halda, estaba el huerto de esta rústica pastora y de otros sus vecinos como es uso. Y dice que anda entre las eras de las plantas olorosas, y que es venido a holgarse y recrearse entre los lirios y violetas. Pues con este regocijo no pensado aviva la voz y dice:

Yo a mi amado y mi amado a mí, que pasce entre las azucenas.

Lo cual, como ya he dicho, es forma de llamar a voces, como si dijese: «Hola, amado y amador mío, el cual estás apascentando entre las flores, ¿óyesme?» De do se entiende lo que habemos dicho: que le salió a buscar al campo, hacia el lugar donde estaba el huerto, y sintiéndole estar en él llámale, como he dicho, para que la responda. A la cual voz sale el Esposo, y viendo a su Esposa, y viendo juntamente la gran afición con que le buscaba, enciéndese en un nuevo y vivo amor, y recíbela con mayores y más encarecidos requiebros, diciendo:

Hermosa eres, amiga mía, como Tirsa, bella como Hierusalem.

Sube en este lugar hasta el cielo los loores de la Esposa, y véncese a sí mismo loándola. Porque, en los capítulos pasados, para loar la variedad de su gentileza y hermosura la apodó a un gentil huerto; y agora la hace semejante a dos ciudades, las más hermosas que hay en aquella tierra, Tirsa y Hierusalem... Pues a estas dos ciudades dice el Esposo, que es semejante el parecer bello y hermoso, lleno de majestad y de grandeza, de la Esposa, diciendo: «Tan grande maravilla es verte cuán bella eres en todo y por todo cuanto lo es ver estas dos ciudades reales, en las cuales la fortaleza de sus sitios, la magnificencia de sus edificios y la grandeza y hermosura de sus riquezas, la variedad de sus artes y oficios pone grande espanto y admiración a quien lo vee». Que aunque parece un poco desigual la comparación, a la verdad es muy a propósito para declarar el mucho espanto que ponía en el ánimo del Esposo la vista de su Esposa, y cuán grande y cuán incomparable y fuera de toda medida le parecía su hermosura; pues para declarar lo que sentía, no le venían a la boca menores cosas que ciudades, y ciudades principales y populosas, esto es, cosas cuya hermosura consiste en ser de mucha variedad y grandeza.

Espantable como ejército, sus banderas tendidas.

No espanta menos un extremo de bien que lo hace un extremo de mal; y ansí

para mayor encarescimiento dice a la Esposa que le pone espanto como es espantable un ejército «sus banderas tendidas», esto es, puestos sus escuadrones en ordenanza y que está ya a punto de romper. Lo cual también es decir que de la misma manera como un ejército así ordenado lo vence todo y lo allana, sin ponérsele cosa delante que no la rinda y sujete, así ni más ni menos no había poder ni resistencia alguna contra la fuerza de la hermosura extremada de la Esposa. Y por esta causa añade luego y dice:

Vuelve los ojos tuyos, que me hacen fuerza.

Como si levantando la mano en alto y poniéndola delante del rostro, y torciendo la cara y los ojos a otra parte, dijese el Esposo: «Apártate, Esposa mía, no me mires, que me robas con tus ojos y me traspasas el corazón». En lo cual el Esposo, habiendo loado la belleza en suma de su Esposa, y queriendo ahora loarla otra vez por sus partes, y comenzando de la primera de todas, de los ojos, usa para loallos una manera elegantísima que no dice la hermosura dellos, sino ruégala que los aparte y los vuelva a otra parte mirando porque le hacen fuerza. En lo cual la loa más encarescidamente que si los antepusiera a las más claras y más lucientes dos estrellas del cielo.

«Deseo, Esposa mía, contar otra vez de tus ojos: mas ellos son tan bellos, tan graciosos y resplandecientes, y tienes en ellos tanta fuerza que, al tiempo que los miro para alaballo, contemplándolos, queriendo recoger una a una sus particularidades y sus gracias, ellos me arrebatan y me roban el sentido, y con su luz me encandilan de tal manera que por la fuerza que el amor me hace estoy como elevado; por tanto. Esposa mía dulcísima, vuélvelos, no me mires, que no puedo resistirles».

Y demandando esto el Esposo pide lo que no quiere, que es que su Esposa no le mire, porque es gran placer el que él siente con su vista; mas con tal demanda dice más en su loor que si dijera muy por extenso las particularidades de su belleza que en ellos se encierran. Y estas son las cosas que mejor se entienden que se pueden declarar.

Una es la mi paloma.

No está la prueba y la firmeza del amor en amar a una persona a solas y sin compañía de otras, antes el mayor y más verdadero punto dél está cuando, extendiéndose y abrazando a muchos, entre todos se señala y diferencia y aventaja particularmente con uno; lo cual declara bien el Esposo con estas palabras, en las cuales no niega tener afición y querer bien a otras mujeres, pero confiesa amar a su Esposa más que a todas con un amor así particular y

diferente de todos los demás, que los demás en su comparación cuasi no merecen este nombre de amor; y aunque quiere a muchas, pero la su Esposa es dél querida por única y singular manera.

Y es así que el amor, como es unidad y no apetece otra cosa sino unidad, así no es firme ni verdadero cuando se divierte en igual grado por muchas y diversas cosas. El que bien ama a una cosa sola tiene particular amor. Y por esta causa, el que juntamente quiere amar de veras y no limitar su amor a una cosa sola debe emplear en Dios su voluntad, que es bien general que lo abraza y comprende todo; como, por el contrario, todas las criaturas son diferentes y limitadas en sí, y a las veces unas contrarias de otras, de suerte que el querer bien a una es aborrecer y querer a otra mal.

Dice «mi paloma y mi alindada», y no «mi Esposa», para demostrar aún en la manera de nombrar la razón grande que tenía de amalla y de tenella tan particular amor, y de hacella tantas ventajas, siendo tan alindada y tan suave y de un tan dulce condición como la paloma.

Viéronla las hijas, y llamáronla bienaventurada las reinas, y las concubinas la loaron.

Grande y nueva cosa es reconocer y no envidiar tanto bien las demás mujeres de Salomón a la Esposa, porque son de su natural las mujeres envidiosas entre sí extrañamente; más en las cosas aventajadas mucho, la envidia desfallece. Y muestra en esto el Esposo que no es afición ciega la que le mueve a querella sino razón tan clara y de tanta fuerza que las otras mujeres, que de su natural la habían de envidiar, confiesan llanamente que es así, reconociéndola por tal y loándola a boca llena. Y así, refiriendo las palabras de las otras mujeres dice:

¿Quién es esta que se descubre arriba como el alba, hermosa como la luna, escogida como el sol, terrible como los escuadrones?

Que, aunque son breves, son de gran loor, porque juntan tres cosas: la mañana, la luna y el sol, que son toda la alegría, regocijo y belleza del mundo. Pues es como si dijese así: «¿Quién es esta que va por allí mirando hacia nosotras, que no parece sino al alba cuando asoma rosada y muy hermosa, y es tan bella entre las mujeres como la luna entre las menores estrellas? Antes, por mejor decir, es resplandeciente y escogida entre todas como el sol entre todas las lumbreras del cielo. Que así como el sol es príncipe entre todas las luces soberanas, y escogido de tal manera que todas participan y se aprovechan de su lumbrera, así ésta es dechada de toda beldad, y la que más a

ella se pareciere más bella será; y juntamente con su hermosura tiene una gravedad y majestad que no parece sino un escuadrón que a todos pone reverencia y temor». Y en decir «escogida como el sol» alude a la grande belleza della, y a la grande estima en que su Esposo la tiene más que a las otras. Y es muy gentil manera de loar ésta, diciendo primero «alba», que es hermosa y resplandeciente, y luego «luna», que es más, y después «sol», que es lo sumo en este género; y los artífices del bien hablar loan mucho este modo de decir, y lo llaman encarescimiento acrescentado.

Al huerto del nogal descendí por ver los frutos de los valles...

Estas palabras los más las atribuyen a la Esposa, en que respondiendo al Esposo le dice y le da cuenta de cómo vino a aquel huerto donde él estaba (que llama «del nogal» por alguno que debía haber en él), a ver los frutales si brotaban, y que esto lo dice por uno de dos fines. Lo uno, que sea como una excusa y un color de su venida por aquella parte, y dado que en realidad de verdad la traía el amor y deseo de verse con su Esposo; pero es muy propio al natural ingenio de las mujeres dar muestras muy diferentes de sus deseos, y fingirse como olvidadas de lo que más buscan. Ansí que como respondiendo a lo que el Esposo la pudiera preguntar de su venida, diga: «Vine a ver este mi huerto, y a ver si los árboles dél echaban ya flor».

Pero un amor tan descubierta como a lo que hemos visto era éste, no da buen lugar a semejante disimulación. Y ansí es mejor entender que estas palabras se dicen por otro fin: que es para que sepa el Esposo la causa de su cansancio de la Esposa, que —como se vee en las palabras que se siguen luego— había venido corriendo y estaba de la priesa sin fuerza y sin aliento, de lo cual juntamente da cuenta y se queja a su Esposo. Que es cosa natural las personas que bien se quieren en viéndose, mayormente las mujeres, con una lástima regalada contar luego sus cuitas. Y es como si dijese: «¡Ay, Esposo mío tan deseado y tan buscado de mí, y qué cansada estoy, y qué muerta de la priesa que he traído! Que luego como yo sentí que andábades en el huerto, en el cual hay nogales, parras y granados y otros frutales, luego en ese punto descendí agujando, y he venido tan presto que no sé cómo me vine ni cómo no; más de que mi alma me aguijó tanto, y me puso en el corazón tanta fuerza y ligereza que no me parece sino que he venido en un ligerísimo carro de los que usan los principales y poderosos de mi pueblo».

Parece lo mejor que estas palabras «descendí al huerto» las diga el Esposo, y que en ellas responda a la secreta queja que verosímilmente se creía tener su Esposa dél, por haber llegado a su puerta y llamádola, y después

pasándose de largo; de do nascía andar ella perdida buscándole. A lo cual él, ganándola por la mano, responde que, como se tardó en abrirle, quiso él en el entretanto ver el estado de su huerto y proveer a lo que fuese necesario.

Mi alma me puso como carros de aminadab.

«Los carros de aminadab», entiéndese cosa ligera y que vuela corriendo, que Aminadab no es nombre propio de alguna persona o lugar, como algunos piensan; quiere decir, de mi pueblo príncipe, y esto dice, porque en tierra de Judea había pocos caballos, toda las demás gente usaba ir cabalgando en asno, sino era los principales y poderosos de ella, que hacían traer de Egipto caballos muy buenos y muy ligeros, y andaban en carros de cuatro ruedas, que traían aquellos caballos. Pues dice: no sé lo que ha sido, ni lo que te has hecho en dejarme así, ni la causa que te movió a ello, sino fué querer ver tu huerto o alguna otra cosa; en fin, no sé nada; esto sé, que el deseo mío y el amor entrañable que te tengo, que posee mi alma y la rige a su voluntad, me ha traído en tu busca luego que te sentí, volando como en posta. Y contando esto, dícele lo que pasó con las mujeres que la acompañaban, viéndola ir con tanta presteza, que la decían:

Torna, torna, Sulamita, torna, torna y verte hemos.

Y no se ha de entender, como avisan los que tienen mejor entendimiento en estas cosas, que son las dueñas las que dicen agora estas palabras, sino hase de entender que las dijeron antes, esto es, cuando vieron que se les partía tan apresuradamente; y que la Esposa las refiere agora al Esposo, contándole esto y todo lo demás que con ellas pasó, pues acaba de decir que vino volando en busca de su Esposo. Dice que las compañeras, viendo que se apartaba de ellas, con apresuramiento la comienzan a llamar, y pedilla que volviese y no se diese tanta priesa, como que no la habían visto del todo ni gozado enteramente, ni considerado bien su beldad; y así la dicen: «Torna, torna». El redoblar unas mismas palabras es propio de todo lo que se dice y pide con afición. «Sulamita» es como decirle herosalemitana o mujer de Hierusalem, como llamamos romana a la mujer de Roma, y esto porque Hierusalem antiguamente se llamó Salen.

¿Qué miráis en la Sulamita como los coros de los ejércitos?

Lo cual se declara diferentemente. Algunos ponen demanda y respuesta, de manera que volviéndola hacia las dueñas que llaman con tanta insistencia les diga: «¿Qué es lo que queréis en mí?» Responden ellas: «Miramos en ti un coro de ejército», esto es, una cosa de tan buen parecer y tan poderosa para

vencer a los que te miran y sujetarlos a tu mandado, como lo es un ejército puesto en concierto y ordenanza. Lo que tengo por más acertado, es hacer todo una cláusula y una sentencia, en que diga a la Esposa de esta manera: Como me llamaron, volvíme hacia ellas, las cuales, por mirarme mejor, divididas de la una parte y la otra, se pusieron en dos hileras como en coros; yo entonces díjeles: ¿A qué me miráis así, puestas unas de una banda y otras de otra, como ejército que está puesto por sus hileras? De arte que se presupone que se volvió a ellas, y que se dividieron en dos partes para vella mejor. Y llámalas ejército porque eran muchas, y coro por estar así divididas.



CAPÍTULO VII



Vámonos al campo, moremos en las granjas.



ROSIGUE en su cuento la Esposa y dice a su Esposo que las dueñas la comenzaron a loar con gran particularidad y encarescimiento su gracia y gentileza, refiriendo todas sus perfecciones muy por menudo, desde la mayor hasta la menor. Lo cual debe responder a la admiración de su hermosura que puso, y a los loores que la gente del pueblo le dió cuando, viniendo de Egipto, entró en Hierusalem la segunda vez. Pues comienzan desde los pies, cuya ligereza y presteza

acababan de ver entonces, y van hasta la cabeza, por ir de lo menor a lo mayor, que es manera galana de loar...

¡Cuán lindos son tus pies en tu calzado, hija del Príncipe!

Loan el buen aire y movimiento, el pie bien hecho y el calzado justo y que

venía como nacido en la Esposa. Y dícenlo como a manera de admiración para mostrar que eran extrañamente graciosos los pies de la Esposa y no ansí como quiera... «¡Cuán lindos son tus pasos, cuán graciosos son tus pies y con qué gracia los mueves, la del corazón gallardo y generoso!» Como si dijese que en el gentil meneo del cuerpo monstraba bien la gran lindeza y gallardía y nobleza de su corazón, porque esta virtud más que otra ninguna se descubre mucho y da a conocer en el movimiento y en el buen aire del cuerpo.

El cerco de tus muslos como ajorcas hechas por mano de oficial.

Desciende aquí a tantas particularidades el Espíritu Santo que es cosa que espanta. Dicha la lindeza de los pies, viene ordenadamente a loar la buena hechura de las piernas y de los muslos de la Esposa, diciendo: «El cerco de tus piernas y muslos son como ajorca muy bien calzada de mano de maestro». Y esto dice por la espesura y macicez de las piernas, que no eran flacas sino rollizas y bien hechas y redondas, en tal manera que si hiciese un artífice una ajorca o collar de muy perfecta redondez y se lo ciñiese a piernas, vernía muy justo y se hinchiría todo el redondo de la carne dellas. Donde decimos «cerco», la palabra hebrea es «hamuk», que quiere decir «cerco» o «redondez»; y de aquí algunos entienden las coyunturas y como goznes de la rodilla donde juega el muslo. Y ansí trasladan: «en el juego de tus muslos». No quiere decir más de lo que suena, que es la redondez de los muslos y el cuerpo dellos, lleno de una hermosura maciza y rolliza, y de una gentil perfección. La cual pusieron los Setenta Intérpretes con mucha propiedad diciendo «Rythmoi ton morion»; porque «Rythmos» en griego es toda buena proporción y compostura de partes entre sí. Bien se descubre sobre los vestidos el grueso y buen talle de los muslos, mayormente cuando se va con priesa y contra el aire. Mas lo que se sigue no sé cómo las compañeras lo pudieron adivinar.

Es tu ombligo como vaso de luna, que no está vacío —o que no le falta mixtura.

«Vaso de luna», es decir, hechura de luna, esto es, perfectamente redondo. «Mixtura» entiéndese de vino mezclado y templado con agua. Pues quiere decir: «Sobre estas dos hermosas colunas de tus piernas se asienta el edificio de tu persona: la primera parte dél es el ombligo y vientre tuyo, el cual está muy hermosamente proporcionado, porque no parece sino una taza tan redonda como la luna, y que esta taza está siempre llena de mixtura, que es vino aguado para beber; ansí ni más ni menos es el tu vientre redondo, bien hecho, ni flojo ni flaco sino lleno de virtud, que nunca le falta». Y para más

declarar esta loa del vientre torna a decir:

Tu vientre como montón de trigo, redondeado de violetas.

Y es muy gentil apodo éste, porque el montón de trigo está por todas partes igual en redondez, que ninguna parte dél hay seno ni hoyo alguno, porque luego los granos le hinchen; y ansí dice ser de todas partes lleno y levantado el vientre de la Esposa.

Tu cuello como torre de marfil.

Que es llamarle alto, blanco y liso y bien sacado, que es todo lo bueno que puede tener un cuello para ser hermoso.

Los tus ojos como estanques.

Véese en esto que los ojos de la Esposa eran grandes, redondos y bien rasgados, llenos de sosiego y resplandor, que todas estas cualidades se muestran y se veen en un estanque lleno de agua clara y sosegada.

Los cabellos de sobre tu cabeza como púrpura. El Rey, asido y preso a las canales.

Que es decir: «Colgado de los mismos cabellos por amor y afición», los cuales se significan debajo deste nombre de «canales»; porque en ellas el agua cuando corre se va encrespando, y se hacen unos altos y bajos muy semejantes a lo que se parece en los largos y hermosos cabellos que, sueltos sobre los hombros, con el movimiento hacen unas como aguas muy graciosas. Y esta letra, demás de ser la más propia, encarece mejor que otra ninguna la hermosura de los cabellos que aquí se pretenden loar; porque demás de decir que son lindos y vistosos como púrpura, que es decir mucho como luego declararemos, dicen que son un lazo y como una cadena en que por su inestimable belleza está preso el Rey, esto es, Salomón su Esposo.

Pues siguiendo esta letra, para mejor entendimiento de la comparación es de advertir que la púrpura antigua, de la cual no tenemos ahora noticia por uso, tenía dos cosas: que era finamente bermeja, y relucía desde lejos como el carmesí que los pintores ponen sobre oro o plata. Conforme a esto, asemejan aquellas dueñas el cabello de la Esposa a la púrpura, porque debían ser castaños los cabellos, que aunque no sea perfecto rojo tira más a ello que a otro color; y porque en las tierras calientes como son las de Asia no se estima el cabello rubio, antes a los hombres les está muy bien el negro, y a las mujeres negro o castaño o alheñado, como ellas lo suelen curar y hoy día lo usan las moriscas. Por eso los alaban aquí de aquel color, y más del

resplandor que daban de sí; y en esto eran muy semejantes a la púrpura. Porque vemos que el color castaño y otros que se le parecen son sus luces rojas, así como las luces del amarillo tiran a blanco y las del verde a negro. Pues dícenle aquí a la Esposa que sus cabellos son relucientes y un poco rojos como la púrpura, y que son crespos y ondeados como canales o regueras donde el agua va dando vueltas. Y usan luego de un hablar común de los enamorados, diciéndole: «En esas vueltas de tus cabellos tienes tú atado al Rey y Esposo y enamorado tuyo: destos cabellos hace el amor la cuerda con que lo liga», que es una muy regalada y amorosa loa.

¡Cuánto te alindaste, cuánto te enmelaste, amada, en los deleites!

Esta es una cláusula sentenciosa que remata todo lo dicho, que los retóricos llaman epifonema, y va mezclada con una gran admiración, como es natural, después de haber visto o desmenuzado por palabras alguna cosa muy buena, romper el ánimo del que lo ve o trata en espanto y admiración. Pues dicen aquellas dueñas: «¿Para qué es ir particularizando tus gracias? Pues es cosa que saca de juicio ver cuánto seas en todas tus cosas, tus hechos, tus obras, dulce, alindada y deleitosa, pues eres el extremo de la dulzura y de la lindeza».

Esta tu disposición semejante es a la palma, y tus pechos a los racimos.

Hanse de entender racimos de alguna vid o parra que, estando arrimada a la palma y abrazada con ella, trepa por el tronco, arriba, dando vueltas y encaramándose con sus sarmientos; que así como los racimos de la tal parecen estar asidos de la palma y cuelgan della, así los dos pechos tuyos se hacen afuera y se muestran estar colgados de la tu gentil estatura.

Y porque es natural de la belleza acodiciar así a cualquiera que la conoce, y porque es común uso de las mujeres, cuando cuentan de alguna otra hermosa y graciosa que les agrada mucho, decir «Iba tal y tan linda que quisiera llegarme a ella y darle mil abrazos y mil besos», siguiendo y imitando este afecto, Salomón añade con singular gracia y propiedad lo que se sigue:

Dije: Yo subiré a la palma.

Que son palabras que cada una de las dueñas dicen por sí, en que muestran por galana manera la codicia y afición que tienen por gozalla, la cual ponía la Esposa con su hermosura en ellas y en todos los que la vían. Que es como decir: «Tan dispuesta y linda eres como una palma. ¡Ay, quién subiese a ella hasta asirle de sus ramos altos!» «Dije», esto es: «A mí y a todos los que te

veen, encendidos en tu lindeza, nos dice el deseo y el corazón: ¡oh, quién te alcanzase y gozase, quién pudiese llegar a tí, y enredándose en tus brazos y dándote mil besos coger el dulce fruto de tus pechos y boca!» Y así dicen «y serán», esto es, «y son». (Pone el tiempo futuro por el presente). Pues «y son tus pechos como racimo de vid», que es fresco y oloroso, apiñado y de gracioso y mediano bulto. «Y el olor de tu boca como el olor de manzanas», que es olor por extremo suave y apacible. O hagamos de todo esto una razón trabada y continuada que diga de esta manera: «Linda eres como una palma. ¡Ay! Quiero allegarme a ella y asirme de los sus ramos altos, y subiré hasta la cumbre».

Y seránme los tus pechos como racimos de vid.

«Alégrame he, deleítarme he con ellos, tratándolos como unos frescos y apiñados racimos de uvas. Cogeré el aliento de tu boca, más olorosa que manzanas. Gustaré del gusto de tu lengua y paladar, que en deleitar, alegrar y embriagar con dulzura y afición vence al vino mejor, y que más gusto da a mi amado cuando más sabor halla en él y más dulce lo siente; que bebe tanto dél que después parla temblando los labios y desconcertadamente, como si estuviese durmiendo». Que decir esto así es llegar hasta el cabo de todo lo que puede y suele decir un deseo semejante. Esta es la sentencia.

El tu paladar como vino bueno, que va a mi amigo a las derechas, hace hablar con labios dormientes.

La palabra hebrea es «Lemesarim», que quiere decir «derechas», lo cual se puede entender de dos maneras: La una es decir que se bebe a las derechas o derechamente y con razón por su bondad y excelencia. La otra es que «ir el vino a las derechas» sea irse y entrarse, como decimos, de rondón, dulce y suavemente por la garganta y de allí a la cabeza. Y esta es forma usada en esta lengua, que responde a lo que solemos entender en la nuestra cuando, hablando del vino que es bueno en el gusto y después de bebido hace su hecho, decimos que se cuela sin sentir. Desta manera de decir en el mismo propósito usa Salomón en los Proverbios, diciendo: «No mires el vino cuando se torna rojo y toma su color y va a las derechas». Como si dijese: «y se cuela sin sentir muy dulcemente».

Y con esto concierta bien lo que luego se sigue: «y hace hablar los labios de dormientes». Como si dijese que, como se cuela dulcemente, embeoda después y hace hablar desconcertadamente, como suelen hablar los que están vencidos del sueño; que es propiedad del vino bueno y suave que se bebe

como si fuese agua, y puesto después en la cabeza y hecho señor della y de la razón, traba la lengua y media las palabras y muda las letras, y turba todo el orden de la buena pronunciación.

Yo soy del mi amado, y el su deseo a mí.

Estas palabras dice de sí la Esposa propriamente; de arte que, habiendo relatado al Esposo las cosas que en su loor las dueñas dijeron, vuélvese a él y dice lo que entonces respondió o lo que ahora le está bien decir. Que es como si dijera: «Sea hermosa y linda cual os parezco, no me entremeto en eso. Esto sé: que, tal cual soy, soy toda de mi amado, y él no desea ni ama otra cosa sino a mí». Que son palabras que por la coyuntura en que se dicen, —esto es, cuando parece que por ser tan soberanamente loada se pudiera desvanecer algún tanto, y volviendo sobre sí amarse desordenadamente y juzgar que, si su Esposo la amaba, era cosa que se le debía, así que por decirse en esta coyuntura muestra y encaresce el excesivo amor que tenía a su Esposo, por el cual, siendo así loada, de ninguna cosa se acordó primero que de su Esposo. Como diciendo: «Eso y más bien que hubiera en mí, todo es de mi amado, todo se le debe y todo lo quiero yo para él; y no hay que tratar de que quiera a otro ni que piense ni desee nadie gozarme ni lo diga, que yo toda seré y soy de mi amado y él es mío; el que bien me quisiere, quiérale a él bien, que yo no soy más de lo que él quiere que sea».

Tres condiciones y diferencias entendemos en el amor de dos personas; una, cuando fingen quererse bien y no se quieren, y viven engañándose el uno al otro con palabras y demostraciones amorosas; otra, cuando la una de las partes ama con verdad, y la parte amada muestra querelle responder, más de hecho no le responde; la tercera, cuando quieren y son queridos por igual grado y medida.

De los primeros no hay que tratar, porque no es amor el suyo sino puro fingimiento y embuste, y cual hacen así lo pagan. Y aunque ambos hacen mal y profanan la virtud, verdad y santidad del amor, cuyo nombre usurpan y cuyas propiedades remedan, estando tan lejos de sus obras, pero ninguno agravia al otro, ni tiene que quejarse de su compañero, porque en fingir entre sí y mentirse corren parejas.

El segundo estado, donde el que ama no es amado, es infeliz y trabajoso más que ninguno otro que haya debajo del cielo, porque se juntan en él culpa y pena, que son todos los males en su más subido grado. La pena padece el que ama, y la culpa se comete de parte del que no responde a su amado. Y

entenderse ha cuán grande sea cada uno destos males en su razón, si se advirtiere primero que el amar una persona a otra no es otra cosa sino hacer el que ama un entregamiento y una cesión de todos sus bienes en el que es amado, desposeyéndose a sí de sí mismo, y poniendo en la posesión desto y de toda su alma y a la otra parte.

Y que esto sea así está claro, porque el amar es entregar la voluntad a lo que ama, y la voluntad es la señora que manda y rige, y sola ella mueve y menea todo lo que está en la casa del hombre. De do se sigue que amar es darse todo, porque es dar la voluntad, que es señora de todo. Tócase esta verdad con las manos y con la experiencia, porque vemos que el que ama de veras no vive en sí sino en lo que ama; siempre piensa en ello y habla dello, su voluntad es la de su amado y sin saber querer otra cosa y sin poder querella, que es evidente señal que no es suyo sino ajeno, entregado ya en el poder y albedrío de otro.

Esto presupuesto, se entiende lo primero el incomparable mal y daño que padece la parte desamada, porque se vee desposeída de sí y entregada sin remedio en el poder de otra persona, y que el señor se levanta con la entrega villanamente sin habelle correspondencia o restitución alguna. Y si es pena a uno verse despojado de su honra y hacienda, ya veis cuál y cuánto mayor será la del pobre que se vee desposeído de lo uno y de lo otro, y también de sí mismo. Y si es causa de mayor sentimiento la pena que viene sin culpa, ¿qué dolor sentirá el que de buen servicio saca mal galardón y el que, sembrando amor, coge frutos de desdén y aborrescimiento?

Por el contrario y por los mismos pasos se entiende lo segundo; lo mucho que peca y la gran vileza y fealdad que comete aquel que, siendo amado, o no ama o no desengaña abiertamente al triste amante. Porque si es culpa hurtar la capa, y si es pecado entiznar la fama ajena, ¿qué será levantarse alevosamente con la posesión de todo juntamente, de la fama, hacienda, vida y alma, y finalmente de toda una persona que nació libre y se vendió a ti para comprar con este precio parte de tu voluntad, y tú recoges el precio y alzaste con él y con toda la mercadería? Y si la verdadera caridad es noble aún con los que no conoce, y extiende su virtud y beneficios aún hasta los enemigos y mal querientes, ¿qué palabras podrán encarecer la bajeza o, por mejor decir, la fiereza y bestialidad de la persona que paga el amor con desamor, y roba la libertad del que la sirve y se va con ella riendo, y triunfa de su mayor amigo, y da en trueco y cambio de la pureza y sencillez y claridad del buen amor un millón de engaños y embustes? Así que por esto se condene cada uno a sí,

aunque otro no se lo diga, aunque el que ama sea persona baja.

Porque se ha de entender que entre dos personas, aunque en las demás cualidades que o se adquieren por ejercicio, o que vienen por caso de fortuna, o que se nasce con ellas, pueda haber y haya notables diferencias; pero venidos en el caso de amor y voluntad, como en todo es libre y señora la voluntad, así todos en ella son iguales sin que deba reconocer uno ventaja a otro por de diferentes estados y condiciones que sean. Así no se puede pagar la deuda de mi amor sino con otro amor tan bueno y tan grande como el mío.

Resta que digamos el tercer estado que es el más dichoso de todos, porque cierto es la más feliz vida que acá se vive la de dos que se aman, y es muy semejante y muy cercano retrato de la del cielo, adonde van y vienen llamas del divino amor en que, amando y siendo amados, los bienaventurados se abrazan; y es una melodía suavísima, que vence toda la música más artificiosa, la consonancia de dos voluntades que amorosamente se responden. Porque los que aman como los primeros que dijimos no son hombres; y los que aman como los segundos son o desdichados o malos hombres; sólo para estos terceros se queda la buena dicha y buena andanza, la cual, como dicen los sabios, consiste en tener el hombre todo el bien que quiere, y el que ama y es amado ni desea más de lo que ama ni le falta nada de lo que desea. De este bienaventurado amor gozaba la Esposa y por eso dijo: «Yo soy de mi amado, y el su amor a mí».

Vámonos al campo.

... Convidale a que salga con ella a vivir y a morar en el campo, huyendo el estorbo y inquietud de las ciudades; y para que sin embarazo de nadie se gocen ambos, y gocen de los bienes y deleites de la vida del campo, que son varios y muchos, de los cuales refiere algunos la Esposa diciendo: «Ven, amado mío, vámonos al campo, moremos en las granjas. Levantémonos de mañana a las viñas, veamos si floresce la vid, si se descubre la menuda uva, si brotan los granados»; que todas son cosas de gran gusto y recreación.

Pero la mayor de todas y lo que ella más pretende es el poderse gozar a solas y sin estorbos de gentes, que para los que se aman de veras es tormento a par de muerte. Y por eso dice: «Allí te daré mis amores»... «Y veremos las mandrágoras si dan olor, que todos los frutos, así los nuevos como los viejos, amado mío, los guardé en mis puertas para ti».

Como si dijese: «Y demás destes gustos y pasatiempos que tendremos en gozar del campo y andarnos viendo cómo florecen los árboles, no nos

faltarán buenos mantenimientos, dulces y sabrosas frutas, así de las frescas y recién cogidas como de las de guarda», que son riquezas de que suele abundar la vida rústica. «Lo cual todo», dice, «yo te lo guardaré dentro de mi casa y de mis puertas, y te lo aderezaré».



¿Quién es ésta que sube del desierto, recostada en su amado?

CAPÍTULO VIII



¿Quién te me dará como hermano mío, que mamases los pechos de mi madre?



NA de las cosas que hay en el verdadero amor es el crecimiento suyo, que mientras más dél se goza más se desea y más se precia; al contrario es el amor falso y vil, que es fastidioso y pone una aborrecible hartura. Hemos visto bien los procesos deste gentil amor que aquí se trata: cómo al principio la Esposa, careciendo de su Esposo, deseaba siquiera algunos besos de su boca; después de haber alcanzado la presencia, habla y regalos suyos, deseó tenerle en el campo consigo; y ya que le tenía en el campo, gozando dél a sus solas sin que nadie lo estorbese, desea ahora tener más licencia de nunca se apartar dél, sino en el campo y en el poblado andar siempre a su lado y gozar de sus besos en todo lugar y en todo tiempo. Y para mostrar este deseo la Esposa, y la manera como quería cumplirlo, comienza como en forma de

pregunta diciendo: «¿Quién te me dará como hermano mío?» La cual forma de preguntar en la lengua hebrea es oración de ánimos deseosos, y vale tanto como «ojalá pluguiese a Dios». Y así es aquello que dice Hieremías: «¿Quién dará agua a mi cabeza?» Y David dice: «¿Quién me dará alas como paloma y volaré?»

Dice, pues, la Esposa que estando a sus solas y sin conversación de otras gentes, ella goza de los besos de su Esposo, y se huelga y alegra mucho con él; más cuando está delante de gente, tiene vergüenza como la suelen tener las mujeres. Y dice que le es gran pérdida aquélla, porque siempre querría estar colgada de los hombros de su Esposo, cogiendo sus dulces besos sin desasirse un punto; y que pluguiese a Dios ella pudiese tenerlo y tratar con él como con un niño pequeño, hermano suyo, hijo de su madre, que aún mamase; que como ella lo hallase en la calle, arremetería con él y le daría mil besos delante de todos cuantos allí estuviesen. Porque esto es usado mucho de las mujeres con los niños, y no son notadas por esto, ni tienen empacho de hacerles estos regalos ni de mostrarles este amor públicamente. Esta facilidad desea la Esposa tener en los besos de su Esposo, y gozar dél.

Meteriate en casa de mi madre, enseñaríasme, haríate beber el vino adobado y del mosto de las granadas nuestras.

Quiere decir: «En teniéndote yo en casa, con mil besos y abrazos te daría a beber dulce vino», vino adobado con miel y especias y otras cosas que los antiguos usaban para que fuese más suave y menos dañoso; y esto era más género de regalo que de ordinaria bebida. «Daríate también arroje de granadas», porque en todas estas cosas dulces se huelgan los niños, y sus madres y hermanas tienen gran cuidado de los regalar así. Y lo que dice «enseñaríasme» es como si dijese, estando todavía en la figura del niño: «Diríasme mil cosas de las que hubieses visto y oído por la calle, y mil cantarcicos», porque los niños todo cuanto veen o oyen, todo lo parlan bien o mal, como aciertan; y desto reciben gran regocijo las madres que los aman.

Su izquierda debajo de mi cabeza, y su diestra me abrazará.

Es propio del corazón enternecido con la pasión del amor desear mucho, y viendo la imposibilidad o dificultad de su deseo, desfallecer las fuerzas y desmayarse luego. Estaba, como parece, la Esposa en el campo con su Esposo; y aunque gozaba dél, deseaba gozarle con más libertad y sin estar obligada a recatarse de nadie, como declaró en las palabras ya dichas; más viendo que le faltaba aquella facilidad para gozar totalmente de su amado,

desmábase de una amorosa congoja como en semejantes afectos otras veces lo ha hecho. Y porque para todas sus pasiones tiene por único remedio a su Esposo, al tiempo de su desfallecimiento demanda el regalado socorro del abrazo suyo, conforme a la demanda del otro desmayo de que ya dijimos...

¿Quién es esta que sube del desierto, recostada en su amado?

Este verso es paréntesis o sentencia entretejida en las hablas de los dos, Esposo y Esposa, y son palabras de las personas que vían cómo los dos amantes se iban juntos desde el campo a la ciudad, y la Esposa venía muy junta y pegada a su Esposo. Porque después que ella tornó en sí del desmayo sobredicho, se fingien subir a la ciudad, y ella con más atrevimiento que antes se iba muy junta y abrazada con su Esposo, sin tener el respeto de temor y vergüenza que tenía primero, y como señora ya de aquella libertad que poco antes deseaba y pedía, como habemos visto. Porque el amor suyo, que había llegado ya a lo sumo, le daba alientos para vencer todo esto, y parte fué para ello aquel desmayo que tuvo.

Y esto es cosa muy aguda en caso de amor, y punto muy de notar: que cada vez que alguno sobre algún negocio que le daba pasión, deseándolo o de otra manera, se desmaya o pierde el juicio, cuando torna en si tiene nuevo ánimo y atrevimiento en aquel negocio. Y esto es muy probado en los que han estado sin seso: que después tornan otros hombres diferentes de lo que antes, y vemos que el que enloqueció por algún caso de honra, después que torna en su libre poder no estima aquello. Y éstas hay cada día muchas experiencias.

Y la causa dello es lo que acaesce por ley de naturaleza en todos los demás sentidos: que eso mismo que sienten y apetecen naturalmente cuando acaesce, que viene a ser excesivo, los corrompe y destruye. Como vemos que una luz muy clara siega a las veces, y un sonido desmedido ensordece, y el tacto se torna insensible con el frío o calor extremado. Y por la misma razón, el afecto o pasión que llega al extremo de torcer el juicio o desmayar el corazón deja como amortiguados los sentidos para no sentir ya más cosa semejante.

Y así la Esposa, que poco antes se quejaba por no poder públicamente gozar de sus amores con su Esposo, de sentir mucho esta vergüenza viene ahora a no sentilla, y viene ahora delante de todos tan asida y afirmada dél que los otros con admiración preguntan: «¿Quién es esta que sube del desierto, tan asida y junta a su Esposo que viene como sustentada toda sobre él?»

Aquí «desierto» significa tanto como «campo» a la letra, porque así se ve que ellos no tornaban del desierto a la ciudad sino del campo, donde había huertas y viñas con arboledas y granjas. Y también porque no siempre este nombre «desierto» significa entre los hebreos lugares yermos y que carecen de habitación y de pastos y verduras, antes muchas veces significa lugares anchos y llanos en el campo adonde, aunque no hay tan espesas moradas de gentes, a lo menos no faltan algunas, y juntamente hay pastos y abrevaderos.

Debajo del manzano te desperté. Allí te parió la tu madre.

El sentido destas palabras a la letra parece ser que la Esposa, habiendo tornado en sí del pasado desmayo, y con mayor atrevimiento habiendo comenzado a gozar de su Esposo (el cual en la mayor parte desta canción se pinta rústico pastor, conforme a la imaginación que el autor della tomó) viniendo agora muy junta con él y abrazada, acuérdate del principio de sus amores, de los cuales agora goza tan dulcemente; y acordándose, cuéntaselo con alegría grande.

Porque una de las condiciones del amor es que a los enamorados hace de gran memoria; que sin olvidarse jamás de cosa, por pequeña que sea, siempre les parece tener delante un retablo de toda la historia de sus amores, acordándose del tiempo, del lugar y del punto de cada cosa. Y así en sus dichos y escritos usan muchas veces de las cosas pasadas para su propósito, unas veces contándolas, sin parecer que hay para qué, y otras que se les ve claro el fin de su intención. Y como la retórica de los enamorados consiste más en lo que hablan dentro de sí que en lo que por la lengua publican, muchas veces traen lo primero a la postre y lo último al principio.

Como vemos en este lugar: que la Esposa dice el principio de sus amores tan al fin de la canción que parece que lo debía haber contado antes, si dello quería hacer mención. Más como habemos dicho, en ellos no hay antes ni después en estas cosas, que todo lo tienen presente en su fantasía; y agora, embebida en la suavidad del amor que delante tenía, pensando unas cosas y callándolas, dice otras. Y es lo que decía esto: «Oh amado mío Esposo, que me parece que agora te veo la primera vez: que te moví a amarme y a que tratases este desposorio conmigo. Y esto era estando tú y yo debajo de un árbol en las huertas, y en aquella huerta debajo del árbol que te parió la tu madre».

Y allí estuvo de parto la que te parió.

Repite la misma sentencia, como suele, y quiere decir: «No eres extranjero,

porque de allí eras natural y allí te había parido tu madre, y allí te desperté y encendí en mi amor. Y porque este amor me ha hecho tan dichosa, gozando del bien que por él gozo, bendigo aquel día, aquella hora y aquel lugar adonde tú me amaste». Lo cual es dicho, como otras muchas cosas que arriba hemos visto, conforme a lo que mejor dice y asienta y suele acontecer más comúnmente a los pastores y labradores que viven en el campo, cuyas personas y propiedades imita Salomón en este su canto. A los cuales así como andan lo más del tiempo en el campo, así les es muy natural nacer en el campo, y el concertar los amores los zagales con las zagalas por las florestas y arboledas y por donde se topan. Esta es la sentencia de la letra cuanto podemos alcanzar, y va muy conforme a otras razones que en este caso suelen decir los enamorados.

Pónme como sello en tu corazón...

Es muy digno de considerar el misterio grande deste lugar: que hasta aquí ha mostrado el Esposo a la Esposa el amor que le tiene, mas no del todo abiertamente, que unas veces la regalaba antes de ahora y otras la loaba, y algunas se le mostraba esquivo y airado, porque ella fuese poco a poco conociendo la falta que sin él tenía. Ahora, después que ya ella ha venido a amalle perfectamente del todo y que él siente ser así muéstrale y dale a entender por claras palabras, sin fingimiento ni rodeo, lo mucho que le ama. Como si entre sí dijera: «Ahora es tiempo de avisar a esta mi Esposa de mi amor, y amonestalla no pierda ni disminuya el amor que me tiene».

Y dícele estas palabras, las cuales pronuncia con grande y vehemente afecto en esta sentencia: «Oh Esposa mía carísima, ten cuenta con cuánto te amo y cuánto he penado por tus amores, y nunca me dejes de tu corazón nunca ceses de amarme, de manera que tu corazón tenga esculpida y impresa en sí mi imagen, y no la de otro ninguno. Haz que en él esté yo tan firme como está la figura en el sello, que está siempre en él sin mudarse, y todo cuanto se imprime con él sale de una misma imagen; así quiero yo que en tu corazón no haya otra imagen más de la mía, ni que tus pensamientos impriman en él más de a mí, y primero le hagan pedazos que le puedan hacer mudar el retrato que en sí tiene mío. Y no sólo deseo que me traigas en tu corazón y pensamientos, mas también de fuera quiero que no mires ni oigas otra cosa sino a mí, tu Esposo, y que todo te parezca que soy yo y que allí estoy yo; y esto hacello has trayéndome delante de tus ojos siempre. Como los que usan a sellar sus secretos y sus escrituras: porque nadie las hurte o falsee el sello, lo traen siempre consigo en alguna sortija en la mano, de

manera que siempre veen su sello, porque la parte nuestra que más presto y más a menudo vemos son las manos».

«Y sabe, Esposa, que tengo razón de pedirte esto, por lo que he hecho por ti, y por causa del amor tuyo que está en mi pecho; el cual es tan fuerte y me ha forzado tanto, sin podelle resistir, que la muerte (contra quien no vale defensa humana) no es más fuerte que el amor que yo te tengo. Ansí hecho ha este amor de mí todo lo que ha querido, como la muerte hace su voluntad con los hombres sin ser ellos parte para poderse defender della. Deseo también, Esposa, que me ames solo, sin amar a otro, ansí porque mi amor lo merece como por el tormento que reciben con los celos los que aman como yo: que te certifico que no les es menos grave y penosa la imaginación celosa que la vista de la sepultura, y más fácilmente sufrirán que les digan “En este sepulcro que aquí está abierto te han de enterrar ahora luego” que si les dijesen “La que tú amas tiene otra amado”. Por eso ten cuenta de amarme solo, ansí como yo lo merezco por el encendido amor que te tengo».

Las sus brasas son brasas del fuego de Dios.

Y tornando el Esposo a contar su amor debajo desta figura de fuego y encendimiento, dice:

«Las brasas deste fuego amoroso que arde en mi corazón son brasas de llamas de Dios». Quiere decir: son llamas de vivísima y fuerte llama. «Mayor y más ardiente fuego es éste que el que acá se usa, porque el fuego de acá con echarle un poco de agua se mata, más el fuego del amor vence a todas las aguas; echándole agua arde más y se embravece, aunque se derramasen sobre él los ríos enteros. Ansí que tan fuerte es el amor que no basta todo el poder de la tierra para lo poder vencer por fuerza. Ni tampoco se deja vencer por dádivas y sobornos, porque no se abate a nada de eso el amor por su gran majestad; antes —dice— afirmo que si el hombre se quisiese rescatar del amor cuando él captiva a uno, y le diese por su rescate todas cuantas riquezas y haberes en su casa tiene, aunque fuese muy rico no se curaría el amor dellas, y despreciaría al que se las ofrecía, y le haría servir por fuerza. De manera que el amor es un señor muy fuerte y implacable cuando ha tomado posesión en el corazón de alguno. Pues siendo tal mi amor contigo, justo es que tú me respondas amándome con igual firmeza».

Hermana es a nos pequeña...

Después que las mujeres están casadas y por su parte contentas con sus esposos, suédeles acudir un nuevo cuidado de remediar y poner en cobro las

hermanas menores que en casa de sus padres quedan, y comienzan desde entonces a mirar por ellas y por su honra, y los esposos les ayudan tomando por suyo el negocio de las cuñadas.

Ese mismo cuidado le mueve a esta contentísima Esposa, y cuenta a su Esposo cómo ellos tienen una hermana pequeña que aún no le han nacido los pechos, y que es hermosa, y que por ser así no le faltarán nuevos enamorados: y siendo como es moza sencilla y simple, no tendrá valor para recatarse y mirar por sí: por tanto, que es bien mirar cómo la guardarán o qué harán della hasta que venga el tiempo de casalla, que eso es decir «el día que se hablare della».

A esto responden ellos mismos, diciendo que será bien tenella encerrada en un lugar que sea muy fuerte; y que si ha de ser edificio de paredes para ello, que sea tan fuerte, tan macizo y liso por defuera como si fuera de plata, que no le pueden quebrantar minándolo ni subir por él trepándolo. Y las puertas, dicen, de tal edificio guarnezcámoslas de muy fuertes y muy durables tablas de cedro para que desta manera esté bien guardada nuestra hermana. Estas palabras parece ser dichas burlando, como si dijeran: «Si por vía de guarda ha de ser, hagámosle un palacio fortísimo, que no baste nadie a entrar donde ella esté. Mas en fin —dice— todo esto no es menester». Y la causa es por lo que añade:

Yo soy muro y mis pechos torres.

Que es decir: «Si yo no estuviera casada con tal Esposo como tengo, tuviéramos necesidad de tratar destes negocios para la guarda de mi hermana; mas ahora estando yo tan amparada con la sombra de mi Esposo, y tan honrada con su nobleza, y tan acatada por su causa, yo sola basto a hacer segura a mi hermana; no hay para qué tenella encerrada desta manera sino traella yo junta conmigo y abrazada a mis pechos, que no habrá quien la ose a ofender; porque no hay muro tan recio como yo ni torres tan fuertes como mis pechos; y la sombra de mi seno y esta fortaleza tengo yo desde el tiempo que comencé a agradar a mi Esposo y le parecí bien a sus ojos, y él comenzó a comunicarme su amor».

Esto he dicho siguiendo el parecer de algunos; mas a mi juicio todo este lugar se puede entender de otra manera más llana y mejor diciendo que la Esposa, movida del natural cuidado de su hermana —conforme a lo que dijimos acontece comúnmente a una doncella, cuando se ve casada y remediada, desear luego el remedio de sus hermanas las demás— así que

movida desto, pregunta al Esposo la manera que tendrán, no en guardar la pequeña hermana sino en aderezalla y atavialla el día de la boda al tiempo que la casaren de manera que parezca bien; que como dice, o por la edad o por su propia composición no tenía pechos, y era menudilla y no de buena disposición.

A esto se responde que el remedio será vencer la naturaleza con el arte, y encubrir el defecto natural con la gentileza y precio de los vestidos y arreos: como quien hermosea un muro pintándole las almenas de plata, y guarnece una puerta con tablas y con entalladuras de cedro por el mismo fin. Y diciendo y oyendo esto la Esposa, viénele a la memoria acordarse de sí y de su gentileza, y de la poca necesidad que tuvo y tiene de semejantes artificios para agradar y enamorar a su Esposo; y alegrándose consigo misma y como saboreándose dello, dice: «Yo soy muro, y mis pechos como torres». Como si dijese: «¡Ay! Dios loado, yo no me vi en esa necesidad de buscar aderezos ni afeites postizos para caer en gracia al mi amado, que yo sin ayuda ajena me fui el muro y las almenas, las torres de plata y todo lo demás que decís»; por lo cual, como he dicho, se significa la compostura advenediza y toda la hermosura añadida por arte.

Una viña fué a Salomón...

Después que las mujeres se casan con buenos y honrados maridos, para la sustentación de su familia necesario es que entiendan en allegar y guardar la hacienda; y cuanto más honrada es la mujer y más ama a su marido, más cuenta tiene con esto, como parece en las postreras lecciones de los Proverbios.

Y así, luego que esta Esposa se casó a su contento, comienza a tomar cuidado de su hacienda y esperar de haber gran provecho. Porque ella tiene una muy buena viña, como arriba le oímos decir; y como ahora está favorecida de su Esposo, ella terná gran cuidado de la guarda hasta que se coja el fruto, y no habrá quien la ose apartar de guardar su viña, como antes hacían sus hermanos. Y así guardándola ella como persona a quien le duele, estará más entero el fruto de la viña y rentará más.

Y para decir esto usa de un argumento entre sí desta manera: Salomón, Rey de Hierusalem, tiene una viña en aquel lugar que llaman Bahal-hamon, que quiere decir «señorío de muchos», como si dijésemos «en el pago de muchas viñas»; y esta viña arriéndala Salomón a unos hombres para que la labren y guarden, y le traigan mil monedas de plata del valor cierto de aquel

tiempo por el fruto della, y que ellos se ganen lo demás; y de aquí concluye la Esposa que por fuerza su viña ha de valer más que no la de Salomón, porque la guarda ella, que es propia señora, y por la misma causa estará mejor labrada que no la otra. Y dice: «Pues si la tuya, Salomón, te renta mil a ti y los que la arriendan y guardan ganan por lo menos la quinta parte, que son doscientos, ¿qué me rentará a mí la mía, de quien yo tendré tanto cuidado?»

Estando tú en los huertos y los compañeros escuchando, haz que yo oiga tu voz.

La viña de la Esposa no estaba muy lejos de los huertos como podemos colegir de lo que ella, en el capítulo de antes, decía convidando a su amado al campo: «Levantarémonos de mañana, veremos las viñas y los huertos». De manera que estando ella en los huertos podía ver y guardar su viña. Y como el Esposo es pastor, conveníale andar en el campo entre día con su ganado; y así se ocupaban el uno en el pasto y el otro en la guarda de las viñas, y en aderezar también alguna cosa del huerto, que esto competía a la Esposa; más como se amaban tanto, no quisieran estar apartados el uno del otro.

Demás desto suele acaecer que cuando dos están en grande conformidad de estrecho amor, nunca faltan envidiosos que les pese dello, o porque ellos no tienen semejantes amores o porque naturalmente son envidiosos del bien ajeno, y cualquier cosa y señal que veen pasar entre los buenos amantes les es enojosa y grave. Y desto reciben gran gusto los que mucho se aman, porque no solamente con estas muestras hacen pesar a los émulos, mas acreciéntase su amor también, que parece que el atizar del contrario les enciende más el amoroso fuego de sus corazones.

Esto es lo que pasa en la letra presente que el Esposo dice a su amada: «Cuando tú estuvieres en los huertos guardando tus viñas y yo anduviere por el campo apascentando el ganado, canta alguna canción que pertenezca a nuestro amor, de manera que yo la oiga y me goce mucho por ser tu voz, que tanto yo amo, y los pastores que están escuchando revienten de envidia». La canción que la Esposa dice para estos propósitos de mostrar el amor suyo y de su Esposo y hacer rabiar a los envidiosos es la que está luego en la letra, que dice:

Corre, amado mío, que parezcas a la cabra montesa y al ciervecito sobre los montes de los olores.

Como si dijese: «Esposo mío amado, gran deseo tengo de verte, no estés mucho sin venir a visitar a tu Esposa, acude de cuando en cuando a verla. Y

cuando vinieres, no te estés en el camino, sino muestra el amor que me tienes no solamente en visitarme a menudo sino en venir más ligero que la cabra montesa y que el ciervecico que anda en los montes espesos, donde hay cedros y teberintos y otras plantas olorosas, porque bien sabes tú correr con gran ligereza. No tardes, corre, amor mío verdadero, pues no puedo valerme sin ti, con gran presteza acude a verme». Y podráse trovar esta canción en pocos versos, que digan así:

¡Amado: Pasearás los frescos montes
más presto que el cabrito
de la cabra montes y que gamito!

